

Salmos 119.121-176

UNA EXPLICACIÓN Y APLICACIÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

**LA VERDAD
PARA HOY**
UNA ESCUELA DE
PREDICACIÓN IMPRESA
Tomo 30, N.º 2

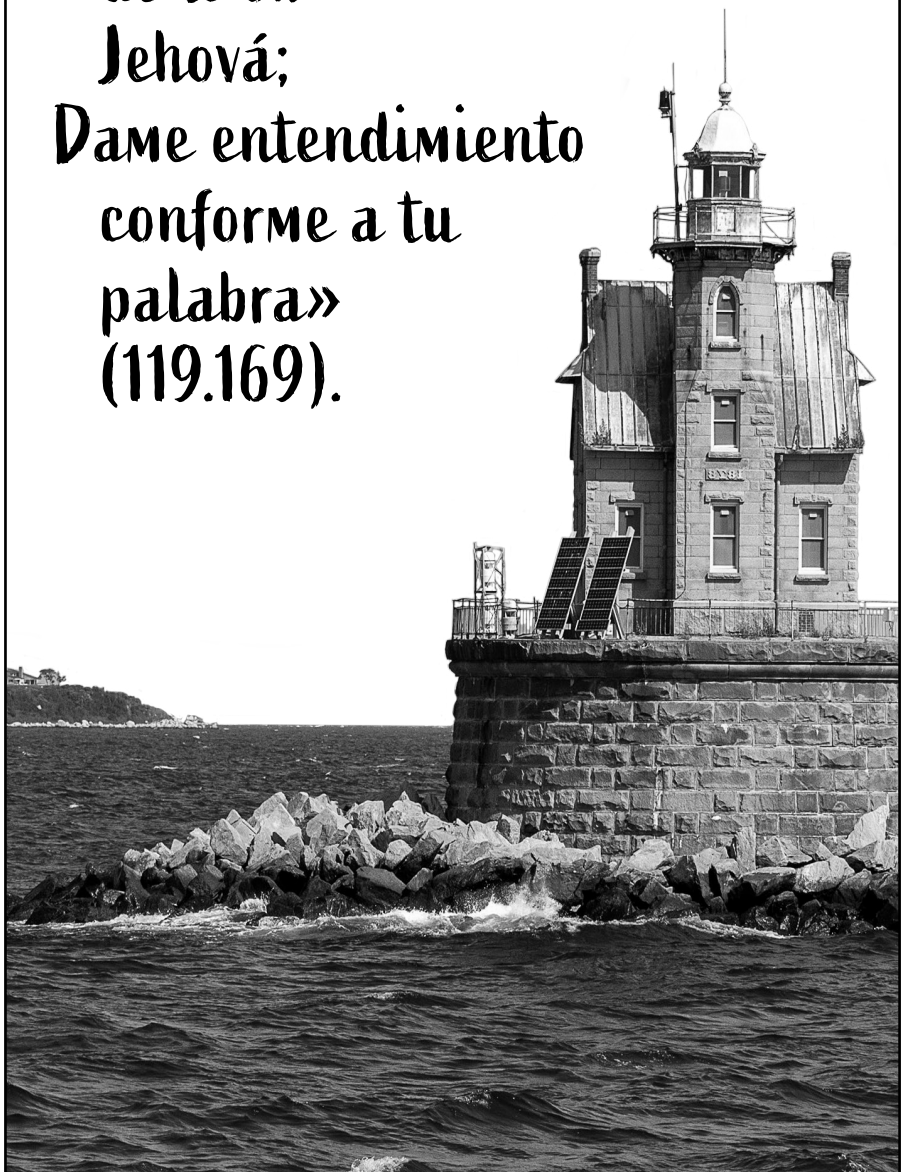
SALMOS 119.121-176

Autor: Eddie Cloer

- י** — *Ayin*
La Palabra que gratifica (119.121-128) 3
- פ** — *Pe*
La Palabra maravillosa (119.129-136) 9
- ש** — *Tsade*
La Palabra de verdad (119.137-144) 15
- ק** — *Cof*
La Palabra necesaria (119.145-152) 22
- ר** — *Resh*
La Palabra absoluta (119.153-160) 29
- שׁ / שׂ** — *Shin/Sin*
La Palabra suficiente (119.161-168) 36
- ת** — *Tau*
La Palabra gozosa (119.169-176) 43

EDDIE CLOER, editor
2209 Benton Street
Searcy, AR 72143 - EE.UU.

«Llegue mi
clamor delante
de ti oh
Jehová;
Dame entendimiento
conforme a tu
palabra»
(119.169).



La grandiosa paz de Dios

(Sal 119.165)

El Dios de paz (1ª Co 14.33) crea un pueblo pacífico. La oración de Salmos 119 le comunica a Dios: «Mucha paz tienen los que aman tu ley» (119.165a). Estos dos pasajes nos llevan a los tres tipos de paz que Dios ama e imparte y por las que también se regocija.

Paz redentora. La primera dimensión de la paz consiste en una paz redentora, mediante la cual Dios busca unirnos a Él. Esta paz viene como resultado de ser salvos del pecado, y Pablo la describió como «paz para con Dios» (Ro 5.1).

La única forma de tener esta paz es habiendo sido librados de la ira de Dios. Una persona que no está en Cristo vive bajo el poder del pecado y, cuando obedece el evangelio, la sangre de Jesús la hace una con Dios. Mediante su obediencia a Cristo y por la gracia de Dios, la persona ha sido liberada de la ira legal de Dios.

Cuando venimos a Cristo siendo bautizados en Su muerte (Ro 6.3, 4), nos unimos a Dios por medio de Cristo y, sorprendentemente, se nos concede paz para con Dios. Toda paz verdadera comienza con la conversión a Dios.

Paz de reposo. La siguiente dimensión de la paz implica reposo, esto es, tranquilidad. Esta paz consiste en serenidad interior o tranquilidad práctica. Dios quiere que tengamos tranquilidad espiritual por medio de Su paz.

Pablo mencionó la inmensidad de esta paz en Filipenses 4.7: «y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús». Dios dirigirá Su paz para que entre en nuestros corazones, ordenándole que los guarde.

Esta paz trasciende nuestro entendimiento.

Si bien no podemos comprenderla ni explicarla completamente, podemos disfrutarla de manera plena.

Es una paz «espiritual». Las bendiciones espirituales en Cristo se activarán mediante el poder de Dios. Este ejército de ayudadores vendrá a guardar nuestros corazones y los mantendrá libres de perturbaciones externas e internas.

Lo que a nosotros nos corresponde es pedir con obediencia, agradecimiento y fidelidad la paz de Dios; a Él le corresponde darla. ¿Por qué los cristianos han de estar tensos?

Paz relacional. La última dimensión de la paz es relacional. Dios anhela darnos paz social. Su deseo es que estemos en paz con Él y así poder compartir Su paz con los demás. Su misión para nosotros es traer a otros a una unión espiritual con Dios por medio del evangelio. Su paz no solo ofrecerá sanidad interpersonal, sino también una sanidad social y comunitaria más amplia.

Jesús dijo: «Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Mt 5.9). La implicación subyacente de esta bienaventuranza es que quien camina con Dios asumirá Su carácter de diversas maneras, y Dios influirá en su comportamiento. El Hijo de Dios realiza una obra en el mundo que llama a las personas a buscar paz, y no acoge a quienes siembran discordia.

Dios es el Dios de paz, y nosotros hemos de ser Sus instrumentos de paz. Él da la paz; sin embargo, nosotros tenemos que enseñarles a las personas a recibirla. La riqueza de la paz de Dios está disponible, pero no cumple su propósito a menos que la pongamos en nuestros angustiados corazones y en otros lugares perturbados del mundo.

Traducido del inglés por Rodrigo Ulate González

Escuela Mundial de Misiones La Verdad para Hoy, es una obra no lucrativa sostenida por las iglesias de Cristo. Enviamos literatura cristiana a 150 naciones del mundo; lamentablemente, la enorme carga financiera de este esfuerzo nos imposibilita conceder peticiones de ayuda económica.

LA VERDAD PARA HOY es una publicación diseñada para alentar a predicadores, maestros y cristianos fieles a la gran tarea de estudiar y enseñar el evangelio. A menos que se indique una versión diferente, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la traducción de Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Se usan con permiso de la American Bible Society, New York, NY, www.americanbible.org. LA VERDAD PARA HOY © 2026 por TRUTH FOR TODAY, 2209 Benton Street, Searcy, AR 72143 EE.UU.

www.biblecourses.com

La Palabra que gratifica

Estrofa 16: *Ayin*

¹²¹Juicio y justicia he hecho;
 No me abandones a mis opresores.
¹²²Afianza a tu siervo para bien;
 No permitas que los soberbios me opriman.
¹²³Mis ojos desfallecieron por tu salvación,
 Y por la palabra de tu justicia.
¹²⁴Haz con tu siervo según tu misericordia,
 Y enséñame tus estatutos.
¹²⁵Tu siervo soy yo, dame entendimiento
 Para conocer tus testimonios.
¹²⁶Tiempo es de actuar, oh Jehová,
 Porque han invalidado tu ley.
¹²⁷Por eso he amado tus mandamientos
 Más que el oro, y más que oro muy puro.
¹²⁸Por eso estimé rectos todos tus mandamien-
 tos sobre todas las cosas,
 Y aborrecí todo camino de mentira.

Los versículos 121 al 128 amplían el tema de la opresión. Si Bien los detalles del problema del autor no son específicamente evidentes, este se ha convertido en una preocupación principal para él. En su oración, ruega a Dios que lo libre de él.

Cada línea de la presente estrofa comienza con la decimosexta letra del alfabeto hebreo, א (ayin). Esta letra no tiene un sonido que podamos reproducir con ninguna letra de nuestro alfabeto. Cada versículo comienza con un sonido similar a «ah» en nuestro idioma. Ese sonido proviene del signo vocálico ubicado debajo de ayin.

Los versículos 121 y 124 comienzan con el verbo hebreo אָשָׂה (*asah*), que puede traducirse como «hecho», «logrado» o «tratado». Los versículos 127 y 128 comienzan con «por eso» (אֶל-כֵּן, *al-ken*). Cada uno de los cuatro versículos restantes comienza con una palabra ayin diferente.

La estrofa que nos ocupa utiliza cinco de los

términos principales: «palabra» (v. 123); «estatutos» (v. 124); «testimonios» (v. 125); «ley» (v. 126) y «mandamientos» (vv. 127, 128). El versículo 122 es uno de los tres versículos de Salmos 119 que no contienen un término específico para la Palabra (vv. 84, 122, 132). Algunos eruditos consideran que los versículos 90 y 121 son dos versículos más de Salmos 119 que no se refieren directamente a la Palabra de Dios. Otros creen que «fidelidad», «juicio» y «justicia» en los versículos 90 y 121 son referencias indirectas a la Palabra.

Versículo 121. (אָשָׂה, *asiti*, «he hecho».) El salmista comienza diciendo: **Juicio y justicia he hecho.** El autor afirma humildemente que ha vivido con «juicio» y «justicia». Emplea la palabra hebrea מִשְׁפָּט (*mishpat*), que aquí se traduce como juicio.

«Justicia» proviene de la palabra hebrea צְדָקָה (*tsedeq*). Este sustantivo se usa para transmitir una vida recta. Contiene las ideas de equidad, honestidad y justicia. *Tsedeq* se encuentra doce veces en este salmo (vv. 7, 62, 75, 106, 121, 123, 138, 142, 144, 160, 164, 172).

El salmista destaca estos dos rasgos de carácter, el «juicio» y la «justicia», que son inherentes a ser un siervo de Dios con integridad. Jesús usó un lenguaje similar cuando reprendió a los escribas y fariseos, diciendo: «... y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe» (Mt 23.23b). Enfatizó «la justicia, la misericordia y la fe», mientras que este salmista solo enfatiza el «juicio» y la «justicia».

El autor no se jacta de su carácter personal. Más bien, señala una observación que desea que Dios haga respecto a su corazón. Ha cimentado su vida en hacer «juicio», o manifestar equidad, y en interiorizar «justicia», o en la búsqueda de una vida recta. Estos dos rasgos son las ambiciones que

ha perseguido constante e intencionalmente. No aboga por la perfección. Sin embargo, en un sentido práctico, busca ser una persona que practica la verdad. El primer versículo de su oración anuncia la condición irreprochable del corazón en forma de bienaventuranza: «Bienaventurados los perfectos [irreprochables] de camino, los que andan en la ley de Jehová» (Sal 119.1). Tener un corazón irreprochable ha sido siempre su objetivo (119.80).

Este hombre busca acercarse lo más posible a Dios. Cree que debe pensar como Dios piensa y que debe buscar Sus preceptos con todo su corazón: «Bienaventurados los que guardan sus testimonios, los que lo buscan con todo su corazón» (119.2).

Tenemos que ver el trono de Dios como lo vio el autor de 89.14, que dice: «Justicia y juicio son el cimiento de tu trono; misericordia y verdad van delante de tu rostro» (vea 97.2). Este siervo busca unirse al carácter y la obra de Dios. No duda en comunicarle sus aspiraciones y anhelos. Le dice que, mediante su unión con Él, le ha sido impartido Su carácter divino.

El libro de Proverbios tiene como propósito principal proporcionar «consejo de prudencia, justicia, juicio y equidad» (Pr 1.3). Este salmista ama como Dios le ha enseñado a amar. Con toda razón puede decir de Dios: «Él ama justicia y juicio; de la misericordia de Jehová está llena la tierra» (Sal 33.5).

El salmista le suplica a Dios: **No me abandones a mis opresores.** Sus opresores han sido agresivos en su deseo de arruinarlo. Lo han alejado del bien que desea hacer, sin embargo, no será derrotado en su afán por adoptar el carácter de Dios y caminar diariamente con Él. Su única esperanza para cumplir sus ambiciones es la intervención de Dios. Ha decidido enfrentar a sus atacantes con la fuerza, la guía y la protección invencible del Señor. Si Dios decide «abandonarlo» con sus opresores, cree que será vencido y destruido. Porque vive para Dios, le pide que cuide de Su siervo afligido.

Versículo 122. (עֲרֹב, *'arob*, «afianza».) El salmista le pide a Dios: **Afianza a tu siervo para bien.** La palabra «afianza» tiene la idea de comprometerse a «estar con» o «respaldar» en tiempos de crisis. Esta traducción de *'arob* se encuentra solo en el libro de Salmos. Se usa otras cinco veces en el resto del Antiguo Testamento (Gn 43.9; 44.32; Pr 6.1; 20.16; 27.13). *'Arob* también puede traducirse como «garante». Cuando Judá le rogó a su padre que enviara a Benjamín con él a buscar grano de Egipto, usó la palabra *'arob*: «Yo te respondo [*'arob*]

por él; a mí me pedirás cuenta» (Gn 43.9a). Más adelante, en Egipto, Judá usó la misma palabra en su conversación con José: «Como tu siervo salió por fiador [*'arob*] del joven con mi padre, diciendo: Si no te lo vuelvo a traer, entonces yo seré culpable ante mi padre para siempre» (Gn 44.32).

Este hombre quiere que Dios lo proteja mientras vive entre sus enemigos. Hoy en día se usan expresiones similares. Decimos: «Estaré aquí para acompañarte»; «Te cubro las espaldas»; o «Estaré contigo en cada paso del camino». Mientras este hombre se dedica a hacer el bien que cree que debe hacer, desea que Dios esté con él, brindándole el sustento y la guía que necesita.

El versículo 122 es uno de los tres versículos de este salmo que no incluye una referencia directa a la Palabra de Dios. Los versículos 84 y 132 son los otros dos.

Este hombre continúa diciendo: **No permitas que los soberbios me opriman.** Estos opresores «soberbios» intentan arruinar sus planes y sabotear su camino con Dios. Quiere que Dios lo libre de ellos porque lo atemorizan.

Se refiere a ellos como «los soberbios» seis veces en su oración (vv. 21, 51, 69, 78, 85, 122). La LXX consigna «los orgullosos». Sabe que el Señor los ha condenado, pues dice: «Reprendiste a los soberbios, los malditos, que se desvían de tus mandamientos» (119.21). Interpreta sus acciones como si dijeran: «Sabemos más que ustedes, y sabemos más sobre la vida de lo que jamás llegarán a saber». Cree que estas personas están motivadas a decir mentiras sobre él debido a la altanería que las caracteriza.

Su petición a Dios es similar a la oración de Jesús: «Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal» (Mt 6.13a). El salmista está diciendo en esencia: «No permitas que me venzan porque entonces no podré hacer el bien que me has pedido».

Versículo 123. (עֵינַי, *'enay*, «Mis ojos».) Este hombre admite: **Mis ojos desfallecieron por tu salvación.** La angustia de su alma se expresa con una referencia figurada a sus ojos desfallecientes. La palabra hebrea para «desfallecieron», כָּלָה (*ka-lah*), quiere decir «ser completado». Sus ojos han llegado al punto del agotamiento. Estas palabras no deben tomarse de manera literal. Metáforicamente, ilustran cuán fervorosamente anticipa el cumplimiento de las promesas de Dios.

Tiene dos anhelos intensos. Primero, desea la liberación que solo Dios puede traer. Usa la palabra hebrea יְשׁוּ׳אָה (*yeshu'ah*), que a menudo se

traduce como «salvación» en el Antiguo Testamento y puede referirse a casi cualquier tipo de rescate. El salmista usa *yeshu'ah* cuatro veces en su oración (vv. 123, 155, 166, 174). En los versículos 41 y 81, usa la palabra hebrea תְּשׁוּׁאָה (*teshu'ah*) para «salvación». En cada caso, pide ser liberado de sus antagonistas. No busca la salvación de sus pecados, aunque también es vital.

Dice: «Desfallece mi alma por tu salvación, mas espero en tu palabra» (119.81). Espera el cumplimiento de la Palabra de Dios en esta liberación por la que suplica. También ora diciendo: «Lejos está de los impíos la salvación, porque no buscan tus estatutos» (119.155). En 119.123, dice esencialmente: «Los impíos están atrapados en su maldad, por lo que no habrá liberación para ellos». En 119.166, ora de manera similar: «Tu salvación he esperado, oh Jehová, y tus mandamientos he puesto por obra». Luego, 119.174 es su última súplica de liberación: «He deseado tu salvación, oh Jehová, y tu ley es mi delicia». Quiere ser liberado de cualquier enemigo que pueda obstaculizar su vida en Dios. Liberarse de los enredos malignos para poder entregarse plenamente a comprender y vivir los estatutos de Dios es su mayor anhelo.

A su primer deseo le sigue una añadidura. Es su segundo anhelo **por la palabra de la justicia** de Dios. Su situación de acoso lo ha llevado al punto de clamar por la Palabra desde lo más profundo de su ser. Ha llorado por el deseo que expresa en estas dos peticiones. Sus ojos no pueden producir más lágrimas. Han envejecido de tanto esperar el cumplimiento de las promesas de Dios.

El salmista conoce el carácter de la Palabra que espera; es «de justicia». Se refiere a Dios como «justo» una vez (119.137), y a Su Palabra como «justa» ocho veces (vv. 7, 62, 75, 106, 123, 144, 160 «verdad», 164). Sabe que solo puede llegar a ser como Dios absorbiendo la palabra justa. También sabe que cualquier comunicación de Dios será verdadera y justa.

Versículo 124. (אָשׂה, *'asah*, «Haz».) El salmista le pide a Dios: **Haz con tu siervo según tu misericordia.** «Haz con» se traduce del mismo término hebreo, אָשׂה (*'asah*), que se traduce como «he hecho» en 119.121. Puede traducirse de varias maneras, como «haz con» en este versículo y «actuar» en el versículo 126. El significado correcto de *'asah* depende en gran medida de su contexto.

Este hombre desea que la «misericordia» de Dios sea derramada sobre él, incluyendo todo lo que pueda proveer, pero nada más.

Sabe que ha pecado ante Dios, y si bien Dios tiene que reprimirlo y castigarlo, el salmista ora para que lo haga con la plenitud de Su «misericordia». Pide el don más grande que Dios puede darle. Su necesidad exige un don gratuito, completo, personal y oportuno. Sabe también que Dios es imparcial. Esta misericordia de pacto está disponible para cualquiera que la busque a la manera de Dios.

Además, le pide a Dios: **y enséñame tus estatutos.** El salmista valora la educación. Le pide a Dios diez veces que le imparta la verdad (vv. 12, 26, 33, 64, 66, 68, 108, 124, 135, 171). A lo largo de su oración, lleva en su corazón la petición que dice «enséñame». Desea conocer los estatutos del Señor y Sus caminos (119.12, 33). Es su petición más frecuente.

Nada es más significativo para él que conocer más plenamente los estatutos del Señor. Busca este conocimiento para ser un siervo más obediente, lo que le permitirá caminar más cerca de Dios.

Versículo 125. (אֲנִי-אֶדְדָּכָא, *'ab'dd'ka-'ani*, «Soy tu siervo».) El salmista ora a Dios: **Tu siervo soy yo.** No duda en manifestar su anhelo por una relación firme con Dios. Tiene una conexión de Amo/siervo con Él y vive su vida cerca de Su corazón. Busca una comunión personal con Él y se compromete de por vida a caminar con Él. Su determinación está bien fundada y motivada, y está siendo ejecutada y mantenida de manera fiel. Se niega a renunciar a esta relación, sin importar las pruebas que pueda enfrentar como resultado.

Tres veces en la presente estrofa, usa la designación «siervo». Es un siervo constante que le pide a Dios que lo «afiance» (119.122). Es un siervo irreprochable que implora que la misericordia de Dios sea derramada sobre él (119.124). Es un siervo en crecimiento que le pide a Dios más conocimiento (119.125).

El salmista sabe que Dios jamás deja de velar por los Suyos (119.122). Además, su relación de siervo con Dios le permite solicitar Su provisión (119.124). Le pide que le dé dones, un heredero legítimo de Su misericordia. Usa su servicio para recibir la comprensión y la percepción que Dios desea que tengan Sus siervos.

A un siervo de Dios se le describe en la Palabra como alguien que adora a Dios con sinceridad. Este hombre ora diciendo: «Haz que tu rostro resplandezca sobre tu siervo, y enséñame tus estatutos» (119.135). Un siervo cumple la voluntad de Dios con alegría y discreción: «Príncipes también se sentaron

y hablaron contra mí; mas tu siervo meditaba en tus estatutos» (119.23). Desea complacer y honrar a su Señor antes que a sí mismo (119.38). Si un siervo está glorificando a Dios, no le preocupa si recibe honra o reproche. Salmos 116.16a, 17 refleja esta verdad, diciendo: «Oh Jehová, ciertamente [...] te ofreceré sacrificio de alabanza, e invocaré el nombre de Jehová». No hay camino demasiado largo que un siervo no recorra al servicio de su Señor.

El salmista pide: **dame entendimiento para conocer tus testimonios**. Su identidad como siervo de Dios lo lleva a implorar instrucción adicional sobre cómo amar a Dios, cómo crecer en el conocimiento de Él y cómo practicar la verdad con mayor fidelidad.

La única manera en que un siervo de Dios puede mejorar es por medio del estudio de Su voluntad. Tiene que llegar a «conocer» Sus «testimonios». La palabra «conocer» conlleva una connotación más amplia que el conocimiento fáctico; apunta a una relación profunda con Dios. En última instancia, el salmista ve la Palabra como algo que lo introduce en la voluntad de su Señor.

Versículo 126. (תָּז, 'et, «Tiempo es».) El salmista insta: **Tiempo es de actuar, oh Jehová**. Con amor inquebrantable, pide que el juicio del Señor caiga sobre los desobedientes. Impulsado por su aprecio de la Palabra, le pide a Dios que elimine a quienes lo adversan.

En primer lugar, esta conexión tiene que ver con el «tiempo lineal». Para el bien de Sus siervos, el Dios eterno mantiene una relación práctica con el tiempo terrenal. Por ejemplo, «cuando vino el cumplimiento del tiempo», nació Jesús (Ga 4.4a). Este nacimiento dio inicio a un nuevo tiempo de calidad.

En segundo lugar, Dios ve y avanza hacia el «tiempo de maduración». ¿Cuándo está un niño listo para convertirse en siervo de Dios? No se puede dar una edad específica, sin embargo, sus padres pueden señalar un momento en el que el niño reconoce que ha pecado y debe ser responsable ante Dios de su vida espiritual.

En tercer lugar, podemos mencionar un «tiempo de sabiduría». ¿No es este el tiempo del presente texto? Quizá sea un paso más allá del tiempo de maduración. Es el momento propicio que Dios, en Su sabiduría, elige para actuar en favor de un siervo y proveer para él.

El autor ha estado esperando mucho tiempo. Le confiesa a Dios que sus ojos están cansados de mirar. Espera con firmeza el cumplimiento de

Sus promesas. La fidelidad a Dios no solo implica confiar en la integridad de Sus promesas, sino también en que Dios actuará en el momento oportuno. Dios hace todo de manera perfecta. Usa la sabiduría divina para cumplir Sus promesas. ¿De qué otra manera podría hacer todo lo que hace de manera perfecta?

Dios podría haber actuado en favor de este hombre mucho antes de esta oración. Sin embargo, en Su sabiduría, obra en armonía con el tiempo perfecto según la situación. Este hombre está orando para que Dios esté en armonía con Su tiempo «lineal», «de maduración» y «de sabiduría». Él opera en conexión con los tres tipos de tiempo cuando responde a nuestras oraciones.

El salmista le está pidiendo a Dios que actúe para con sus enemigos, **porque han invalidado la ley de Dios**. Le preocupa la forma como están invalidando la ley de Dios los que le rodean. La palabra «invalidado» se traduce del término hebreo פָּרַר (*parar*), que también puede tener otros significados, como «frustrado» y «corrompido».

Incluso los estudiantes de la Palabra pueden invalidar la ley de Dios, anulándola. Podemos invalidarla al desobedecer lo que dice o al tratarla como si no existiera. Podemos considerarla como una serie de cuentos de hadas, una secuencia de leyendas sin importancia. Además, podemos corromperla reduciéndola a meros consejos reales, palabras para reflexionar y aplicar solo si las consideramos relevantes. Asimismo, podemos invalidar la ley de Dios adoptando la opinión popular en lugar de acatar los principios morales de la revelación divina de Dios. Podemos quebrantar Su ley al adoptar principios de interpretación que confunden y mezclan su mensaje original. Jesús reprendió a la gente de Sus días, diciendo:

Pero vosotros decís: Cualquiera que diga a su padre o a su madre: Es mi ofrenda a Dios todo aquello con que pudiera ayudarte, ya no ha de honrar a su padre o a su madre. Así habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición (Mt 15.5, 6).

¡Qué vergonzosa e irrespetuosa fue esta gente por tergiversar las palabras de la boca de Dios! No hay más sombrío que el día en que la ley de Dios es invalidada. El autor asevera que ha llegado el «tiempo» para que Dios «actúe» extendiendo Su mano de corrección y juicio contra tales prácticas malvadas. El salmista cree, desde su perspectiva limitada, que ha llegado el momento, pero se da cuenta de que Dios es el único que conoce el mo-

mento perfecto.

Versículo 127. (עַל-כֵּן, 'al-ken, «Por eso».) El salmista le afirma a Dios: **Por eso he amado tus mandamientos.** En la línea anterior, hizo la petición de ayuda por el amor que siente por los mandamientos de Dios. Sus palabras ahora tienen en ellas el espíritu de «por eso». La idea es que todo lo anteriormente dicho sobre la obediencia a la Palabra se traduce en una conclusión obvia de alabanza.

Este hombre cree que los mandamientos de Dios lo hacen más sabio que sus enemigos, sus maestros y los ancianos célebres que lo rodean (119.98–100). Reconoce que la Palabra de Dios está establecida en el cielo y es el poder que mantiene unidos los cielos y la tierra (119.89).

Para este hombre la Palabra de Dios es «amplia sobremanera», la cual cubre todas las necesidades de Su siervo (v. 96). Se refiere a los estatutos de Dios como «justos» (v. 75), «verdad» (v. 86) e intrínsecamente «buenos» (v. 68). Por experiencia, ha descubierto que la Palabra de Dios le imparte verdadero entendimiento, razón por la que aborrece todo camino de mentira (vv. 104, 128).

Mientras sus enemigos desobedecen la verdad de Dios, el salmista ama la Palabra aún más, esto es, **más que el oro, y más que oro muy puro.** Debido a la maravillosa naturaleza de la Palabra de Dios, el salmista ha decidido observar Sus preceptos con un corazón devoto (119.129). Dado que la Palabra es pura, ama sus preceptos (119.140).

Aplicando todas estas conclusiones a lo largo de su oración, usa «por eso» o «por tanto» seis veces (vv. 104, 119, 127, 128, 129, 140 «y»). Le da el «por eso» de la preeminencia en el versículo 127, que dice: «Por eso he amado tus mandamientos más que el oro, y más que oro muy puro». Usa el «por eso» de la obediencia en el versículo 128a: «Por eso estimé rectos todos tus mandamientos sobre todas las cosas»; y en el versículo 129: «... por tanto, mi alma los guarda». Usa el «por tanto» del aborrecimiento en el versículo 104: «De tus mandamientos he adquirido inteligencia; por tanto, he aborrecido todo camino de mentira», y en el versículo 128b usa «por eso». Usa el «por tanto» del amor específicamente para la Palabra de Dios en los versículos 119 y 140.

En esencia, le dice a Dios: «Puedes ver cuánto amo Tu Palabra. De hecho, mi amor por ella es mayor que cualquier posesión terrenal». La ama «más que el oro, y más que oro muy puro» (119.127b). El «oro muy puro» puede ser oro afinado (19.10)

u oro fino (21.3).

Aquellos con una visión materialista valoran el «oro muy puro» por encima de todo, incluso lo espiritual, pero no este hombre, quien conoce el valor de los mandamientos que Dios ha dado. Pide que quienes quebrantan la ley de Dios sean juzgados por su corrupción. Su espíritu es similar al de Nehemías, quien reprendió a quienes quebrantaban el día de reposo por razones mercenarias: «Y reprendí a los señores de Judá y les dije: ¿Qué mala cosa es esta que vosotros hacéis, profanando así el día de reposo?» (Neh 13.17). Su corazón refleja el de Job, quien vio cómo se maltrataba a los justos y dijo: «Los rectos se maravillarán de esto, y el inocente se levantará contra el impío» (Job 17.8).

Describe la belleza, la pureza y la naturaleza exaltada de la Palabra. Usa «oro» tres veces en su oración, dos en este versículo y una en 119.72. Este hombre no menciona el «oro» excepto con fines comparativos. Cada elemento de su oración es de mucho mayor valor que los elementos fugaces de este mundo.

Versículo 128. (עַל-כֵּן, 'al-ken, «Por eso».) El salmista llega a otra conclusión: **Por eso estimé rectos todos tus mandamientos sobre todas las cosas.** Esta estrofa concluye con un segundo «por eso». El primer «por eso», en el versículo anterior, mira hacia afuera, hacia los valores de este mundo. El segundo «por eso» mira hacia adentro, hacia los valores de su propio corazón. Un tercer «por eso» está implícito en todo este versículo, alabando a Dios por Su Palabra. El salmista valora la Palabra como divina y exclusiva. No admite rivales, no tiene escapatorias y es sin falla ni error.

Este hombre pide juicio sobre los impíos porque llega a la conclusión de que los mandamientos de Dios son «rectos» (יָשָׁר, *yashar*) o «justos» en todo aspecto. El salmista nos guía esencialmente a lo largo de 2ª Timoteo 3.16, 17 y 2ª Pedro 1.3.

El versículo 128a es difícil de traducir. Su significado general se puede discernir, sin embargo, el texto elíptico y la estructura inusual de las oraciones complican la traducción. El TM dice, literalmente, «Por eso, todos los estatutos todos los enderezo». La ASV y la KJV consignan: «Por lo tanto, estimo que todos tus preceptos sobre todas las cosas son rectos». Estas traducciones añaden palabras en sus interpretaciones. La NIV presenta una traducción más sencilla, consignando: «Porque considero rectos todos tus preceptos». Los traductores de la NJB se tomaron más libertad al dar su interpretación: «Así que gobierno mi vida

por tus preceptos». La NRSV consigna algo similar: «Verdaderamente dirijo mis pasos por todos tus preceptos». La NKJV dice: «Por lo tanto, todos tus preceptos sobre todas las cosas los considero rectos». Estas dos últimas versiones ofrecen una traducción razonable del TM.

El salmista concluye la presente estrofa diciendo: **y aborrecí todo camino de mentira** (vea 119.104). En este contexto, se muestra la implicación del aborrecimiento justo. Cualquiera que se oponga a la Palabra vive desafiando a Dios. Tomar el nombre de Dios en vano es difamar y menospreciar a Dios mismo. Ningún siervo del Señor puede aprobar el mal uso o el quebrantamiento de nada que se relacione con Dios. Dios es confrontado, rechazado y negado cuando se abusa de Su Palabra. Su Palabra es una extensión de Su personalidad y ser. Cada parte de ella lleva en sí la gloria, la deidad y la santidad de Dios mismo.

LA ESTROFA AYIN EN HEBREO

- (121) עֲשִׂיתִי מִשְׁפָּט וְצֶדֶק בְּלִתְנִיחָנִי לְעַשְׂקֶיךָ :
- (122) עָרַב עֲבָדֶיךָ לְטוֹב אֶל־יַעֲשֶׂקְנִי וְדָיִם :
- (123) לְעִנִּי כָלוּ לִישׁוּעָתְךָ וְלֹא־מָרַת צִדְקָתְךָ :
- (124) עֲשֵׂה עִם־עֲבָדֶיךָ כְּחֶסֶדְךָ וְחַמִּידְךָ לְמַרְנִי :
- (125) עֲבָדֶיךָ־אֲנִי הִבִּינִי וְאֲדַעֲהָ עֲדַתְךָ :
- (126) אֵת לְעֲשׂוֹת לִיהוָה הִפְרוּ תוֹרָתְךָ :
- (127) עַל־כֵּן אֶהְבֵּתִי מִצֹּתֶיךָ מִזֶּהָב וּמַפָּז :
- (128) עַל־כֵּן כָּל־פִּקּוּדֵי כָל־יְשָׁרָתִי כָל־אַרְחַ שְׁקָר שְׁנֵאתִי :

APLICACIÓN

Más que... (119.127)

Dios ha establecido prioridades que desea que honremos. Él tiene que ser Rey sobre cada parte de nosotros, o no lo será sobre ninguna parte de nosotros. Por ejemplo, Su Hijo le dijo al gobernante rico: «... anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme» (Mt 19.21b). Más tarde añadió: «Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna» (Mt 19.29). Vemos esta verdad aflorar en Salmos 119.

Dios o el oro. Primero, Dios es más que el oro. El salmista oró: «Por eso he amado tus mandamientos más que el oro, y más que oro muy puro» (119.127). De igual manera, dijo: «Mejor me es la ley de tu boca que millares de oro y plata» (119.72). Este hombre piadoso llevaba una vida justa y tenía las

prioridades correctas. Comprendió que Dios es más que muchos tesoros que apreciamos. Jesús declaró:

De cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. Otra vez os digo, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios (Mt 19.23b, 24).

Este hombre vivía de una manera que habría agradado a Jesús.

Dios o los enemigos. En segundo lugar, Dios es más que nuestros enemigos. Quienes se nos oponen no pueden ser nuestra excusa para no servirle a Dios, incluso si nuestras vidas están en juego. A los primeros cristianos, Jesús les dijo:

No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida (Ap 2.10).

Este hombre observó: «Me has hecho más sabio que mis enemigos con tus mandamientos, porque siempre están conmigo» (119.98).

Dios o los maestros. En tercer lugar, Dios es más que nuestros maestros más sabios. El salmista afirmó: «Más que todos mis enseñadores he entendido, porque tus testimonios son mi meditación» (119.99). Jesús también dijo:

Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. Ni seáis llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo. El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo (Mt 23.8-11).

Nuestras relaciones con maestros terrenales podrían a veces ponernos a prueba. Podrían suplirnos que los pongamos en primer lugar, incluso por encima de los asuntos espirituales. Este fue el caso de Pedro y Juan en Hechos 4:

Y llamándolos, les intimaron que en ninguna manera hablasen ni enseñasen en el nombre de Jesús. Mas Pedro y Juan respondieron diciéndoles: Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios; porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído (Hch 4.18-20).

Dios o las circunstancias. En cuarto lugar, Dios está por encima de nuestras circunstancias. Este hombre oró diciendo: «Príncipes también se senta- (Continúa en la página 49)

La Palabra maravillosa

Estrofa 17: *Pe*

¹²⁹Maravillosos son tus testimonios;
 Por tanto, los ha guardado mi alma.
¹³⁰La exposición de tus palabras alumbra;
 Hace entender a los simples.
¹³¹Mi boca abrí y suspiré,
 Porque deseaba tus mandamientos.
¹³²Mírame, y ten misericordia de mí,
 Como acostumbras con los que aman tu
 nombre.
¹³³Ordena mis pasos con tu palabra,
 Y ninguna iniquidad se enseñoree de mí.
¹³⁴Líbrame de la violencia de los hombres,
 Y guardaré tus mandamientos.
¹³⁵Haz que tu rostro resplandezca sobre tu
 siervo,
 Y enséñame tus estatutos.
¹³⁶Ríos de agua descendieron de mis ojos,
 Porque no guardaban tu ley.

En los versículos 129 al 136 de Salmos 119, el salmista expresa su profundo amor por los maravillosos testimonios de Dios. La oportunidad de vivir en ellos ha sido el gozo de su corazón. Cualquier interferencia de amigos, enemigos o circunstancias que le impidiera absorber la Palabra de Dios sería desastrosa para él.

Para este párrafo, el autor utiliza ocho palabras diferentes que comienzan con la decimoséptima letra del alfabeto hebreo, פ (pe). En esta estrofa, si se consideran juntas «palabras» y «palabra», emplea cinco de los términos que designan la Palabra de Dios: «testimonios» (v. 129); «palabras» o «palabra» (vv. 130, 133); «mandamientos» (vv. 131, 134); «estatutos» (v. 135) y «ley» (v. 136). El versículo 132 no hace referencia específica a la Palabra de Dios.

Versículo 129. (תִּיפְלוֹת, *pe^lot*, «maravillosos».) El salmista exclama: **Maravillosos son tus testimonios.** «Maravillosos» se traduce de la raíz hebrea פִּלַּע (*pele'*) y es un sustantivo plural en esta oración. Con su pluralidad, exalta la naturaleza de los testimonios de Dios. El autor ha colocado la palabra al principio de la oración en hebreo para enfatizarla. Usa una palabra hebrea similar, פִּלְאָה (*pala'*), en los versículos 18 y 27, donde también se traduce como «maravillosas». Lo que ha salido de los labios de Dios es digno de la reverencia que le corresponde. Ninguna otra instrucción para la vida puede igualar Sus palabras. Este hombre ora diciendo: «Hazme entender el camino de tus mandamientos, para que medite en tus maravillas» (119.27). Ve las maravillas de Dios como de multicolores en belleza, multitudinarias en número y multifacéticas en profundidad.

El término hebreo que se traduce como «maravillosos» se encuentra numerosas veces en el Antiguo Testamento para transmitir la grandiosidad de Dios. Su uso a lo largo de este libro de alabanzas permite vislumbrar la gloria que el autor ve en su Dios. En Salmos 78, sirve como sustantivo que indica los milagros confirmatorios de Dios: «Delante de sus padres hizo maravillas [*pala'*] en la tierra de Egipto, en el campo de Zoán» (78.12). En Salmos 96.3, «maravillas» es un término general para todas las obras de Dios, sean milagrosas o providenciales: «Proclamad entre las naciones su gloria, en todos los pueblos sus maravillas [*pala'*]». En 98.1, «maravillas» ocupa su lugar apropiado en un cántico de liberación: «Cantad a Jehová cántico nuevo, porque ha hecho maravillas [*pala'*]; su diestra lo ha salvado, y su santo brazo». En 139.14, se usa dos veces para alabar a Dios por la manera

en que Él ha creado nuestros cuerpos.¹ El salmista dice: «Te alabaré; porque formidables, maravillosas [palah] son tus obras; estoy maravillado [pala'] y mi alma lo sabe muy bien». En 145.5, «maravillosos» se usa para alabar las obras generales de Dios: «En la hermosura de la gloria de tu magnificencia, y en tus hechos maravillosos [pala'] meditaré».

Salmos 77.11 dice: «Me acordaré de las obras de JAH; sí, haré yo memoria de tus maravillas antiguas». A lo largo de su uso, el sustantivo «maravillas» comunica adoración a Dios: «Tú eres el Dios que hace maravillas; hiciste notorio en los pueblos tu poder» (77.14). La palabra constituye una estrofa alegre y agradecida de alabanza a Dios. Con ella, el pueblo de Dios lo alaba en la adoración personal y congregacional: «Celebrarán los cielos tus maravillas, oh Jehová, tu verdad también en la congregación de los santos» (89.5).

Los «testimonios» de Dios son extraordinarios por su origen, contenido, diseño y poder elevador. Respecto a su origen, el autor dice: «Vivifícame conforme a tu misericordia, y guardaré los testimonios de tu boca» (119.88). Estas revelaciones divinas de la boca de Dios lo asombran y le presentan el camino que tiene que recorrer con Dios.

Respecto al contenido de los testimonios de Dios, dice: «Por eso estimé rectos todos tus mandamientos sobre todas las cosas...» (119.128). En el versículo 89, expresa una idea similar: «Para siempre, oh Jehová, permanece tu palabra en los cielos». Su verdad posee una plenitud que se une a la pureza, perfección y naturaleza eterna de Dios.

Reconociendo el poder elevador de la Palabra, dice: «Justicia eterna son tus testimonios; dame entendimiento, y viviré» (119.144). La justicia engendra una vida recta, y solo una vida recta da como resultado la vida eterna.

Debido al carácter brillante de los «testimonios» del Señor, el salmista dice: **Por tanto, los ha guardado mi alma.** Se ve obligado a dedicar su «alma» —todo su ser— a guardarlos. No solo debe conocerlos, sino también guardarlos. Tiene que expresar con sus pensamientos y acciones la armonía y unión que ha alcanzado con ellos.

El camino de la obediencia conduce a una vida espiritual. Este hombre sabe que cuando la Palabra llena su ser, moldeará su «alma» a la imagen de Dios.

¹ N. del T.: El autor hace este comentario por la forma como su versión, NASB, consigna el versículo: «Te daré gracias, porque soy una creación admirable y maravillosa; maravillosas son tus obras, y mi alma lo sabe muy bien».

La palabra hebrea para «guardado», נָצַר (*nat-sar*), transmite vigilancia o tener presente. Con esta palabra, el salmista indica que ha estado estructurando su corazón y moldeándose a la imagen de Dios día a día. Usa «por tanto» para explicar la razón por la que hace de la Palabra su vida, esencia y propósito. El maravilloso carácter de la Palabra lo ha cautivado. Nada puede rehacerlo, dirigirlo y desarrollar su pensamiento como este mensaje de Dios.

Versículo 130. (פֶּתַח, *pethach*, «exposición».) El autor afirma: **La exposición de tus palabras alumbra.** La raíz hebrea para «exposición», פֶּתַח (*pethach*), conlleva la idea general de «una apertura». Cuando la palabra se generaliza para incluir leer, recibir, enseñar y meditar, se convierte en una metáfora sobre internalizar la guía de Dios.

El versículo 130a incluye dos figuras. El verbo «alumbra», representa entendimiento. En segundo lugar, el sustantivo «exposición» representa la forma en que la verdad de Dios se absorbe, acepta y aplica en la mente. Cuando estas figuras se combinan, producen una frase que representa la verdad manifestándose en la mente. La LXX usa «manifestación» para «exposición» e «iluminar» para «alumbra»: «La manifestación de tus palabras iluminará».

La palabra «alumbra» se entiende como metáfora de comprensión, guía o claridad en los salmos. Salmos 119.105 puede servir como comentario sobre el uso poético de la palabra «luz»: «Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino». Salmos 43.3 muestra el claro propósito de la luz: «Envía tu luz y tu verdad; estas me guiarán; me conducirán a tu santo monte, y a tus moradas».

¿Cuál es, entonces, el propósito de las palabras de Dios? No fueron dadas solo para satisfacer la curiosidad de alguien, ni son meramente académicas. Suponen mucho más que un simple conocimiento espiritual o la letra de un canto. Sus palabras contienen la energía de la verdad y la vida, y abren la puerta para que el Cristo vivo more en nosotros (Col 3.16). Nos permiten tener vida, la mente de Dios y el alimento espiritual que nuestra alma necesita. No son palabras selectas para adorar; constituyen una fuente espiritual de agua viva de la que bebemos. La verdad de Dios no solo da luz, también da vida: «La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma» (19.7a).

La Palabra de Dios **hace entender a los simples.** El entendimiento que proviene de la verdad de Dios ayuda a cualquiera que la reciba, indepen-

dientemente de su posición social.

El salmista probablemente se refiere a sí mismo como «simple», una expresión de humildad y modestia de corazón. Usa la palabra hebrea para «sencillo», פֶּתִי (*pethi*), como en 116.6: «Jehová guarda a los sencillos [*pethi*]; estaba yo postrado, y me salvó». La persona simple es ingenua, carece de sabiduría y es tonta porque no piensa profundamente en nada. El salmista exagera su pensamiento para dar énfasis. Cualquiera, incluso la persona simple, puede ser grandemente bendecida al recibir la verdad de Dios. Este hombre pudo decir: «El testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo» (19.7b).

Versículo 131. פִּי־פָּתַחְתִּי־כִּי־אֲבִירִי (*piy-pa'ritti*, «Mi boca abrí»). El autor dice que su **boca [abrió] y [suspiró]**. En su anhelo por la Palabra, se describe a sí mismo de dos maneras. Abre la boca como un pajarillo que espera la llegada de su madre con alimento. Esta imagen transmite hambre, anhelo y anticipación.

Es como un animal que jadea por agua. En 42.1 se utiliza una ilustración similar: «Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía». Ambas metáforas son vívidas y apropiadas para la idea que el salmista busca revelar.

Jesús usó el hambre y la sed como una caracterización de vida en Su cuarta bienaventuranza: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» (Mt 5.6). Cuando se combina esta metáfora con las otras dos, las tres transmiten una disposición inmediata, un profundo anhelo y un propósito único. Las tres hablan con fuerza del anhelo que reside en el corazón de este hombre.

El salmista le confiesa a Dios: **porque deseaba tus mandamientos**. La palabra hebrea que se usa aquí para «deseaba», יָאָב (*ya'ab*), no aparece en ningún otro lugar de las Escrituras. Quiere decir que el deseo de este hombre por la Palabra es desbordante. Se dedica a su comprensión y aplicación. La palabra es similar a la que se usa en otros dos versículos de Salmos 119: «He aquí yo he anhelado [יָאָב, *ta'ab*] tus mandamientos; vivifícame en tu justicia» (119.40); «He deseado [*ta'ab*] tu salvación, oh Jehová, y tu ley es mi delicia» (119.174).

El salmista expresa sus aspiraciones por la Palabra con la mayor contundencia, pues dice: «Quebrantada está mi alma de desear tus juicios en todo tiempo» (119.20). Busca la Palabra tan profundamente que llora de dolor porque no la

tiene (119.28). La liberación de Dios lo es todo para él: «Desfallece mi alma por tu salvación, mas espero en tu palabra» (119.81). Además, suplica: «Llegue mi clamor delante de ti, oh Jehová; dame entendimiento conforme a tu palabra» (119.169).

Versículo 132. אֵלַי־פְּנֵה־לִּי (*p'neh-'ela*, «Mírame»). Además, el autor le implora a Dios: **Mírame, y ten misericordia de mí**. Quiere que Dios le mire y le preste especial atención. La palabra hebrea para «mírame», פָּנָה (*panah*), se usa en referencia a una persona girando la cabeza para mirar algo. La palabra se usa en 102.17 como referencia al hecho de que Dios dirige Su atención a la oración de Sus siervos: «Ha considerado [*panah*] la oración de los desamparados y no ha despreciado su plegaria».

La relación del salmista con Dios es personal, y se siente cómodo pidiéndole cosas. Es como un pequeño niño que extiende la mano y vuelve el rostro de su padre hacia él para recibir atención especial. También conoce la santidad de Dios, y considera cualquier acción del Señor en su vida como un regalo de «misericordia» (יָחַן, *chanan*).

Este hombre le pide misericordia a Dios **como [acostumbra Él] con los que aman [Su] nombre**. Comprende el carácter de Dios y le pide que lo trate con el mismo tierno amor que les brinda a Sus demás siervos. Dios cuida de manera especial de «los que aman [Su] nombre», y el salmista desea esa clase de cuidado.

La palabra hebrea מִשְׁפָּט (*mishpat*) se traduce aquí como «acostumbra». *Mishpat*, en otros contextos, suele traducirse como «juicio». El hebreo literalmente dice: «Como es tu juicio para quienes aman tu nombre». Con esto en mente, vemos que *mishpat* transmite un significado más fuerte que «acostumbra». Resume lo que Dios ha decretado hacer con respecto a Su pueblo. Su juicio consiste en manifestar Su gracia hacia quienes lo aman.

Por lo tanto, una traducción razonable de 119.132b sería: «Según es Tu juicio con los que aman Tu nombre». Esta traducción nos brinda gran aliento respecto al compromiso de Dios con Sus hijos. En respuesta a este anuncio, podemos regocijarnos en cómo Dios nos mira y nos trata. Él desea que confiemos en Su gracia; nos invita a pedirla libremente y espera que descansemos nuestros corazones atribulados en Su espíritu perdonador. Su decreto debería llenar nuestra mente con tres ideas consoladoras: expectativa, confianza segura y paz.

El versículo 132 es uno de los tres versículos de este salmo que no incluyen una referencia es-

pecífica a la Palabra de Dios. Los versículos 84 y 122 son los otros dos.

Versículo 133. (פָּעָמַי, *pa'am*, «pasos».) El autor le pide a Dios que **[ordene] [sus] pasos con [Su] palabra**. Después de orar para que Dios lo cuide según Su manera de supervisar a Su pueblo justo, ora para que Dios establezca firmemente los pies o la vida de ellos en Su Palabra.

La palabra hebrea para «ordena», כּוּן (*kun*), quiere decir «colocar en su lugar». Estar establecido en la verdad de Dios es estar arraigado como un árbol o asentado como una casa sobre sus cimientos. La palabra *kun* se ha traducido de diversas maneras: «directo», «seguro», «mantenerse estable» y «mantenerse firme».

Kun se usa en 119.5 para referirse a la fiel regularidad de los pasos: «¡Ojalá fuesen ordenados [*kun*] mis caminos para guardar tus estatutos!». En 119.90, se usa en referencia a la continuidad de la tierra: «De generación en generación es tu fidelidad; tú afirmaste [*kun*] la tierra, y subsiste». La palabra se usa para transmitir la estabilidad de los cielos: «Los hizo ser [*kun*] eternamente y para siempre; les puso ley que no será quebrantada» (148.6).

Aquí, en 119.133a, el autor hace una súplica respecto a la «palabra» (אִמְרָה, *'imrah*) de Dios. El salmista desea que Dios cumpla Su palabra o promesa de tal manera que él sea guiado a una vida de obediencia.

Hace una segunda petición: **y ninguna iniquidad se enseñoree de mí**. Le ruega a Dios que lo proteja de cualquier cosa que pueda perturbar su obediencia a Su Palabra. Es consciente de que la iniquidad puede vencerlo y robarle su devoción a la verdad de Dios.

Dos de sus términos tienen una fuerte connotación. El primero es «iniquidad», traducido del hebreo אָוֶן (*'aven*), que puede querer decir «maldad», «circunstancias funestas», «idolatría», «avaricia», «pecado» o «engaño».

El segundo es «enseñoree», traducido del hebreo שָׁלַט (*shalat*). El salmista no quiere que la maldad lo venza, se señoree de él o lo domine.

A la luz del contexto, este hombre tiene que estar orando para que ninguna circunstancia siniestra comprometa de ninguna manera su deseo de ser justo. Está decidido a guardar fielmente la Palabra de Dios.

Versículo 134. (פָּדֵנִי, *p'dani*, «Líbrame».) El autor además le pide a Dios: **líbrame de la violencia de los hombres**. En relación con el bienestar espiri-

tual que este hombre busca, pide ser liberado de quienes buscan oprimirlo. Usa la palabra hebrea para «liberar», פָּדָה (*padah*), que quiere decir «rescate» o «liberación». *Padah* puede usarse tanto en contextos físicos como espirituales.

La opresión llena la mente del salmista, y su súplica incluye una valiente afirmación: «Juicio y justicia he hecho; no me abandones a mis opresores. Afianza a tu siervo para bien; no permitas que los soberbios me opriman» (119.121, 122). Ora pidiendo una redención espiritual. Desea una recuperación completa de la opresión de estos hombres malvados. Anhela entregarse al servicio de la obediencia a la Palabra de Dios. Busca la libertad de la opresión para poder alcanzar su meta.

Durante su primer juicio en Roma, Pablo afirmó que el Señor lo había librado. Alabó a Dios por haberle concedido un indulto de la sentencia de muerte. Vio por medio de su escape que Dios lo cuidaría en todo momento conforme a Su voluntad. Leemos:

En mi primera defensa ninguno estuvo a mi lado, sino que todos me desampararon; no les sea tomado en cuenta. Pero el Señor estuvo a mi lado, y me dio fuerzas, para que por mí fuese cumplida la predicación, y que todos los gentiles oyesen. Así fui librado de la boca del león. Y el Señor me libraré de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial. A él sea gloria por los siglos de los siglos. Amén (2ª Ti 4.16–18).

El autor desea la redención para así **[guardar] los mandamientos** de Dios. Se esfuerza por liberarse de cualquier opresión que le impida obedecer a Dios.

El propósito que tiene en mente constituye una de sus oraciones más significativas. Con esta nueva libertad, podrá entregarse sin reservas a una vida con Dios.

Busca oportunidades para meditar en la ley de Dios y espera con ansias la llegada de momentos de tranquilidad para la reflexión espiritual. Cuando llegan, los aprovecha al máximo: «Se anticiparon mis ojos a las vigiliass de la noche, para meditar en tus mandatos» (119.148). Necesita la fuerza sustentadora de Dios porque le dará vida (119.116). Con esta fuerza y la providencia de Dios, puede dedicarse con seguridad al estudio que anhela (119.117).

El autor tiene que alejarse de la maldad, ya que un corazón impuro podría destruir su comunión con Dios (119.101). Sabe que el agua viva de Dios no puede llevarse en un contenedor sucio. Nin-

gún siervo de la Palabra de Dios puede vivir en sociedad con el mal. Rodeado de la misericordia de Dios, este hombre cree que estará preparado para guardar los testimonios de Su boca (119.88).

Una meta principal que persigue es la obediencia irreprochable (119.80). Otra meta es aprender los estatutos de Dios, incluso si eso quiere decir que la aflicción le enseñe lecciones de disciplina (119.71). Alcanzar estas metas requerirá que Dios trate con él generosamente para que pueda vivir conforme a Su Palabra (119.17).

Versículo 135. (פָּנֶיךָ, *paneak*, «Haz que tu rostro»). El autor le implora a Dios: **Haz que tu rostro resplandezca sobre tu siervo.** Con lenguaje figurado, le ruega al Señor que lo mire desde arriba y le dé Su aprobación divina. Visualiza el rostro del Señor resplandeciente de aceptación. Podemos imaginar a un padre mirando a su hijo desde arriba y sonriéndole con elogio. La aceptación del Señor lo es todo para Su siervo.

Una súplica casi paralela se hace en 31.16, 17, que dice:

Haz resplandecer tu rostro sobre tu siervo;
Sálvame por tu misericordia.
No sea yo avergonzado, oh Jehová, ya que te
he invocado;
Sean avergonzados los impíos, estén mudos
en el Seol.

David equiparó la realidad del rostro resplandeciente de Dios con la misericordia que Dios derramó sobre él.

Hay enemigos que buscan destruir la vida del salmista. Si Dios no lo salva, se convertirá en un trofeo de victoria para sus enemigos; y se deleitarán en el hecho de que su Dios lo abandonó en su momento de extrema necesidad. Sin embargo, Dios avergonzará a estos enemigos. Debido a su interferencia con él y su Dios, serán puestos en un lugar donde ya no podrán hacer ruido en la tierra.

La palabra hebrea para «resplandezca», אִיר (‘*or*), es un verbo que puede entenderse como «enviar luz». «Luz» es una metáfora del resplandor de la atención y la aceptación de Dios. Apenas podemos imaginar cómo es el rostro aprobatorio de Dios. ¡Cuán radiante y hermosamente indescriptible tiene que ser!

David oró diciendo: «Muchos son los que dicen: ¿Quién nos mostrará el bien? Alza sobre nosotros, oh Jehová, la luz de tu rostro» (4.6). Un cántico de Asaf relacionó el rostro de Dios con la restauración: «Oh Dios, restáuranos; haz resplandecer tu rostro, y seremos salvos» (80.3). En 80.19, Dios es alabado

como el Dios restaurador: «¡Oh Jehová, Dios de los ejércitos, restáuranos! Haz resplandecer tu rostro, y seremos salvos». El rostro resplandeciente de Dios representa Su llegada, aprobación y aceptación.

Este autor no solo desea la aprobación de Dios, también desea aprender Sus **estatutos**. Desea seguir creciendo en Su voluntad.

Versículo 136. (פְּלִיגֵי-מַיִם, *palge-mayim*, «corrientes de agua»). El salmista dice que **ríos de agua descendieron de [sus] ojos**. Es consciente de sus fallos en el cumplimiento de la Ley. En arrepentimiento, lamenta profundamente estos fracasos. En el versículo final de la presente estrofa, expresa su gran dolor y agonía al darse cuenta de que quienes lo rodean no están cumpliendo los mandamientos de Dios.

Con la gravedad de la desobediencia presente, llora por quienes lo rodean y hacen alarde de la misericordia de Dios. Jeremías escribió: «Ríos de aguas echan mis ojos por el quebrantamiento de la hija de mi pueblo» (Lm 3.48). Al presenciar el juicio de Dios sobre Su pueblo, Jeremías apenas podía soportarlo:

Por esta causa lloro; mis ojos, mis ojos fluyen
aguas,
Porque se alejó de mí el consolador que dé
reposo a mi alma;
Mis hijos son destruidos, porque el enemigo
prevaleció (Lm 1.16).

Por lo tanto, por un lado, el salmista arde de justa indignación por quienes quebrantan la ley de Dios: «Horror se apoderó de mí a causa de los inicuos que dejan tu ley» (119.53). Le preocupan las personas que no reconocen el valor y la santidad de hacer la voluntad de Dios. Rechazan el mayor regalo de Dios debido a la maldad y apostasía de ellos.

El pecado es la fuerza más destructiva que existe; carece de cualidades redentoras. Si elegimos vivir en rebelión, nos hundimos en lo más bajo posible. Si dejamos desatendida la obra del pecado, la influencia más letal del diablo florecerá en nuestros corazones.

Por otro lado, la tristeza de este hombre proviene del amor que solo un siervo de Dios puede tener por estos pecadores. No soporta la idea de que estén separados de Dios. Su dolor es tan profundo que no puede pensar en otra cosa, y llora profunda y continuamente. En esencia, dice: «He llorado tanto que ya no puedo llorar más».

El autor se lamenta por sus enemigos **porque no guardaban la ley** de Dios. El dolor del salmista

solo puede apaciguarse cuando quienes luchan contra su espiritualidad vuelven el corazón de ellos a Dios. El pueblo de Dios a menudo se ha acercado a Él con el corazón quebrantado por su comportamiento pecaminoso. Moisés le dijo a Israel al bajar del monte:

Y me postré delante de Jehová como antes, cuarenta días y cuarenta noches; no comí pan ni bebí agua, a causa de todo vuestro pecado que habíais cometido haciendo el mal ante los ojos de Jehová para enojarlo (Dt 9.18).

El llanto y la oración del salmista en 119.136 nos recuerdan a Jesús cuando lloró por la ciudad de Jerusalén (Lc 19.41). Pablo, con un espíritu afín, escribió a los cristianos de Roma:

... tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne (Ro 9.2, 3).

LA ESTROFA PE EN HEBREO

- (129) פְּלֹאֹת עֲדוּתֶיךָ עַל-כֵּן נִצְרַתָּם נִפְשֵׁי:
- (130) בְּתַח דְּבַרְיֶךָ יָאִיר מִבֵּין פְּתוּיִם:
- (131) כִּי-פִעַרְתִּי וְאַשְׁאֲרָה כִּי לְמַצּוֹתֶיךָ יֵאָבְדוּ:
- (132) בְּנֵה-אֱלֹהֵי וְחַנּוּנִי כַּמִּשְׁפָּט לְאַהֲבֵי שְׁמֶיךָ:
- (133) בְּעַמִּי הִכֵּן בְּאַמְרֹתֶיךָ וְאַל-תִּשְׁלַט-בִּי כָל-אֹוֹן:
- (134) בְּרַנִּי מֵעֶשֶׂק אָדָם וְאַשְׁמְרָה פִּקּוּדֶיךָ:
- (135) בְּנִיךָ הָאֵר בְּעֵבְרֶיךָ וְלִמְרַנִּי אֶת-חֲקֶיךָ:
- (136) פְּלִגְי-מִים יִרְדּוּ עֵינַי עַל לֹא-שְׁמַרְו תוֹרֹתֶיךָ:

APLICACIÓN

Para los que lo aman (119.132)

Dios les concede una gracia especial a Sus siervos. Cuando caminamos con Él, vemos esta gozosa realidad. Este hombre vio la realidad de la bondad de Dios y dijo: «Mírame, y ten misericordia de mí, como acostumbrabas con los que aman tu nombre» (119.132; énfasis agregado).

¿Cómo podemos describir la costumbre especial de Dios con los que le aman, con quienes se han propuesto hacer Su voluntad?

Una bienvenida maravillosa. Primero, cuando acudimos a Él con fe obediente, Él nos recibe. Este hombre se acercó a Dios dedicándose a caminar con Él. Hoy, venimos a Él obedeciendo el evangelio de Su Hijo (2ª Ts 1.7-9).

Dios no rechazará ningún corazón bueno. Jesús ilustró esta verdad cuando dijo: «Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera» (Jn 6.37). La invitación

de Dios se extiende a todo ser humano; porque Él «no [quiere] que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2ª P 3.9b). Venimos a Él obedeciendo Su evangelio.

Un perdón misericordioso. En segundo lugar, cuando venimos a Él, nos purifica, alejando nuestros pecados de nosotros tan lejos como el oriente está del occidente (103.12). Una verdad divina reconfortante se expresa en 103.11: «Porque como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que le temen».

Una comunión íntima. En tercer lugar, cuando nos perdona, nos integra a Su comunidad y nos cuida como a hijos adoptivos. No solo desea salvarnos, también desea que vivamos a Su lado como parte de Su familia. Pablo escribió: «Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor» (1ª Co 1.9).

Una redención continua. En cuarto lugar, cuando pecamos y nos alejamos de Su lado, Él correrá a nuestro encuentro al tiempo que regresamos a Él en arrepentimiento. Jesús expresó esta gran verdad en Su parábola sobre el hijo pródigo: «Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó» (Lc 15.20b). El profeta Jonás sabía que ni siquiera el gran imperio asirio podría borrar la verdad de la gracia de Dios. Él dijo: «... sabía yo que tú eres Dios clemente y piadoso, tardo en enojarte, y de grande misericordia, y que te arrepientes del mal» (Jon 4.2b).

Una nutrición continua. En quinto lugar, cuando Dios nos salva a medida que nos acercamos a Él, y cuando comenzamos a vivir en Su comunión, nos nutre y nos hace madurar por medio de Su Palabra. Dios, como nuestro Padre celestial que es, nos hace crecer hasta convertirnos en personas que han tomado la semejanza de Jesús, Su Hijo. Él quiere que contemplemos Su gloria por medio de Su Palabra y seamos moldeados por ella a la semejanza de Cristo: «Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor» (2ª Co 3.18).

Una preparación eterna. En sexto lugar, mientras caminamos con Él, Dios nos prepara diariamente para nuestro hogar con Él en la eternidad. Este mundo es solo un lugar temporal que nos moldea para nuestra vida eterna con Dios. Jesús les dijo a Sus apóstoles: «Y si me fuere y os preparare lugar, (Continúa en la página 50)

La Palabra de verdad

Estrofa 18: *Tsade*

¹³⁷Justo eres tú, oh Jehová,
Y rectos tus juicios.
¹³⁸Tus testimonios, que has recomendado,
Son rectos y muy fieles.
¹³⁹Mi celo me ha consumido,
Porque mis enemigos se olvidaron de tus
palabras.
¹⁴⁰Sumamente pura es tu palabra,
Y la ama tu siervo.
¹⁴¹Pequeño soy yo, y desechado,
Mas no me he olvidado de tus mandamientos.
¹⁴²Tu justicia es justicia eterna,
Y tu ley la verdad.
¹⁴³Aflicción y angustia se han apoderado de mí,
Mas tus mandamientos fueron mi delicia.
¹⁴⁴Justicia eterna son tus testimonios;
Dame entendimiento, y viviré.

La naturaleza justa de Dios y Su Palabra constituye el enfoque de la presente estrofa. Todo lo que Dios dice o hace refleja la justicia y fidelidad de Su ser. El salmista se regocija en este punto de su oración en el carácter, la Palabra y las obras eternas de Dios.

Cada línea de este párrafo comienza con la decimotava letra del alfabeto hebreo, **צ** (*tsade*). Los versículos 137, 142 y 144 tienen una forma de la raíz **קִדְּשׁ** (*tsedeq*), que puede traducirse como «justo» o «justicia». Cada una de las otras cinco líneas comienza con una palabra diferente.

De los términos principales para la Palabra de Dios, seis se usan en este párrafo: «juicios» (v. 137); «testimonios» (vv. 138, 144); «palabras» (v. 139); «palabra» (v. 140); «mandamientos» (vv. 141, 143); «ley» (v. 142).

Versículo 137. (**קִדְּשׁ**, *tsaddiq*, «Justo».) El salmista comienza la estrofa orando: **Justo eres tú, oh**

Jehová. Dios es santo, puro y libre de pecado. La palabra hebrea para «justo», **קִדְּשׁ** (*tsaddiq*), caracteriza a Dios con grandeza, impecabilidad y gloria.

Dios es justo, y el carácter de la justicia llena Su ser eterno. Por medio de la existencia y la abundancia de Sus santos atributos, aprendemos todo lo que podemos saber sobre la justicia. Su personalidad nos revela cada rasgo o esplendor de bondad y santidad que existe.

Las palabras «justo» o «justicia» aparecen nueve veces en este salmo (vv. 7, 62, 75, 106, 123, 137, 144, 160, 164). Ocho de estas nueve veces se traduce de **קִדְּשׁ** (*tsedeq*) y sirve como adjetivo que modifica la Palabra que Dios ha dado. En 119.137, se traduce de *tsaddiq* y se usa como descripción suprema de Dios.

A lo largo de los salmos, a Dios se le describe como «justo» de cuatro maneras. Primero, es el Juez justo: «Fenezca ahora la maldad de los inicuos, mas establece tú al justo; porque el Dios justo prueba la mente y el corazón» (7.9). Como justo que es, se indigna a diario con las obras y palabras del hombre pecador (7.11).

En segundo lugar, a Dios se le describe como un ser que ama la justicia: «Porque Jehová es justo, y ama la justicia; el hombre recto mirará su rostro» (11.7). Como Ser justo que es, Él origina y emana justicia.

En tercer lugar, se le ve como justo en Su fiel respuesta a Sus siervos. En Salmos 116, el conmovedor salmo de acción de gracias, el autor no podía alabar la compasión de Dios sin recordar Su justicia: «Clemente es Jehová, y justo; sí, misericordioso es nuestro Dios» (116.5).

En cuarto lugar, en 145.17, la bondad y la justicia de Dios se unen en una imagen compuesta de Él: «Justo es Jehová en todos sus caminos, y

misericordioso en todas sus obras». Todo lo que Dios hace y dice refleja Su justicia. Sus maravillas siempre están en armonía con la rectitud de Su personalidad y ser.

El autor además le dice a Dios: **y rectos tus juicios**. El carácter inflexible de Dios codifica cada una de Sus palabras y acciones. El autor puede afirmar con confianza que los juicios de Dios son rectos. La palabra hebrea para «recto», *יָשָׁר* (*yashar*), quiere decir «rectificado». Debido a quién es Dios, Sus juicios son rectos, santos y están lejos de cualquier indicio de pecado (94.15).

Con una claridad prístina, los atributos de Dios manifiestan Su ser. Este hecho se hace evidente en Su respuesta a las personas que sufren: «Jehová es el que hace justicia y derecho a todos los que padecen violencia» (103.6). Cualquier acción o palabra que provenga del Señor justo es, por necesidad, justa: «Los juicios de Jehová son verdad, todos justos» (19.9b). Nada puede empañar la perfección de los mismos.

La conducta correspondiente que surge en Su pueblo constituye un corolario del carácter justo de Dios. El hijo se vuelve como su Padre; los adoradores se vuelven como su Dios. El pueblo de Dios asume Su personalidad. Por vivir y andar con Dios, se nos imprime Su semejanza. Esta transformación es natural; sin embargo, también está divinamente orquestada y ordenada. El Señor la desea: «Jehová ama a los justos» (146.8). Él lo ejemplifica: «Los ojos de Jehová están sobre los justos, y atentos sus oídos al clamor de ellos. La ira de Jehová contra los que hacen mal» (34.15, 16a). Él lo exige: «como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo» (1ª P 1.15, 16).

Versículo 138. (*תְּיַטֵּא*, *tsiuta*, «has recomendado».) Este hombre ora además: **Tus testimonios, que has recomendado. Son rectos y muy fieles.** Los mandamientos que Dios da a Su pueblo son «rectos y muy [*מְאֹד*, *me'od*] fieles». Dios no puede engañar ni abusar de nadie, sea Su siervo o un incrédulo. Cualquier instrucción que Él dé estará en armonía con la verdad que ha liberado en el universo por medio de Su Palabra revelada.

Dios es excesiva y absolutamente fiel. Jamás dará un mandamiento que no refleje Su perfecta integridad, santidad y justicia. El salmista ora diciendo: «Todos tus mandamientos son verdad» (119.86a) y «de generación en generación es tu fidelidad; tú afirmaste la tierra, y subsiste» (119.90).

Tres verdades son evidentes para quienes han caminado con Dios. Ven que Él es «recto» y «fiel», y son conscientes de la naturaleza eterna de todo lo que Dios hace. Su justicia otorga integridad inherente a Su Palabra. Sus palabras no solo son grandiosas; son justas, esto es, intachables, impecables y divinas.

La fidelidad de Dios establece la fiabilidad de Su Palabra. Nada puede cambiar Sus promesas eternas. Todo siervo puede decir: «Cercano estás tú, oh Jehová, y todos tus mandamientos son verdad» (119.151). Son absolutos y perfectos en su carácter.

Las palabras de Dios son eternas, mostrando la vida perdurable de Sus palabras. Este autor sabe que la naturaleza eterna de Dios está arraigada en Sus justas palabras. Por esta razón, usa la palabra «eterna» en su petición al concluir esta estrofa: «Justicia eterna son tus testimonios; dame entendimiento, y viviré» (119.144). Al meditar en Sus palabras, nuestro espíritu se alegra y cantamos: «Tu justicia es justicia eterna, y tu ley la verdad» (119.142).

Cuando estas tres ideas —«rectos», «fieles» y la naturaleza «eterna» de Dios— se unen, forman la tríada perfecta de la vida, la religión total y completa. El Dios justo y fiel nos da vida eterna mediante nuestra obediencia a Su Palabra.

Mediante Su perdón y amor divino, Dios nos cubre con Su justicia. (Vea 2ª Co 5.21.) Conociendo este hecho, un salmista clamó a Dios: «Abridme las puertas de la justicia; entraré por ellas, alabaré a JAH» (118.19). La justicia de Dios, cree este salmista, solo puede recibirse por medio de Su Palabra (119.40).

En 119.172, se unen tres palabras: «Hablará mi lengua tus *dichos*, porque todos tus *mandamientos* son *justicia*» (énfasis agregado). Cuando un siervo del Señor se siente decepcionado con la vida, lo único que tiene que hacer es pensar en la rectitud, la fidelidad y la naturaleza eterna de Dios, y en cómo Su amorosa bondad lo ha redimido. Nada puede alegrarnos más que este importante pensamiento: «Alegraos, justos, en Jehová, y alabad la memoria de su santidad» (97.12).

Versículo 139. (*תִּשְׁמַתְנִי*, *tsimtatni*, «destruido».) Este autor admite: **Mi celo me ha consumido** [*צָמַת*, *tsamath*]. Cuando la «rectitud» y la «fidelidad» están en su mente, no puede entender por qué alguien desearía la Palabra del Señor. Estas palabras, que brillan como hilos de oro de verdad, jamás deben olvidarse. Ignorar la Palabra constituye una tragedia inconcebible, y tal posibilidad debería exigir

una solemne resolución: «Me regocijaré en tus estatutos; no me olvidaré de tus palabras» (119.16).

La palabra hebrea para «celo», קִינָה (*qin'ah*), puede traducirse como «celos», «ira» o «fervor». Debido a que el salmista ha visto a otros olvidar la Palabra de Dios, se siente deprimido, agotado y mermado. El celo por Dios y Su Palabra lo ha llenado, incluso hasta el punto del exceso. *Qin'ah* solo se encuentra otras dos veces en los salmos: en 79.5 («celo») y en el famoso pasaje profético de 69.9: «Porque me consumió el celo [*qin'ah*] de tu casa; y los denuestos de los que te vituperaban cayeron sobre mí».

El salmista está consumido por el celo **porque [sus] enemigos se olvidaron de [Sus] palabras**. Se frustra en sus intentos por revertir la situación. Sus adversarios están haciendo lo impensable al ignorar al Dios soberano que les ofrece la vida eterna. Quiere corregir este terrible error. Su amor, honor y respeto por Dios lo llevan a un profundo dolor y una tristeza debilitante. Le recuerda a Dios que sus ojos derraman ríos de agua porque quienes lo rodean no guardan Su ley (119.136a).

Acusa a quienes están cerca de él de pasar por alto las palabras de Dios. La palabra hebrea para «olvidaron», שָׁכַח (*shakach*), puede usarse cuando alguien olvida algo accidentalmente o ignora información a propósito. Puede usarse como la palabra «ignorante». Se puede ser ignorante porque no se ha tenido la oportunidad de aprender o porque se ha elegido no hacerlo de manera voluntaria. La determinación de cada persona debe ser: «Jamás me olvidaré de tus mandamientos, porque con ellos me has vivificado» (119.93). Recordar la Palabra trae vida; olvidarla trae muerte.

La oración del salmista expresa su profunda preocupación por sus enemigos que están obrando en su contra. Su compromiso con Dios no es egocéntrico. Actúa como siervo de Dios y avanza en el carácter de Dios. Su celo por los demás ejemplifica el deseo de Dios de proveer salvación a toda persona que acuda a Él.

Versículo 140. (צָרִיפָה, *ts'rupah*, «sumamente pura».) El salmista ama la Palabra porque es **sumamente pura**. La palabra hebrea para «pura», צָרַף (*tsaraph*), se relaciona con refinar, fundir o purificar metales preciosos. El salmista ha leído, obedecido y confiado en la Palabra de Dios. La ha encontrado «sumamente [מְאֹד, *me'od*] pura» o «probada».

Cree que la Palabra de Dios no ha mostrado errores de cálculo en su lógica, ni errores en sus

escritos, ni impotencia en su poder, ni deterioro en su integridad. Podía decir: «En cuanto a Dios, perfecto es su camino, y acrisolada la palabra de Jehová; escudo es a todos los que en él esperan» (18.30). Su Palabra es «pura» en el sentido de que ha sido examinada y ha demostrado ser victoriosa.

La perfección de Dios se hace evidente en Sus métodos, acciones y maneras de manejar todas las circunstancias. Su conjunto de rasgos de carácter es perfecto en contenido. No se puede encontrar ningún defecto ni debilidad. No existen marcas defectuosas en Su personalidad.

Debido a la pureza de la Palabra, el salmista dice: **y la ama tu siervo**. El «y» del autor es comprensible y esperado. ¿Quién no amaría una revelación que demuestra tanta justicia, pureza y plenitud? Cuando amamos la Palabra, la amamos porque nos da vida y porque contiene las cualidades perfectas de Dios. La amamos porque amamos la santidad, la verdad y la autenticidad.

Sin embargo, como vemos aquí, el siervo la ama incluso independientemente de sí mismo. La ama no porque le ayude, sino por lo que es: la verdad absoluta que solo puede venir de Dios. Ama su pureza porque irradia la perfección divina. Ama la Palabra porque exhibe la santidad de Dios. Si intentamos tener verdadera piedad, pero no sentimos el amor por la verdad que la encierra, nuestra piedad se convierte solo en un cascarón de piedad. La esencia de la piedad consiste en santidad y veracidad.

Versículo 141. (צָעִיר, *ts'air*, «pequeño».) El salmista afirma ser **pequeño [...] y desechado**. Se ve a sí mismo como insignificante y quizás rechazado por otros hombres. La palabra hebrea para «pequeño», צָעִיר (*ts'air*), describe a alguien que no puede marcar una diferencia significativa en el mundo. Cree que su influencia será insignificante y que su fuerza no será apreciada.

La palabra hebrea para «desechado», בָּזָה (*bazah*), se refiere a una persona despreciable, desdeñada y escarnecida. El autor usa *bazah* en 119.163: «La mentira aborrezco y abomino [*bazah*]; tu ley amo». Sus enemigos lo desprecian y él, a su vez, rechaza y desprecia sus falsas enseñanzas. Desde la perspectiva de Dios, un tipo de desprecio es legítimo, pero el otro no.

Al autor también se le dificulta comprender las costumbres del mundo. En 119.19, dice: «Forastero soy yo en la tierra; no encubras de mí tus mandamientos». Menciona el reproche y el desprecio que ha sido llamado a soportar. Pide a

Dios que reprenda a «los soberbios, los malditos» (119.21). Le suplica: «Quita de mí el oprobio que he temido» (119.39).

A pesar de su insignificante estatus, este hombre dice: **mas no me he olvidado de tus mandamientos**. Aunque otros lo consideren insignificante, no se desespera. Recibimos los mandamientos de Dios para que los guardemos mientras caminamos obedientemente delante de Él, y es lo que el salmista planea hacer. Si bien los soberbios se burlan de él, no se ha apartado de la ley de Dios (119.51). Dice: «Compañías de impíos me han rodeado, mas no me he olvidado de tu ley» (119.61). Se han proferido mentiras contra él; sin embargo, no ha rendido en su búsqueda de la Palabra de Dios (119.69, 78). Si bien su vida corre peligro, no abandona los preceptos de Dios (119.87). Rechaza los caminos falsos y se aferra a la verdad de Dios (119.101). Algunos príncipes lo han menospreciado; sin embargo, él continúa meditando en los estatutos de Dios (119.23).

Versículo 142. (תְּדַבֵּר צְדָקָה, *tsidqateka*, «Tu justicia».) El salmista ora a Dios, diciendo: **Tu justicia es justicia eterna**. Sus atributos son eternos porque son las características de Su ser, queriendo decir que todo en Dios es eterno. De hecho, «... la misericordia de Jehová es desde la eternidad y hasta la eternidad sobre los que le temen, y su justicia sobre los hijos de los hijos» (103.17). Un salmista oró: «Desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios» (90.2c). El autor de Salmos 111 dijo: «Gloria y hermosura es su obra, y su justicia permanece para siempre» (111.3). Las obras, palabras y maravillas de Dios son eternas.

El término hebreo para «justicia» aparece en este versículo tanto en masculino como en femenino. La primera vez que aparece es femenino (תְּדַבֵּר צְדָקָה, *tseddaqah*) y se refiere al carácter de Dios. La segunda vez, toma la forma masculina, דַּבֵּר צְדָקָה (*tsedeq*), que se refiere a la naturaleza de la justicia. Una traducción literal, si se añade el verbo «ser», sería: «Tu justicia es justa para siempre».

Este hombre le dice a Dios que Su **ley es la verdad**. Toda ley que el Señor revela de Sus labios es absoluta «verdad»: «La suma de tu palabra es verdad, y eterno es todo juicio de tu justicia» (119.160).

La Palabra de Dios tiene tres características: es justa, es verdadera y es eterna. Todo lo que Dios dice es verdad (119.151). Jesús les confirmó a Sus discípulos que la «palabra [de Dios] es verdad» (Jn 17.17b).

Todo lo que Dios dice es justo. El autor de

Salmos 19.9 lo expresó así: «El temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre; los juicios de Jehová son verdad, todos justos». La frase «todos justos» tiene un significado tan amplio que nos cuesta comprenderla.

Además, todo lo que Dios dice es eterno: «Para siempre, oh Jehová, permanece tu palabra en los cielos. De generación en generación es tu fidelidad; tú afirmaste la tierra, y subsiste» (119.89, 90). Durante el Sermón del Monte nuestro Señor dijo:

No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido (Mt 5.17, 18).

Versículo 143. (צָר וְקָצוּץ, *tsar-umatsoq*, «Aflicción y angustia».) El autor se lamenta: **Aflicción y angustia se han apoderado de mí**. Probablemente se refiere a sus opresores o enemigos, quienes constituyen una de sus principales cargas. Si en este punto de su oración está pensando en sus enemigos, los ve como «aflicción y angustia».

La «aflicción» es externa en su descripción, mientras que «angustia» enfatiza el aspecto interno de su lucha. La palabra hebrea que se traduce como «aflicción», צָר (*tsar*), sugiere un lugar estrecho de aflicción y tribulación; y la que se traduce como «angustia», קָצוּץ (*matsoq*), funciona casi como un sinónimo de *tsar*. Aparentemente, el autor redobla la descripción que hace de la dificultad que enfrenta mientras revela la extrema gravedad de su prueba.

El verbo del salmista que se traduce como «han apoderado», אָצַק (*matsa'*), indica que la «aflicción y [la] angustia» lo estrujan fuertemente. Lo ha usado para describir la extrema angustia que le ha venido. La misma palabra hebrea aparece en 116.3, que dice: «Me rodearon ligaduras de muerte, me encontraron las angustias del Seol».

Es obvio, por la elección del anterior verbo, que él no inició el problema; este lo encontró a él. Sus palabras son similares a la descripción que Pablo hace de un hermano sorprendido en una falta: «Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado» (Ga 6.1). La palabra griega que Pablo usó es προλαμβάνω (*prolambanō*), que quiere decir ser sorprendido. La lucha del salmista se ha convertido en su destino en la vida. No la pidió, pero la reconoce y tiene que decidir qué desea hacer al respecto.

A pesar de sus aflicciones, el salmista le dice a Dios: **mas tus mandamientos fueron mi delicia**. Estas fuerzas externas e internas no lo han privado de su gozo. Ningún fuego siniestro puede arder con la suficiente intensidad como para consumir su «delicia» en la Palabra de Dios. Este gozo le proporciona el consuelo y la determinación que necesita en su momento de prueba. Incluso dice: «... pues tus testimonios son mis delicias y mis consejeros» (Sal 119.24). ¡Qué maravilloso es para él poder recurrir a los preceptos de Dios para la salvación o liberación que su situación amerita! También puede recurrir a ellos para el consejo que cada dificultad requiere. Estos dos hechos le han traído gran deleite (119.77). De hecho, cree que su júbilo en la ley de Dios lo ha salvado de perecer en el momento más difícil de sus pruebas. Dice: «Si tu ley no hubiese sido mi delicia, ya en mi aflicción hubiera perecido» (119.92).

Versículo 144. (תִּשְׁדֶּק, *tsedeq*, «justicia».) Este hombre cree que los **testimonios** de Dios son **justicia eterna**. Está elaborando cuatro conclusiones. Primero, reconoce que el Dios eterno, todopoderoso y justo le ha hablado a Su creación. En segundo lugar, ve Sus palabras como los «testimonios». Estos preceptos constituyen una presentación formal y escrita de la voluntad de Dios a los pueblos de la tierra. En tercer lugar, considera que las palabras de la revelación de Dios son «justicia» por naturaleza. Sus mandamientos son perfectamente creados y perfectamente pronunciados. Quien digiere la Palabra absorbe y es influenciado internamente por los atributos divinos de amor, gracia y fidelidad de Dios.

En cuarto lugar, estas palabras justas son válidas tanto para el Antiguo como para el Nuevo Testamento. Cada palabra y acción de Dios está bañada por el oro de la eternidad. Dios le dijo a Noé que preparara un arca, a Abraham que saliera de Harán, a Moisés que trajera los Diez Mandamientos del Monte Sinaí, a los ángeles que cantaran en el nacimiento de Jesús y al Espíritu que descendiera sobre los apóstoles en el día de Pentecostés. Mediante estos mandamientos, Sus palabras se convirtieron en parte de Su plan eterno y de Su Palabra imperecedera. Las palabras de Dios a Noé fueron dirigidas a Noé mientras que la Gran Comisión de Jesús fue dada a todos los siervos de la era cristiana. Sin embargo, ambas comisiones tienen un significado eterno.

Por medio de Sus palabras, podemos ser influenciados por Sus maravillas. El autor ora

diciendo: «Hazme entender el camino de tus mandamientos, para que medite en tus maravillas» (119.27). Cuanto más comprendemos Sus verdades reveladas, más dispuestos estamos a obedecerlas sin excepción. Nuestra oración siempre debe ser: «Dame entendimiento, y guardaré tu ley, y la cumpliré de todo corazón» (119.34).

Este autor desea que Dios lo trate de tal manera que pueda estar preparado en su corazón y en su vida para entregarse a conocer Su voluntad. Le pide a Dios que agudice su interés en Sus preceptos para que su deseo por ellos se intensifique, preparándolo para entregar su vida.

El salmista ve tres tipos de vida en la Palabra: vivir en la energía de una vida obediente (119.17), vivir bajo la misericordia de Dios (119.77) y estar lleno del espíritu de alabanza (119.175). Su llamado en 119.77 se refiere a estas asombrosas cualidades de la vida: «Vengan a mí tus misericordias, para que viva, porque tu ley es mi delicia». Confía en que su esperanza de vida y fortaleza espiritual reside en la Palabra.

Concluye la presente estrofa pidiendo: **Dame entendimiento, y viviré**. En otras palabras, ora por una vida verdadera, como también lo hizo en 119.116: «Susténtame conforme a tu palabra, y viviré; y no quede yo avergonzado de mi esperanza». A medida que el valor de la verdad de Dios lo cautiva, llega a una conclusión definitiva: no existe vida verdadera sin el «entendimiento» y la obediencia a la Palabra de Dios. ¿Cómo podría una persona vivir sin una conexión adecuada con el Autor y Sustentador de la vida? La oración de todo siervo de Dios tiene que ser: «Dame entendimiento y viviré». Cuando vivimos en desobediencia a Dios, somos rodeados por la muerte. Vivir en Dios es lo único que puede darnos la vida eterna que sustenta y controla toda vida justa, y solo este tipo de vida puede engendrar la vida más elevada.

La anterior verdad, en un contexto diferente y por medio de diferentes frases, es presentada en la primera parte del libro de Proverbios. Un padre que tenía en mente la vida de su hijo le encargó que guardara la verdad de Dios. Nadie puede tener vida aparte de la verdad de Dios. Un hijo puede decir de este tipo de comprensión: «Y él [mi padre] me enseñaba, y me decía: retenga tu corazón mis razones, guarda mis mandamientos, y vivirás» (Pr 4.4). La sabiduría le dice a la audiencia universal de la raza humana:

Retén el *consejo*, no lo dejes;
Guárdalo, porque eso es tu vida.

No entres por la vereda de los impíos,
 Ni vayas por el camino de los malos.
 Déjala, no pases por ella;
 Apártate de ella, pasa (Pr 4.13–15; énfasis
 agregado).

Mientras Moisés preparaba a Israel, la nación
 escogida, para entrar en la tierra prometida, les
 instruyó:

Aplicad vuestro corazón a todas las palabras
 que yo os testifico hoy, para que las mandéis a
 vuestros hijos, a fin de que cuiden de cumplir
 todas las palabras de esta ley. Porque no os
 es cosa vana; es vuestra vida, y por medio de
 esta ley haréis prolongar vuestros días sobre
 la tierra adonde vais, pasando el Jordán, para
 tomar posesión de ella (Dt 32.46b, 47).

Moisés había dicho anteriormente:

Estos, pues, son los mandamientos, es-
 tatutos y decretos que Jehová vuestro Dios
 mandó que os enseñase, para que los pongáis
 por obra en la tierra a la cual pasáis vosotros
 para tomarla; para que temas a Jehová tu Dios,
 guardando todos sus estatutos y sus manda-
 mientos que yo te mando, tú, tu hijo, y el hijo
 de tu hijo, todos los días de tu vida, para que
 tus días sean prolongados (Dt 6.1, 2).

LA ESTROFA TSADE EN HEBREO

- : צְרִיק אֶתָּה יְהוָה וְיִשָּׁר מִשְׁפָּטֶיךָ (137)
- : צְוִית צְדָק עֲדֹתֶיךָ וְאַמוּנָה מְאֹד (138)
- : צִמְתַּתְנִי קִנְאָתְךָ כִּי־שָׁכַחוּ דְבָרֶיךָ צְרִי (139)
- : צְרוּפָה אִמְרָתְךָ מְאֹד וְעִבְדְּךָ אֶהְבֶּה (140)
- : צָעִיר אֲנִכִּי וְנִבְזָה פִּקְדֶיךָ לֹא שָׁכַחְתִּי (141)
- : צִדְקָתְךָ צְדָק לְעוֹלָם וְתוֹרָתְךָ אֱמֶת (142)
- : צְרוּמְצוֹק מְצִאוֹנִי מִצְוֹתֶיךָ שֶׁעָשִׂי (143)
- : צְדָק עֲדוֹתֶיךָ לְעוֹלָם הִבִּינִי וְאַתִּיָּה (144)

APLICACIÓN

La vida «eterna» (119.138, 142)

Nuestro tiempo en la tierra constituye solo el
 comienzo de nuestras vidas porque hemos sido
 creados a la imagen del Dios eterno. En cierto sen-
 tido, jamás moriremos. Tenemos que elegir la «vida
 eterna» que experimentaremos en el futuro. Como
 personas que han recibido libre albedrío moral,
 podemos elegir vidas que sigan el camino ancho
 que lleva a la destrucción (Mt 7.13); o podemos
 acercarnos a Jesús y recibir la vida eterna que se
 nos ofrece por medio de Su muerte (Mt 11.28–30).
 La decisión que tomemos sobre nuestro destino
 permanece con nosotros.

La vida eterna que Jesús da a quienes acuden

a Él comienza incluso ahora. La designación «vida
 eterna» es otra forma de describir la vida cristiana.
 Juan escribió: «Y este es el testimonio: que Dios
 nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su
 Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no
 tiene al Hijo de Dios no tiene la vida» (1ª Jn 5.11,
 12). Jesús lo expresó así: «El que cree en el Hijo
 tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el
 Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está
 sobre él» (Jn 3.36).

¿Cuáles son las dimensiones de esta vida eterna
 de la que habló Jesús?

Es vida en Dios. La vida eterna es la vida que
 tenemos cuando vivimos en Dios. Jesús oró: «Y
 esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el
 único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has
 enviado» (Jn 17.3). Jesús vino para traernos a esta
 vida con el Dios eterno, y «nadie viene al Padre,
 sino por» Él (Jn 14.6).

Dios vive fuera de los límites del tiempo. A
 medida que nosotros vivimos en Él, también vi-
 vivimos fuera del tiempo. Salmos 90.1, 2 describe a
 Dios como eterno: «Señor, tú nos has sido refugio
 de generación en generación. Antes que naciesen
 los montes y formases la tierra y el mundo, desde
 el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios». Venimos
 a Dios mediante la obediencia a Jesús (Jn 14.6).
 Entonces, Jesús nos capacita para vivir en una
 comunión bendita con nuestro Padre eterno.

Es vida en la Palabra eterna. La vida eterna es
 guiada y controlada por la Palabra eterna. Pedro
 escribió:

Porque:
 Toda carne es como hierba,
 Y toda la gloria del hombre como flor de
 la hierba.
 La hierba se seca, y la flor se cae;
 Mas la palabra del Señor permanece para
 siempre.
 Y esta es la palabra que por el evangelio os ha
 sido anunciada (1ª P 1.24, 25).

El salmista reconoció esta característica de la Pala-
 bra cuando oró diciendo: «Para siempre, oh Jehová,
 permanece tu palabra en los cielos» (119.89).

Como cristianos que somos, vivimos diaria-
 mente en las verdades eternas de Dios. Nuestro
 caminar con Él nos eleva por encima de las cosas
 materiales de este mundo. Caminamos en la tie-
 rra, pero el cielo llena y ordena nuestras mentes.
 Estamos constantemente trabajando, observando,
 aprendiendo, amando a Dios y a Jesús, amando
 a nuestros hermanos y a las personas del mundo

que necesitan ser salvos.

El autor de Salmos 119 vio la Palabra como guía a lo largo del futuro que tienen todas las personas justas. Oró diciendo: «Enséñame, oh Jehová, el camino de tus estatutos, y lo guardaré hasta el fin» (119.33). También dijo: «Guardaré tu ley siempre, para siempre y eternamente» (119.44).

Es vida en justicia eterna. La vida eterna está unida a la justicia eterna de Dios. Conscientes de esto, oramos: «Tu justicia es justicia eterna, y tu ley la verdad» (119.142). Todo aquel que vive en Dios se reviste de Su justicia. Fuimos bautizados en Cristo y, en este bautismo, asumimos la justicia de Dios que Jesús mismo lleva (Ga 3.27). Pablo lo expresó así: «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (2ª Co 5.21).

La justicia de Dios nos llega cuando moramos en Su naturaleza. Su justicia es espiritual en su carácter, eterna en su duración e inmutable en su existencia. Nada puede darnos una vida más elevada que la justicia de Dios. Su carácter justo tiene un presente abundante y un futuro glorioso (1ª P 1.3–5):

Es vida con obras eternas. Desde una perspectiva, la vida eterna emana obras justas que nunca mueren. Salmos 112 dice del justo: «Y su justicia permanece para siempre.... Por lo cual no resbalará jamás; en memoria eterna será el justo» (112.3b–6).

Los cristianos están arraigados y rodeados de cosas eternas. Diariamente, nos sumergimos en la maravilla de una vida plena y, de manera continua, damos fruto de obras duraderas. Cuando nuestro tiempo en la tierra termine, seremos recibidos gloriosamente «en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2ª P 1.11).

Es vida con fidelidad eterna. La vida eterna está arraigada en la fidelidad eterna de Dios, pensamiento que es fundamental en Salmos 119. El autor dijo:

De generación en generación es tu fidelidad;
Tú afirmaste la tierra, y subsiste.
Por tu ordenación subsisten todas las cosas
hasta hoy,
Pues todas ellas te sirven (119.90, 91).

Mientras vivimos en Dios, somos guiados y controlados por Él. Incluso nuestras aflicciones son administradas dentro del círculo de Su fidelidad (119.75). Sus mandamientos se originaron y se sustentan en Su absoluta integridad: «Tus testimonios, que has recomendado, son rectos y muy fieles» (119.138).

Dios nos creó como seres eternos. Por consiguiente, nuestras vidas se componen de dos partes: una corta y una larga. La corta es esta vida con sus limitaciones y fragilidades. Cuando incluso comparamos una vida de ochenta años con la eternidad, tenemos que reconocer esos ochenta años como un simple punto en la interminable línea de la eternidad.

La parte larga de la vida es la eterna, que nunca terminará. Las últimas palabras de Jesús en el juicio anunciarán el destino eterno de los perdidos y los justos: «E irán estos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna» (Mt 25.46).

Jesús nos ha ofrecido la vida eterna: vida en el Dios eterno, vida en la Palabra eterna, vida en justicia eterna, vida con obras eternas y vida con fidelidad eterna. ¡Qué insensato sería rechazarla! Que todos nos volvamos a Jesús y vivamos eternamente con Él.

La Palabra necesaria

Estrofa 19: *Cof*

¹⁴⁵Clamé con todo mi corazón; respóndeme,
Jehová,

Y guardaré tus estatutos.

¹⁴⁶A ti clamé; sálvame,

Y guardaré tus testimonios.

¹⁴⁷Me anticipé al alba, y clamé;

Esperé en tu palabra.

¹⁴⁸Se anticiparon mis ojos a las vigili-
as de la noche,

Para meditar en tus mandatos.

¹⁴⁹Oye mi voz conforme a tu misericordia;

Oh Jehová, vivifícame conforme a tu juicio.

¹⁵⁰Se acercaron a la maldad los que me per-
siguen;

Se alejaron de tu ley.

¹⁵¹Cercano estás tú, oh Jehová,

Y todos tus mandamientos son verdad.

¹⁵²Hace ya mucho que he entendido tus tes-
timonios,

Que para siempre los has establecido.

El autor aborda la dura prueba que enfrenta y por la que ha orado en dieciséis de las últimas dieciocho estrofas de su oración. La lucha siempre está en su mente, y aunque no describe específicamente la naturaleza de esta crisis, es su principal preocupación, y le implora a Dios que lo salve de ella (119.146).

Los versículos 145 al 152 están dedicados a la decimonovena letra del alfabeto hebreo, ק (*cof*). Los versículos 145 y 146 comienzan con formas del mismo verbo, קָרָא (*cara'*), mientras que los versículos 147 y 148 comienzan con קָדַם (*cadam*). Los versículos 150 y 151 comienzan con קָרַב (*carab*) y קָרוּב (*carob*), respectivamente. El versículo 149 comienza con קוּלִי (*coli*), y el versículo 152 comienza con קָדַם (*cedem*).

Se utilizan siete de los grandes términos para la Palabra de Dios: «estatutos» (v. 145); «testimonios» (vv. 146, 152); «palabra» (v. 147); «mandatos» (v. 148); «juicio» (v. 149); «ley» (v. 150) y «mandamientos» (v. 151).

Versículo 145. (קָרָאתִי, *cara'thi*, «clamé».) El salmista dice: **Clamé con todo mi corazón.** El autor usa קָרָאתִי (*cara'thi*), que quiere decir «he clamado», de forma intensificada para describir sus súplicas sinceras y personales. Su oración ha pasado de ser una petición mesurada a una súplica agonizante. Ha suplicado cada vez más, incluso hasta el punto de llorar, mientras le suplica a Dios «con todo [su] corazón».

Es la primera vez en su larga oración que el salmista ora con todo el corazón por esta urgente situación. Al parecer, le ha comenzado a preocupar más y más su lucha a medida que avanza su oración. Su corazón, alma, mente y afectos se unen a su súplica.

Cinco veces en la oración, ha incluido variaciones de la frase «con todo mi corazón» (vv. 10, 34, 58, 69, 145). Al comienzo de su oración, le menciona a Dios que lo busca fervientemente, diciendo: «Con todo mi corazón te he buscado; no me dejes desviarme de tus mandamientos» (119.10). Indica que desarrollar una relación con Dios constituye su mayor aspiración en la vida.

Además, el salmista ora con todo su corazón para obtener el favor de Dios: «Tu presencia supliqué de todo corazón; ten misericordia de mí según tu palabra» (119.58). «Presencia» es similar a «aprobación». Anhela más que una respuesta a sus oraciones; busca la aceptación de Dios. Le está pidiendo a Dios que lo perdone y lo reciba en Su comunión. Busca estar con Dios y ganarse Su profunda amistad. Quiere que Dios lo acerque

con amor a Su lado.

Además, el salmista ora para tener el entendimiento que le permita guardar los mandamientos de Dios con todo su corazón (119.34). No desea ser obediente a medias. Anhela aceptar las palabras de Dios, amarlas y establecer Su voluntad en su corazón. Nada puede satisfacerlo excepto una entrega completa y devota a la voluntad de Dios. Independientemente de sus circunstancias, seguirá los juicios de Dios. Incluso si se lanza un arsenal de mentiras contra él, no renunciará a este compromiso. Ora diciendo: «Contra mí forjaron mentira los soberbios, mas yo guardaré de todo corazón tus mandamientos» (119.69). Espera que Dios responda a su oración liberándolo de sus enemigos para que pueda continuar obedeciendo Su Palabra sin obstáculos. Ha demostrado su compromiso de vivir la Palabra en su vida. Luego, en el versículo 145, describe nuevamente su fervor de esperar delante de Dios con su frase «con todo mi corazón».

La petición contiene dos palabras en hebreo que forman una oración imperativa: **respóndeme, Jehová**. Su pensamiento justo ha generado expectativa e inmediatez. Con una vívida súplica, expresa su necesidad de que Dios responda a su súplica con la compasión que solo Dios puede dar. Implora ser rescatado de quienes lo están asfixiando. Cree que si tienen la oportunidad de hacerlo, destruirán su viaje espiritual, y considera la posibilidad como la peor tragedia que pueda imaginar.

El salmista promete diciendo: **y guardaré tus estatutos**. Le asegura al Señor que nada lo apartará de la obediencia a Su Palabra. La palabra hebrea para «guardaré» נָצַר (*natsar*), también puede traducirse como «observaré». El verbo se usa en referencia a examinar cada detalle del encargo que se le ha confiado. Este hombre vela por los estatutos del Señor y se dedica a cumplir su promesa a Dios.

El autor reconoce que el corazón es fundamental en cualquier relación seria con Dios. Más que nada, Dios desea el corazón de Su pueblo y nos ha revelado esa verdad a todos. Le dijo a Jeremías: «... les daré corazón para que me conozcan que yo soy Jehová; y me serán por pueblo, y yo les seré a ellos por Dios; porque se volverán a mí de todo su corazón» (Jer 24.7). Un salmista cantó: «alabaré a Jehová con todo el corazón en la compañía y congregación de los rectos» (111.1). Otro dijo: «Te alabaré con todo mi corazón; delante de los dioses te cantaré salmos» (Sal 138.1).

Versículo 146. (קְרָאתִי, *c'ra'stka*, «clamé».) El salmista le confiesa a Dios: **A ti clamé**. Ha

enfaticado su angustioso dilema a lo largo de su oración. La dura y amenazante interferencia que ha experimentado ha sido tan fuerte que solo el rescate de Dios le permitirá mantener plenamente sus «testimonios».

Como resultado, le pide a Dios: **sálvame**. Formula su petición en forma de una oración imperativa, como si le ordenara al Señor en lugar de rogarle. Su oración es osada y, a la vez, respetuosamente exigente. Un lenguaje similar aparece en las oraciones de siervos que han pasado mucho tiempo en una relación íntima con Dios.

La palabra hebrea para «sálvame», יִשָּׁע (*yeshah'*), tiene varias aplicaciones. Se usa en 3.7 respecto a la liberación de un hombre de mano de sus enemigos: «Levántate, Jehová; sálvame, Dios mío; porque tú heriste a todos mis enemigos en la mejilla; los dientes de los perversos quebrantaste». Se usa de forma similar en 116.13: «Tomaré la copa de la salvación [*yeshah'*] e invocaré el nombre de Jehová». La «copa de la salvación» es el dulce sabor de la liberación que ha recibido.

Cuando en el Antiguo Testamento se hacen referencias a la salvación del pecado, la palabra hebrea סָלַח (*salach*) comunica la idea del perdón: «Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios. Él es quien perdona [*salach*] todas tus iniquidades» (103.2, 3a). En 51.1b, se usa la palabra hebrea para «borrar», מָחָה (*machah*): «Conforme a la multitud de tus piedades borra [*machah*] mis rebeliones», proveyendo una imagen figurada del perdón.

La palabra «sálvame» en 119.146 indica que el salmista está buscando liberación de una circunstancia acosadora que le impediría hacer la voluntad de Dios. Tiene una connotación física más que espiritual.

El salmista ora a Dios: **y guardaré tus testimonios**. La respuesta de Dios a su oración le permitirá hacerle una promesa y cumplirla. Ora con determinación y una intención firme, y está diciéndole a Dios que será diligente en cumplir Su Palabra. No está manifestando arrogancia, pero su corazón está lleno de una audacia fiel. Ya ha experimentado la interferencia de sus enemigos y es consciente de las capacidades de ellos. Su deseo es estar libre de los horribles obstáculos que lo han plagado. En esa nueva libertad, se entregará con devoción incondicional a Dios.

Versículo 147. (צִדַּמְסִי, *ciddamsti*, «me anticipé».) El salmista dice: **Me anticipé al alba, y clamé**. Si bien aún no ha recibido respuesta a su oración,

continúa orando. Es tan ferviente que se despierta antes del amanecer para comenzar su día con oración. La palabra hebrea para «clamé», שָׁוֵעַ (*shua'*), quiere decir pedir ayuda en voz alta. Es diferente del término usado para «clamé» en 119.145, 146, אָרָא (*cara'*). Los clamores de este hombre se han intensificado mientras ha esperado delante de Dios.

En esencia, le está pidiendo a Dios que venga en su ayuda, súplica que a menudo comunican los salmos. Esta forma de oración aparece en su anterior petición de misericordia en 119.41, que dice: «Venga a mí tu misericordia, oh Jehová; tu salvación, conforme a tu dicho». También ora pidiendo compasión: «Vengan a mí tus misericordias, para que viva, porque tu ley es mi delicia» (119.77).

Otros salmos presentan el anterior tipo de oración suplicante. Al orar por el regreso seguro del rey, un salmista alabó a Dios por Su cuidado, diciendo: «Porque le has salido al encuentro con bendiciones de bien; corona de oro fino has puesto sobre su cabeza» (21.3). Otro salmista oró para que Dios llegara a su encuentro con liberación: «El Dios de mi misericordia irá delante de mí; Dios hará que vea en mis enemigos mi deseo» (59.10). Otro siervo imploró la compasión de Dios, diciendo: «No recuerdes contra nosotros las iniquidades de nuestros antepasados; vengan pronto tus misericordias a encontrarnos, porque estamos muy abatidos» (79.8). El autor de Salmos 119 le pide a Dios que venga a él con una liberación que le permita caminar con mayor libertad con Él.

Le dice a Dios con anticipación: **esperé en tu palabra**. Promete ser un centinela en la muralla de la torre, observando el paisaje y atento al más mínimo movimiento de un enemigo que se acerca. Sus ojos de fe también vigilan el avance de la providencia de Dios, prestando atención incluso al más mínimo indicio de que está próxima una respuesta a su oración.

Esperar en Dios es un tema prominente en los salmos, y aparece en numerosos contextos. Es una expresión de devoción: «Ciertamente ninguno de cuantos esperan en ti será confundido; serán avergonzados los que se rebelan sin causa» (25.3a). Además, refleja la integridad y rectitud de Dios: «Integridad y rectitud me guarden, porque en ti he esperado» (25.21). Esperar en Dios demuestra un compromiso de confianza con Él: «Encamíname en tu verdad, y enséñame, porque tú eres el Dios de mi salvación; en ti he esperado todo el día» (25.5). Además, esperar que Dios manifieste Su fiel cuidado constituye una actividad diaria de

fe: «Guarda silencio ante Jehová, y espera en él. No te alteres con motivo del que prospera en su camino, por el hombre que hace maldades» (37.7). Esperar en Dios es ciertamente uno de los mejores ejemplos que podemos darles a los demás: «No sean avergonzados por causa mía los que en ti confían, oh Señor Jehová de los ejércitos; no sean confundidos por mí los que te buscan, oh Dios de Israel» (69.6).

Los versículos 145 al 147 forman una tríada de súplica fiel. Este autor es un hombre de sincera anticipación (119.145). Espera con determinación (119.146) y se entrega a una súplica continua mientras espera (119.147).

Versículo 148. (צִדְמוּ, *cidmu*, «anticiparon».) Este hombre afirma: **Se anticiparon mis ojos a las vigili­as de la noche**. La palabra hebrea para «anticiparon», צָדַם (*cadam*), quiere decir «salir al encuentro» o «preceder». Sus ojos esperan con ansias la mañana. La palabra hebrea para «noche», נֶשֶׁפֶת (*nesheph*), también puede referirse al crepúsculo o al amanecer.

El autor está diciéndole a Dios que anhela las altas horas de la noche para llenar su corazón de meditaciones en la Palabra. No solo usa la noche para orar fervientemente, sino también para momentos de soledad en los que puede concentrarse plenamente en la Palabra.

A. F. Kirkpatrick¹ señaló que la noche en el antiguo Israel se dividía en tres vigili­as (temprana, media vigilia y matutina). Este tipo de referencia al tiempo aparece a menudo en los eventos del Antiguo Testamento. Por ejemplo, a los sobrevivientes de la caída de Jerusalén se les dijo: «Levántate, da voces en la noche, al comenzar las vigili­as» (Lm 2.19a). Gedeón guio a sus hombres «al extremo del campamento, al principio de la guardia de la medianoche» (Jue 7.19). Saúl dirigió a sus hombres contra los amonitas «a la vigilia de la mañana» (1° S 11.11).

Las horas nocturnas se han vuelto importantes para este salmista, en vista de que son sus momentos a solas de oración a Dios y la meditación en Su Palabra. Pasar tiempo en un lugar libre de perturbaciones externas le permite profundizar su comunión personal con Dios. Su oración se asemeja a la de Salmos 5.2, que dice: «Está atento a la voz de mi clamor, Rey mío y Dios mío, porque a ti oraré».

¹ A. F. Kirkpatrick, ed., *The Book of Psalms (Libro de Salmos)*, The Cambridge Bible for Schools and Colleges (Cambridge: University Press, 1957), 728.

El mismo salmista también podría orar diciendo:

Pero alégrese todos los que en ti confían;
Den voces de júbilo para siempre, porque tú
los defiendes;
En ti se regocijen los que aman tu nombre.
Porque tú, oh Jehová, bendecirás al justo;
Como con un escudo lo rodearás de tu favor
(5.11, 12).

El salmista anhela la noche **para meditar en los mandatos** de Dios, lo que hace con alegría y deleite. La liberación traerá futuras oportunidades significativas para la meditación, algo que siempre ha sido parte importante de un caminar íntimo con Dios. El justo se deleita «en la ley de Jehová [...] y en su ley medita de día y de noche» (1.2).

Versículo 149. (לִי יָקוּ, *coli*, «mi voz».) El autor le suplica al Señor: **Oye mi voz conforme a tu misericordia.** Le pide a Dios que sea misericordioso con él mientras recibe su petición. Sabe que sus debilidades se manifestarán en sus pensamientos, expresiones y conducta. En el fondo, sabe que no merece la liberación que pide. Busca dones superlativos que solo pueden ser otorgados por la gracia de Dios.

«Oye mi voz» constituye una frase imperativa en hebreo, una especie de petición. La palabra hebrea para «oye», שָׁמָע (*shama'*), es un término fuerte, que conlleva la connotación de «obedecer» en cierto contexto. Al usar *shama'*, el salmista expresa su más firme súplica para que Dios reciba su oración y la responda.

Sin embargo, añade a su petición la sumisa frase «conforme a tu misericordia». Reconoce su necesidad de misericordia y la guía de Dios en relación con sus peticiones.

La frase «tu misericordia» encierra importantes implicaciones. En primer lugar, transmite la plenitud de la gracia de Dios. El autor sin duda ve y reconoce su dependencia del perdón de Dios. En segundo lugar, revela la lealtad al pacto por parte de Dios. El salmista considera la obediencia como parte de sus obligaciones pactadas. En tercer lugar, enfatiza la idea de la relación suprema con Dios. El hombre cree vivir en la comunión que Dios mantiene con Su pueblo. Cuando se unen estas tres implicaciones, forman una de las expresiones más hermosas del Antiguo Testamento.

El salmista pide: **Oh Jehová, vivifícame conforme a tu juicio.** Cree que su vida con Dios se ha desvanecido y desea que Él la vivifique. Ve la vida con Dios como la más íntima y gratificante que se puede experimentar.

Por lo tanto, se esfuerza por recordar cómo Dios actúa en Su santidad. Ora y vive «conforme a [Su] juicio». Sabe que Dios tendrá que tratar con Su siervo conforme a Su verdad divina, lo cual es la mejor manera. La Palabra no trae condenación; le brinda el mayor consuelo. Estas palabras de Dios guían a la persona hacia la pureza (v. 9). Dan al alma atribulada la fuerza necesaria (vv. 28, 116). Brindan salvación a quienes están en problemas (vv. 41, 170). Las palabras abren el camino a la gracia de Dios (vv. 58, 65, 156). Brindan el consuelo de la misericordia de Dios (vv. 76, 149b). Mantienen unida la creación (v. 91). Vivifican, es decir, dan vida (vv. 25, 107, 154) y ofrecen entendimiento al siervo de Dios (v. 169).

Versículo 150. (קָרְבוּ, *carbu*, «se acercaron».) El salmista dice en oración: **Se acercaron a la maldad los que me persiguen.** Estos malvados que lo perturbaban son el principal motivo de su extensa oración. Lo tienen en la mira y lo están cercando; son sus enemigos. Se le oponen y buscan derramar desprecio sobre él. Ora diciendo: «Aparta de mí el oprobio y el menosprecio» (119.22a). Quizás lo persiguen mediante el ridículo y el engaño astuto. Dice: «Los soberbios se burlaron mucho de mí» (119.51a). Estas personas, con sus malvados designios y motivaciones, han llenado su corazón de «horror» (119.53).

Cuando observa las acciones de ellos, su espíritu se desborda. Dice: «Ríos de agua descendieron de mis ojos, porque no guardaban tu ley» (119.136). Ora a Aquel que está cerca de los quebrantados de corazón y que «salva a los contritos de espíritu» (34.18). Podría decir: «Acércate a mi alma, redímela; líbrame a causa de mis enemigos» (69.18). (Vea 119.21, 118, 126, 136.)

Preguntamos: «¿De dónde han surgido estos enemigos?». Podrían ser extranjeros que se establecieron en Israel. Si el autor es alguien como Esdras, sus enemigos podrían haber sido como Sanbalat, Tobías y Gesem, hombres que no querían que tuviera éxito en su obra espiritual. Dice que los príncipes se sientan y hablan «contra [él]» (119.23) y lo persiguen «sin causa» (119.161). Independientemente de lo que le suceda, no se avergonzará de proclamar los testimonios de Dios ante los reyes (v. 46).

Por otro lado, podrían ser judíos apóstatas con planes de ganancias materiales o puestos de liderazgo. Puede que el éxito espiritual del salmista haya sido obstaculizado por las ambiciones de ellos. Estas malvadas personas, quienesquiera

que sean, lo han visto. Quizá con pánico, pero en oración, dice: «Los impíos me han aguardado para destruirme» (119.95a).

También podemos preguntarnos: «¿Dónde están esos impíos?». El autor indica que sus enemigos lo están cercando. Impulsados por la «maldad», se acercan a él para hacerle daño y ejercer mayor influencia sobre él. La palabra hebrea para «maldad», *חַמָּה* (*zimmah*), se traduce como «maldad» y «vileza» en Levítico 18.17 y 20.14, respectivamente. En Job 31.11, se traduce también como «maldad». Proverbios 24.9 menciona «El pensamiento [*zimmah*] del necio» en referencia a las acciones del «escarnecedor». En Isaías 32.7, *zimmah* se traduce como «intrigas inicuas».

Como es obvio, *zimmah* es un término general que se refiere a actos maliciosos y malvados. La actitud de Dios para con ellos es evidente; y ya los ha juzgado, pues dice: «Hollaste a todos los que se desvían de tus estatutos» (Sal 119.118). El salmista clama a Dios para que actúe de inmediato para con ellos: «Tiempo es de actuar, oh Jehová, porque han invalidado tu ley» (119.126). Sabe que necesita la ayuda de Dios para lidiar con la crueldad de ellos. Sus amenazas son graves (vea 119.87, 95, 109, 157). Estos enemigos se oponen a sus valores espirituales y están dispuestos a acabar con sus planes santos e incluso con su vida.

El salmista los describe, diciendo: **Se alejaron de la ley** de Dios. Estas personas no tienen afinidad con la Ley, y están muy alejadas de la mentalidad y conducta piadosas. Si son hermanos judíos, se han vuelto apóstatas y rebeldes. La descripción que este hombre hace de ellos es terrible: una determinación maligna los posee. No se detendrán ante nada para salirse con la suya y se han entregado por completo a hacer el mal. Se encaminan hacia la ruina y no son conscientes del gran impacto de la tragedia que están causando. Probablemente no se dan cuenta de que sus malvados episodios son el tema de la oración de este hombre, la cual, por designios de Dios, se ha abierto camino en las Escrituras. ¡Qué tragedia representan estos enemigos de Dios para este hombre! Han elegido el pecado, el fracaso, la muerte y las dificultades, ya que «el camino de los transgresores es duro» (Pr 13.15b).

Versículo 151. (*קָרוֹב*, *carob*, «cercano estás».) El salmista ora: **Cercano estás tú, oh Jehová.** Mientras los enemigos de este hombre se acercan, el Señor mismo también viene y se interpondrá en el camino de ellos. La idea de la cercanía del Señor aparece cuatro veces en la oración. El salmista ora para que

la misericordia del Señor venga a él: «Venga a mí tu misericordia, oh Jehová; tu salvación, conforme a tu dicho» (119.41). Desea que Dios venga a él para que pueda tener vida verdadera: «Vengan a mí tus misericordias, para que viva, porque tu ley es mi delicia» (119.77). También usa «llegue» en su petición para que Dios reciba su clamor o súplica: «Llegue mi clamor delante de ti, oh Señor; dame entendimiento conforme a tu palabra» (119.169). Vuelve a usar «llegue» en 119.170 con la misma súplica: «Llegue mi oración delante de ti; líbrame conforme a tu dicho». Ha presentado una petición delante del corazón de Dios y le ha pedido que la considere conforme a Su voluntad.

Para profundizar en este concepto de «llegar», el Señor llega a nosotros con todos Sus atributos de fidelidad: Su amor, gracia y salvación. Su cercanía puede incluso significar Su disposición a ayudarnos. Leemos: «Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano» (Is 55.6).

La cercanía de Dios también puede sugerir que Sus provisiones están disponibles para quien lo invoca. Cuando Dios está cerca, Su poder está cerca, porque Dios es poder. Figurativamente, Él viene y se coloca en medio de Su pueblo fiel. Su presencia garantiza Su comunión, protección y liderazgo. Cada paso que da desarrolla y cumple Sus santos designios.

Nada puede consolar a este hombre en su momento de prueba como la presencia del Señor. Su comunión marcará la diferencia para él, porque encontrará consuelo, dirección y protección al vivir en la compañía personal del Señor. Podría orar, diciendo: «Acércate a mi alma, redímela; líbrame a causa de mis enemigos» (69.18).

Este salmista ve la cercanía de Dios como su mayor bien. Podría orar fácilmente: «Pero en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien; he puesto en Jehová el Señor mi esperanza, para contar todas tus obras» (Sal 73.28). Cree que el Señor estará cerca de todos los que le invocan, es decir, de «todos los que le invocan de veras» (145.18).

Ora, diciendo: **y todos tus mandamientos son verdad.** Sus mandamientos pueden describirse como «verdad» en su origen, contenido y vida. Por lo tanto, Sus mandamientos son confiables y fieles. Podemos decir en oración: «Todos tus mandamientos son verdad» (119.86a). Además, las Sagradas Escrituras tienen una permanencia eterna (119.152). El salmista puede comprometerse con ellas «hasta el fin» (119.112).

Las Escrituras provienen de la boca de Dios (119.13). En consecuencia, dan guía y significado a la vida de este hombre como solo Dios puede hacerlo (119.116). Dice que se consuela con ellas: «Ella es mi consuelo en mi aflicción, porque tu dicho me ha vivificado» (119.50). Está comprometido con ellas y alaba a Dios por todas ellas: «Hablará mi lengua tus dichos, porque todos tus mandamientos son justicia» (119.172).

Versículo 152. (קָדֶם, *cedem*, «hace ya».) El salmista afirma: **Hace ya mucho que he entendido tus testimonios.** La frase «hace ya» proviene de una traducción de קָדֶם (*cedem*), un término hebreo que puede querer decir «este [el punto cardinal]» o «antiguo».

El autor ha aprendido que Dios desea que Su Palabra sea una verdad continua para Su pueblo. En su estudio de las Escrituras, ha hallado en ellas la verdadera perfección (119.96). Han sido la única fuente de verdadera luz para él (119.106, 130). Al considerarlas más a fondo, las reconoce como justas y «muy fieles» (119.138) o absolutamente fieles.

Al tiempo que acoge los testimonios de Dios, recibe la vida que estos le ofrecen. Cada mandamiento ha sido un testimonio de Dios, revelándole el testimonio divino de Dios sobre la vida y proporcionándole sustento diario. Estos mandamientos no solo nutren su alma, también dan un dulce sabor a su espíritu (119.103). Son más preciosos para él que el oro (119.72).

La presente estrofa termina con la comprensión del salmista de que Dios **para siempre** ha **establecido** Sus testimonios. Los testimonios provienen del Eterno en la eternidad pasada, y serán la guía del autor hacia la eternidad futura. Se ha dado cuenta de que la Palabra no es transitoria, ni corruptible, ni temporal. Las palabras de Dios revelan Su naturaleza eterna, por lo que este salmista dice que están «para siempre [...] [establecidas]». Su afirmación es muy similar a la registrada por Pedro: «... mas la palabra del Señor permanece para siempre» (1ª P 1.25).

Por implicación, la declaración «que para siempre los has establecido» plantea tres principios de la inspiración y revelación de la Palabra divina. Primero, asume originalidad. La Palabra sobre la que este hombre ora es la Palabra originada por Dios. Las palabras de Dios provienen de Su corazón y brotan de Sus labios. Segundo, hay una eternidad evidente. Sus palabras son para que cada generación las lea y medite. Por medio de la Palabra, toda la humanidad puede ser alimentada

y guiada. Tercero, transmite intencionalidad. La Palabra comunica el plan de Dios para los siglos. Pablo escribió sobre la revelación de Dios: «Que por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente» (Ef 3.3). Dijo:

Y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas; para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales (Ef 3.9, 10).

Las Escrituras provienen de la mente de Dios y siempre guiarán a Su pueblo. Son confiables, eternas, irresistibles, inmutables, indispensables, irrevocables e inquebrantables.

LA ESTROFA COF EN HEBREO

- (145) קָרָאתִי בְּכָל-לֵב עֲגָנִי יְהוָה חֲקִיךָ אֶצְרָה :
- (146) קָרָאתִיךָ הוֹשִׁיעֵנִי וְאַשְׁמְרָה עֲדֹתֶיךָ :
- (147) קָרָאתִי בְּנֶשֶׁף וְאֶשׁוּעָה לְדַבְּרֶיךָ [ל] [וְדַבְּרֶיךָ] יִחַלְתִּי :
- (148) קָדְמוֹ עֵינֵי אֲשַׁמְרוֹת לְשִׁיחַ בְּאֲמַרְתֶּךָ :
- (149) קוֹלִי שָׁמְעָה כַּחֲסִדֶךָ יְהוָה כְּמִשְׁפָּטֶיךָ חֲגִינִי :
- (150) קָרְבוּ דַבְּרֵי זִמְרָה מִתּוֹרַתְךָ רַחֲמֵינוּ :
- (151) קָרֹב אֵתָהּ יְהוָה וְכָל-מִצְוֹתֶיךָ אֱמַת :
- (152) קָדֶם יְרַעֲתִי מֵעֲדֹתֶיךָ כִּי לְעוֹלָם יִסְדָּתָם :

APLICACIÓN

Si Dios dice «sí» (119.147)

El salmista escribió: «Clamé con todo mi corazón; respóndeme, Jehová» (119.145). ¿Cómo nos responde Dios cuando dice «sí» a nuestras oraciones? Los 150 salmos del libro de Salmos pueden dividirse en diferentes géneros. Uno de los más hermosos es el salmo de acción de gracias. Estos salmos alaban principalmente a Dios por las respuestas que ha dado a las oraciones. Salmos 30.2–4 es un extracto de dicho salmo:

Jehová Dios mío,
A ti clamé, y me sanaste.
Oh Jehová, hiciste subir mi alma del Seol;
Me diste vida, para que no descendiese a la sepultura.
Cantad a Jehová, vosotros sus santos,
Y celebrad la memoria de su santidad.

Todo santo de Dios puede cantar fácilmente un salmo como este. Podemos recordar aquellos momentos en que Dios respondió a nuestras oraciones y pensar en cómo nos regocijamos por Su bondad. Podemos considerar cómo Dios responde

a las oraciones de Su pueblo.

Con fidelidad. Primero, Dios responde a nuestras oraciones con abundante fidelidad. ¿Qué dijo Jesús sobre la disponibilidad de Dios para responder a nuestras oraciones? En Sus palabras de despedida en el aposento alto, Jesús nos dio una profunda seguridad: «Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos» (Jn 15.7, 8).

Nuestro Señor nos enseñó que cuando pedimos con persistencia conforme a Su voluntad, Dios, en Su fidelidad, nos responderá. Quizá tengamos que ser constantes en nuestra oración. Quizá tengamos que pedir, buscar y llamar; sin embargo, Dios responderá nuestras súplicas en el momento oportuno.

Con gracia. En segundo lugar, Dios responde a nuestras oraciones con gracia. Jesús continuó Su declaración de Mateo 7 con una analogía de «cuánto más». Dijo que si un hijo iba a su padre y le pedía pan, ese padre no le daría una piedra. Si ese hijo le pedía a su padre un pescado, ese padre no le daría una serpiente (Mt 7.9, 10).

La conclusión obvia de Su analogía apunta al alto nivel desde el cual Dios otorga Sus dones. Jesús dijo: «Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?» (Mt 7.11; énfasis agregado). Si sabemos que un padre terrenal sería misericordioso al dar, tenemos que comprender que nuestro Padre celestial será aún más misericordioso al dar. No exageramos en decir que Dios siempre responde a nuestras oraciones con abundante gracia. Nunca deja de darnos más de lo que hemos pedido.

Hemos recibido la gracia de Dios de manera plena en la cruz; sin embargo, también recibimos Su gracia a diario cada vez que responde a una oración justa. Sus respuestas van mucho más allá de nuestra vida normal.

Con certeza. En tercer lugar, responde a nuestras oraciones con certeza. Dios no tiene incertidumbres en Su carácter; Él es el Dios perfecto, santo y fiel. Cuando hace una promesa, nunca la rompe. Cuando da principios divinos para orar y oramos con ellos, Sus respuestas a nuestras oraciones son más seguras que la órbita de la Tierra alrededor del Sol. Han sido puestas en manos del carácter perfecto de Dios. Nada puede apartarlas de Su mente.

Sí, Dios responde nuestras oraciones. Jesús

dijo que cuando oramos conforme a la voluntad de Dios y en Su nombre, Él dará un rotundo «sí» a nuestras oraciones. Quizá deberíamos considerar cuidadosamente las palabras de N. B. Hardeman de un sermón que predicó hace mucho tiempo:

Tomen nota de que Santiago dijo: «La oración eficaz del justo puede mucho». No dijo cuánto, ni de qué manera, ni entró en detalles al respecto; sin embargo, el punto es que [...] nunca ha habido una oración verdaderamente ferviente y sincera, y que cumpla con todos los requisitos que Dios establece, [...] que haya sido hecha en vano. Ahora bien, es cierto que podría errar el objetivo definido y preciso hacia el cual se dirigía, o podría impactar en otro lugar; sin embargo, su fuerza y efecto serán sentidas en la tierra.²

Cuando Dios decide esperar (119.147)

Cuando oramos, Dios a veces tiene que decir «más tarde». En este mundo físico por el que estamos transitando, algunas bendiciones por las que suplicamos tendrán que esperar. ¿Por qué?

Debido al elemento tiempo. Es cierto debido a la naturaleza del caso. Dios decretó que el cautiverio babilónico duraría setenta años (Jer 25.12). Sin duda, muchos de los capturados estuvieron orando diariamente para ser liberados. Querían regresar a sus hogares y, mientras esperaban, estuvieron elevando oraciones imprecatorias.

El salmo imprecatorio consiste en un cántico u oración que clama la venganza de parte de Dios sobre un enemigo. De las oraciones de los exiliados, una de las imprecaciones más conocidas se encuentra en Salmos 137. Obviamente, es un salmo que no podemos orar tal como está escrito, lo cual es especialmente cierto en los versículos 7 al 9, donde el autor invocó a Dios para que vengara a quienes destruyeron sus hogares y los llevaron al cautiverio. Jesús nos enseñó la actitud que hemos de tener para con nuestros enemigos; es mucho más noble que la del Antiguo Testamento (Mt 5.46, 47).

El salmo en cuestión describe al pueblo de Babilonia anhelando regresar a Jerusalén.

Junto a los ríos de Babilonia,
Allí nos sentábamos, y aun llorábamos,
Acordándonos de Sion.
Sobre los sauces en medio de ella
Colgamos nuestras arpas.
Y los que nos habían llevado cautivos nos
pedían que cantásemos,

(Continúa en la página 51)

² N. B. Hardeman, *Hardeman's Tabernacle Sermons (Sermones del Tabernáculo, de Hardeman)*, vol. 2 (Nashville: Gospel Advocate Co., 1958), 139.

La Palabra absoluta

Estrofa 20: *Resh*

¹⁵³Mira mi aflicción, y líbrame,
 Porque de tu ley no me he olvidado.
¹⁵⁴Defiende mi causa, y redímeme;
 Vivifícame con tu palabra.
¹⁵⁵Lejos está de los impíos la salvación,
 Porque no buscan tus estatutos.
¹⁵⁶Muchas son tus misericordias, oh Jehová;
 Vivifícame conforme a tus juicios.
¹⁵⁷Muchos son mis perseguidores y mis en-
 migos,
 Mas de tus testimonios no me he apartado.
¹⁵⁸Veía a los prevaricadores, y me disgustaba,
 Porque no guardaban tus palabras.
¹⁵⁹Mira, oh Jehová, que amo tus mandamien-
 tos;
 Vivifícame conforme a tu misericordia.
¹⁶⁰La suma de tu palabra es verdad,
 Y eterno es todo juicio de tu justicia.

El presente párrafo de la oración del salmista en Salmos 119 está cargado de opresión. Su súplica gira en torno a los adversarios que lo están atormentando. Los presenta a Dios como la principal prueba que enfrenta. Implora ser liberado de lo que están haciendo y planeando contra él.

En esta parte de su oración, el autor llega a la vigésima letra del alfabeto hebreo, ר (*resh*). Los versículos 153, 158 y 159 comienzan con diferentes formas del mismo verbo que quiere decir «mirar»: ראה (*ra'ah*). Las demás oraciones comienzan con cinco palabras diferentes que se traducen de «*resh*».

De las grandes palabras para las Escrituras en este salmo, se usan seis aquí, donde «palabra» aparece tres veces y «juicios» dos veces: «ley» (v. 153); «palabra» (vv. 154, 158, 160); «estatutos» (v. 155); «juicios» (vv. 156, 160); «testimonios» (v. 157) y «mandamientos» (v. 159).

Versículo 153. (ראה-פני, *r'eh-'oniyi*, «Mira mi aflicción».) El salmista ora diciendo: **Mira mi aflicción, y líbrame.** La palabra que ha usado aquí es el término hebreo para «mirar», «considerar» o «ver». Es probable que el respeto y la reverencia le hayan impedido ser demasiado específico sobre sus enfrentamientos con hombres malvados. Se refiere a su tribulación como un «oprobio» (119.22), una «burla» (119.51) y una «persecución» (119.161). Sabiendo que Dios es justo y siempre hará lo mejor para Sus siervos, el autor simplemente le pide que «mire» su «aflicción».

Durante estos sufrimientos, ha hallado consuelo en la meditación de la Palabra porque lo vivifica (119.50). Dice que si no se hubiera deleitado en la Palabra de Dios, habría perecido en su aflicción (119.92).

El Señor lo ha sostenido y lo ha guiado a lo largo de estos valles espantosos. Gracias a este acompañamiento, puede decir que es bueno para él «haber sido humillado» (119.71). Dice que ha aprendido mucho discernimiento y entendimiento de sus pruebas (119.66, 67). Sabe que puede contar con la fidelidad de Dios para fortalecerlo y guiarlo en sus dificultades. Por lo tanto, ora diciendo: «Conozco, oh Jehová, que tus juicios son justos, y que conforme a tu fidelidad me afligiste» (119.75).

Los primeros cristianos hicieron algo similar durante su primera persecución, como indica su oración: «y ahora, Señor, mira sus amenazas» (Hch 4.29a). Salmos 40, con su encabezado «Salmo de David», incluye una oración similar: «Aunque afligido yo y necesitado, Jehová pensará en mí. Mi ayuda y mi libertador eres tú; Dios mío, no te tardes» (40.17).

Este salmista está orando para ser rescatado o liberado. La palabra hebrea para «líbrame» es

חֲלַטִּים (*chalats*) y quiere decir «extender la mano y extraer».

Este salmista continúa diciendo: **Porque de tu ley no me he olvidado.** Da a entender que se le debe escuchar porque es un siervo fiel que se ha dedicado a recordar la ley de Dios. Repite esta afirmación con una forma de la palabra hebrea חֲשַׁכַּח (*shakach*), que quiere decir «olvidar». Usa esta palabra siete veces en esta oración (vv. 16, 61, 83, 93, 109, 141, 176). Su actitud de deleite en la revelación de Dios lo ayuda a estar siempre consciente de ella (119.16). Aun cuando se ha vuelto como un odre al humo, dice que no olvidará los estatutos de Dios (119.83). Aun cuando su vida esté en peligro, no dejará de lado la ley de Dios (119.109). Cuando ha sido menospreciado por otros y despreciado al extremo, no dejará que los preceptos se le escapen (119.61, 141). Cuando se haya extraviado como una oveja perdida, mantendrá su mente en los mandamientos de Dios (119.176). Siempre hará de los preceptos divinos la prioridad en su corazón (119.93).

El valor de recordar es innegable. No podemos funcionar espiritualmente sin la Palabra en nuestra mente. Cuando la Palabra está en nuestro corazón, nuestros pensamientos se mantienen cerca de las promesas, los deseos y los mandamientos que Dios ha dado.

Versículo 154. (רִיבָה, *ribah*, «Defiende».) El autor le pide a Dios: **Defiende mi causa, y redímeme.** Le pide a Dios que lo defienda. Usa la palabra hebrea רִיבָה (*ribah*) dos veces para presentar su súplica, como suele hacerse en hebreo. Pese a que su expresión hebrea parezca redundante, es poderosa. Literalmente dice: «Pugna por mi esfuerzo». Su oración es similar a 35.1, que dice: «Disputa, oh Jehová, con los que contra mí contienden; pelea contra los que me combaten». Miqueas también ilustró este tipo de súplica, diciendo:

Mas yo a Jehová miraré, esperaré al Dios de mi salvación; el Dios mío me oirá.

[...] La ira de Jehová soportaré, porque pequé contra él, hasta que juzgue mi causa y haga mi justicia; él me sacará a luz; veré su justicia (Mi 7.7-9).

La palabra hebrea para «causa», רִיב (*rib*), se refiere a la situación individual del salmista. Desea que Dios luche por él, que esté a su lado y lo represente en sus luchas. Está pidiendo la intervención misericordiosa de Dios.

Pese a que es de naturaleza personal e individualista, su súplica se asemeja mucho a Salmos 43.1,

que dice: «Júzgame, oh Dios, y defiende mi causa; líbrame de gente impía, y del hombre engañoso e inicuo». Su clamor también tiene el sabor de 69.18, 19, que dice: «Acércate a mi alma, redímela; líbrame a causa de mis enemigos. Tú sabes mi afrenta, mi confusión y mi oprobio; delante de ti están todos mis adversarios».

Este hombre es siervo de Dios; sin embargo, tiene dificultades para ser quien cree que debe ser. La palabra hebrea para «redímeme», גָּאָל (*ga'al*), se refiere al rescate que su circunstancia exige. Quiere que Dios actúe como su pariente, que lo reclame y sea su vengador de la sangre.

El hombre continúa orando: **Vivifícame con tu palabra.** Es una de las peticiones principales de su oración, que aparece de formas similares nueve veces entre sus peticiones (vv. 25, 37, 40, 88, 107, 149, 154, 156, 159). Quiere que se le dé una vida renovada, y su súplica consta de tres partes. La primera parte se refiere a la energía. Anhela un nuevo espíritu, una nueva vitalidad con la cual caminar con Dios. La segunda parte se refiere a su situación. Suplica por una nueva situación en la que pueda servirle a Dios con mayor eficacia. Pide un entorno más acogedor para estudiar. La tercera parte se refiere a la Palabra. Quiere más de la Palabra divina para saborear, digerir y vivir.

El término «vivifícame» se usa tres veces en este párrafo (vv. 154, 156, 159). La vivificación por la que ora tiene que estar en el contexto de la Palabra. Es decir, desea que se le dé vida dentro de las promesas de Dios (119.154, 156), Sus caminos y propósitos (119.37, 149), Su carácter (119.40, 88) y Su misericordia (119.159).

Versículo 155. (רָחוֹק, *rachok*, «lejos».) El salmista asevera: **Lejos está de los impíos la salvación.** Los impíos son una compañía de enemigos que no buscan a Dios ni se comprometen a hacer Su voluntad. Las acciones de ellos los identifican como desinteresados en las liberaciones que Dios provee para Su pueblo.

Las liberaciones de Dios son descritas como «lejos [...] de los impíos». En su condición actual, no tienen esperanza en Dios. Mientras permanezcan donde estén, se alejarán cada vez más de Dios, esto es, de Su ayuda, salvación y protección. En su pecado, no tendrán paz, «Muchos dolores habrá para el impío» (32.10a). No tienen vida con Dios, pues «como escorias [Él hizo] consumir a todos los impíos de la tierra» (119.119). No tendrán perdón, pues solo quienes confían en el Señor están rodeados de Su misericordia (32.10b). No tendrán

futuro, pues «la senda de los malos perecerá» (1.6b).

El salmista usa la palabra hebrea para «impío», רָשָׁע (*rasha'*), seis veces en su oración (vv. 53, 61, 95, 110, 119, 155). La indignación lo embarga a medida que contempla la desobediencia de ellos (119.53). Estos lo han «rodeado» (119.61), buscando afligirlo. Lo esperan mientras planean su destrucción; le han tendido lazos (119.95, 110). En principio, Dios está tratando con ellos y apartándolos del camino del salmista, enviándolos por el camino de la destrucción (119.119, 155).

Debido a dónde se encuentran los impíos y la dirección que están tomando, se pueden hacer juicios de manera apropiada sobre ellos. Primero, están separados de Dios. Viven con una actitud desesperanzada. Segundo, a cada momento se alejan más de Él. A medida que continúan en su maldad, su propia condición empeora. Tercero, están atrapados en el mal y están volviéndose uno con él. Tienen comunión con el mal del mundo. Cuarto, nada de lo que hacen es redimible. El camino que recorren y el carácter que están desarrollando son trágicos. Quinto, su futuro es el peor futuro que alguien podría conocer. Cuando conocemos con precisión la realidad y el camino de la vida malvada, no podemos entender por qué alguien seguiría ese estilo de vida. Esa vida está hecha de oscuridad, degradación y muerte. ¿Quién en su sano juicio elegiría acogerla?

El salmista dice de los impíos: **porque no buscan tus estatutos**. La principal preocupación es que los impíos no han considerado seriamente los estatutos ni los juicios de Dios. No han buscado las Escrituras; y sin obediencia a la Palabra, carecen de las bondades de Dios.

Para este autor, nada es más impensable que rechazar el camino de la verdad que proviene de Dios. Cuando no logramos llevar una vida de obediencia, tampoco logramos alcanzar la esencia de la vida.

Versículo 156. (רַחֲמֵי־ךָ, *rach^ameka*, «misericordias».) El salmista alaba a Dios diciendo: **Muchas son tus misericordias, oh Jehová**. No duda en alabar la misericordia de Dios porque es uno de Sus grandes atributos.

La palabra hebrea para «misericordias» es רַחֲמֵי (*rasha'*). El término puede traducirse como «compasión».

El salmista cree que su situación es tan grave que necesitará que Dios use toda Su misericordia o compasión para resolverla. En su súplica, imagina la gentileza de Dios y confía en las inmensas

bondades que tiene para él. Sabe que no hay mayor bondad que las misericordias de Dios.

Vemos estas misericordias en Su perdón. Él es el Dios que perdonará de manera abundante a los impíos. David reveló con convicción esta verdad, diciendo:

Alegra el alma de tu siervo,
Porque a ti, oh Señor, levanto mi alma.
Porque tú, Señor, eres bueno y perdonador,
Y grande en misericordia para con todos los
que te invocan.
Escucha, oh Jehová, mi oración,
Y está atento a la voz de mis ruegos.
En el día de mi angustia te llamaré,
Porque tú me respondes (Sal 86.4-7).

Su bondad se manifiesta en Su amor. Vemos esta verdad en Salmos 103.8-13, que dice:

Misericordioso y clemente es Jehová;
Lento para la ira, y grande en misericordia.
[...]
Como el padre se compadece de los hijos,
Se compadece Jehová de los que le temen.

Vemos Su bondad en Su providencia. ¿Cómo cuida de Su pueblo? Lo hace con bondad y gracia: «porque él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo» (103.14). Jesús dijo:

¿No se venden dos pajarillos por un cuarto?
Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre. Pues aun vuestros cabellos están todos contados. Así que, no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos (Mt 10.29-31).

El salmista le pide a Dios: **vivifícame conforme a tus juicios**. Una vez más, y como tema de integridad, pide una vida renovada en armonía con la voluntad y el plan de Dios. No ve otra vía para alcanzar la verdadera vida que interiorizar la revelación de Dios.

Versículo 157. (רַבִּים, *rabbim*, «Muchos».) Este siervo se lamenta diciendo: **Muchos son mis perseguidores y mis enemigos**. La vida ha sido un camino de espinas para él. La palabra hebrea para «perseguidores», רָדַף (*radaph*), describe a adversarios o enemigos que ganan terreno mientras lo persiguen. Son atacantes despiadados que acechan a otros con malas intenciones. La palabra hebrea para «enemigos», צָר (*tsar*), es similar a *radaph*. El salmista está describiendo la persecución de torturadores o abusadores violentos que intentan destruir a personas inocentes.

Añadió a su descripción la palabra hebrea para «muchos», «grandes» o «abundantes» (רַב,

rab). Se usa para «muchas» misericordias en el versículo anterior y «muchos» perseguidores en el presente versículo. Puede usarse para «muchos» días y «muchas» maravillas. Podemos preguntarnos: «¿Cuántos son los días de tu siervo? ¿Cuándo harás juicio contra los que me persiguen?» (119.84). También podemos decir: «Has aumentado, oh Jehová Dios mío, tus maravillas; y tus pensamientos para con nosotros, no es posible contarlos ante ti» (40.5a).

Pese a que las pruebas de este hombre únicamente se mencionan en un sentido general, podemos estar seguros de tres verdades reveladoras. Primero, sabemos que sus enemigos son hombres pecadores y violentos. Segundo, son muchos; quizá pueda con un solo enemigo. Sin embargo, por enfrentarse a muchos enemigos, su historia se convierte en una lucha imposible. Tercero, estamos seguros de que Dios es el único lo suficientemente fuerte como para librarlo de ellos.

A pesar de sus aflicciones, el salmista le dice a Dios: **mas de tus testimonios no me he apartado**. Sus dificultades son pruebas severas y devastadoras; sin embargo, no ha olvidado ni se ha desviado de la meditación en la verdad de Dios. A pesar de los acosos que sufre, ha estado leyendo y asimilando estas palabras de verdad, haciéndolas parte de su espíritu y conciencia. Aun a pesar de lo feroz que ha sido el conflicto con sus enemigos, ha continuado su vida en la Palabra de Dios.

Este tipo de persecución le ha dificultado enormemente seguir obedeciendo la Palabra. Probablemente sabe que otros con una fe similar sufren de forma semejante. Tiene claro que Dios, por medio de Su Palabra, puede librar a Su pueblo de cualquier prueba, de cualquier momento de persecución o de cualquier enemigo, grande o pequeño. Reconoce su necesidad de estar delante de Dios, orando por su obediencia, sin importar las circunstancias. Quizá conozca pasajes como 68.19, 20a: «Bendito el Señor; cada día nos colma de beneficios el Dios de nuestra salvación. Dios, nuestro Dios ha de salvarnos...».

Versículo 158. (רִאֲיִי, *ra'isti*, «mira».) El salmista dice: **Veía a los prevaricadores**. Es el tercer versículo del presente párrafo que comienza con una forma del verbo hebreo que quiere decir «ver», רָאָה (*ra'ah*). Estaba mirando a «los prevaricadores». La versión ASV y la KJV consignan «contemplé», lo que convierte la traducción en tiempo pasado. Parece mejor entender su comentario como una referencia al pasado.

La cuestión es que ha estado cerca de los «prevaricadores» (בָּגָד, *bagad*): aquellos que lo han traicionado, lo han engañado o le han sido infieles. Cuando se acerca a este tipo de persona, puede ver la atrocidad de su carácter en acción. Está en presencia de hombres impíos, y la asociación con ellos lo perturba enormemente.

El salmista también dice que se **disgustaba** de estos impíos. No encuentra nada fascinante en ellos, sino que los desprecia. La palabra hebrea para «disgustaba», קִוֵּט (*qut*), indica que desea alejarse de ellos. Está afligido, molesto y asqueado por la conducta de ellos.

De manera similar, Dios dijo de Israel: «Cuarenta años estuve disgustado con la nación, y dije: Pueblo es que divaga de corazón, y no han conocido mis caminos» (95.10). Ezequiel, como representante de Dios, ofreció una descripción nauseabunda de la caída de Jerusalén en la apostasía. Dijo que se habían vuelto más malvados que nunca: «Ni aun anduviste en sus caminos, ni hiciste según sus abominaciones; antes, como si esto fuera poco y muy poco, te corrompiste más que ellas en todos tus caminos» (Ez 16.47). El mal no permanece igual; se vuelve cada vez más vil cuando no nos arrepentimos ni lo eliminamos. Siempre es una mala hierba con espinas y nunca, ni siquiera con nutrientes, se convierte en una flor o una planta productiva.

El autor de este salmo pudo haber dicho con Isaías:

De lo postrero de la tierra oímos cánticos: Gloria al justo. Y yo dije: ¡Mi desdicha, mi desdicha, ay de mí! Prevaricadores han prevaricado; y han prevaricado con prevaricación de desleales (Is 24.16).

El salmista aborrece a estas personas impías **porque no guardaban las palabras** de Dios. Estos atacantes han seguido este camino de traición porque han ignorado la Palabra del Señor. Si ellos guardaran la Palabra, crecerían en carácter, fidelidad e integridad. Sin embargo, al seguir el camino de la desobediencia, se han convertido en bestias salvajes, personas que «blasfeman de cuantas cosas no conocen; y en las que por naturaleza conocen» (Jud 10). Así los describió Judas.

Versículo 159. (רִאֲהֵ, *re'eh*, «Mira».) Este hombre le dice a Dios: **Mira, oh Jehová, que amo tus mandamientos**. La palabra hebrea para «mira» es una forma verbal que también quiere decir «ver», y también aparece en los versículos 153 como

«mira», y en el 158 como «veía».

El salmista le pide a Dios que lo mire y considere cuánto ha amado Su Palabra. El autor está repasando su pasado y recordando cómo Dios se complace en un siervo que es diligente en guardar Su revelación. Recuerda cómo Dios se deleita al escuchar a Sus seguidores decir: «Mira, oh Jehová, que amo tus mandamientos; vivifícame conforme a tu misericordia» (119.159). Dios es alguien que busca a quienes tienen una devoción sincera a Su voluntad (119.113). Anhela que Su pueblo aprecie la pureza y el valor de Sus santos caminos (119.119). Ha guiado a Su familia a amar la verdad más que al oro (119.127). Quiere que Su pueblo ame la verdad y aborrezca la falsedad (119.163).

Cuando le pedimos a Dios que nos examine, es natural esperar que observe cuidadosamente cómo hemos estado cumpliendo Sus preceptos. Pablo nos diría: «La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros» (Col 3.16a). También nos diría: «Por lo demás, hermanos, tened gozo, perfeccionaos, consolaos, sed de un mismo sentir, y vivid en paz; y el Dios de paz y de amor estará con vosotros» (2ª Co 13.11).

Este hombre vuelve a pedirle a Dios: **Vivifícame conforme a tu misericordia** (vea 119.149b). Es la tercera vez que hace referencia a la idea de la vivificación en esta estrofa (vv. 154b, 156b, 159b). Sabe que Dios le responderá con gracia. Su «misericordia» está por encima de nuestras oraciones, peticiones y cualquier cosa que podamos pedir o pensar.

Al igual que el salmista en 130.7, sabe que «en Jehová hay misericordia, y abundante redención con él». Estaría de acuerdo con el autor de Salmos 147 y diría que anhelar la misericordia del Señor forma parte de tener el debido temor de Él: «Se complace Jehová en los que le temen, y en los que esperan en su misericordia» (147.11). El siervo de Dios sabe que Dios da Sus bendiciones «según sus misericordias, y según la multitud de sus piedades» (Is 63.7b).

Versículo 160. (ראש־דְּבָרָךְ, *r'osh-d'varka*, «la cabeza de tu palabra».) El salmista afirma: **La suma de tu palabra es verdad.** La estrofa concluye con una importante declaración sobre la Palabra.

La primera palabra de esta oración es ראש (*r'osh*), que normalmente se traduce como «cabeza». La idea principal tiene que ser que la Palabra de Dios se resume en la palabra «verdad». El rasgo

principal, la dimensión dominante, es la fidelidad de cada sílaba que sale de la boca de Dios. Pablo diría: «Toda la Escritura es inspirada por Dios» (2ª Ti 3.16a).

De acuerdo con el salmista, se aprecian fácilmente cuatro características en la Palabra de Dios. Primero, su naturaleza es eterna y permanecerá para siempre. «Para siempre, oh Jehová, permanece tu palabra en los cielos» (119.89). Su veracidad eterna la hace inmutable en sus palabras, contenido y propósitos. Segundo, la Palabra es completamente justa en su carácter: «Justicia eterna son tus testimonios; dame entendimiento, y viviré» (119.144). «Los juicios de Jehová son verdad, todos justos» (19.9b). Tercero, la Palabra es perfecta. «La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma» (19.7). Es inmutable, incomparable, preeminente e impecable. No se le puede cambiar por algo mejor. Si cambiara, perdería su reflejo absoluto de Dios. Mentes corruptas no podrían haberla creado. En cuarto lugar, la Palabra exhibe eternamente la misericordia de Dios. Fue dada como un acto de la gracia de Dios. La integridad de la Palabra confirma Su gracia.

Este hombre concluye la estrofa declarándole al Señor: **y eterno es todo juicio de tu justicia.** Toda palabra que ha salido de la boca de Dios tiene una naturaleza eterna. Este carácter eterno surge de Su justa perfección, Su plan eterno, Su amor eterno y Su deseo de comunión eterna con los redimidos. Es apropiado que quien ama la Palabra de Dios se dedique a estas «justas ordenanzas». Quien medita y asimila las palabras inmortales de Dios será moldeado por ellas en una personalidad que sea un reflejo de Dios. Pedro dijo que quien absorbe las «preciosas y grandísimas promesas» se convierte en participante de la naturaleza divina (2ª P 1.4). ¡Oh, cuán maravillosas son las justas ordenanzas de Dios!

LA ESTROFA RESH EN HEBREO

(153) רָאֵה-עֲנֵנִי וְחַלְצֵנִי כִּי-חֹרְתֶךָ לֹא שָׁכַחְתִּי :

(154) רִיבָה רִיבֵי וּגְאֹלֵנִי לְאַמְרֹתֶךָ תִּנְיִי :

(155) דְּחֹק מִרְשָׁעִים יִשׁוּעָה כִּי-חֲקִיךָ לֹא דָרַשׁוּ :

(156) דְּחֲמִיךָ רַבִּים | יְהִנֶּה כְּמִשְׁפָּטֶיךָ תִּנְיִי :

(157) רַבִּים דָּרְפֵי וְצָרִי מִעֲדוּתֶיךָ לֹא נִטִּיתִי :

(158) דְּרֵאִיתִי בְּגִדִים וְאַתְקוּטָטָה אֲשֶׁר אִמְרֹתֶךָ לֹא

שָׁמְרוּ :

(159) רָאֵה כִּי-פְקוּדֶיךָ אֶתְבַּתִּי | הִנֵּה כְּחֹסְדֶךָ תִּנְיִי :

(160) רֵאש־דְּבָרָךְ אֱמֶת וְלִעוֹלָם כָּל-מִשְׁפָּט צְדָקָךָ :

APLICACIÓN

Aplicación del tema:

«Oh Señor, tenme en cuenta»

Salmos 119.159 contiene una petición en dos partes: «Mira, oh Jehová, que amo tus mandamientos; vivifícame conforme a tu misericordia».

La palabra hebrea para «mira», *ראַה* (*ra'ah*), quiere decir principalmente «ver». Otras versiones consideraron que este contexto era algo figurativo, por lo que usaron «considera» como traducción. El salmista deseaba que se considerara plenamente el tema de los preceptos de Dios. Su amor por la Palabra era un tema común y profundo que deseaba que Dios viera y considerara. Podemos usar «considera» con la misma connotación al orar.

«*Oh Señor, considera mi amor*». En su oración, el autor confirmó once veces delante de Dios que realmente amaba Su ley (vv. 47, 48, 97, 113, 119, 127, 132, 159, 163, 165, 167). Quería que Dios supiera que amar Su ley era un componente importante de su vivir para Él. Le dijo: «Y me regocijaré en tus mandamientos, los cuales he amado» y «¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación» (119.47, 97).

Sabía que la ley de Dios contenía mucho que no entendía. Quería atesorarla toda; sin embargo, debido a las fragilidades y limitaciones humanas, solo podía aceptar lo que tenía y sabía. Al orar, le reveló a Dios lo que pasaba en su corazón. Anhelaba contarle a Dios su profundo amor por Su ley (119.127).

Las palabras de este salmista nos recuerdan que es esencial amar a Dios y Su Palabra. Debemos tratar Su revelación como más preciosa que el oro fino. En oración, debemos contarle a Dios lo que ocurre en nuestro corazón con respecto a lo que nos ha dado.

«*Oh Señor, considera mi pecado*». Este salmista le dijo a Dios que no le agradaba el pecado ni los hombres impíos (119.119), que no quería pecar, pero que había cometido errores (119.11, 176a), que deseaba el perdón y el avivamiento de Dios (119.29), y que había decidido ser fiel toda su vida (119.30).

Sus acciones para con el pecado describen un buen plan para nosotros. Tenemos que desarrollar repulsión por el pecado y adquirir un apetito por la justicia y amor por la Palabra de Dios. Al igual que el salmista, a veces necesitaremos confesar nuestros pecados. En nuestras oraciones tiene que estar presente una súplica por el perdón de Dios.

Tenemos que ser un pueblo resuelto a practicar la disciplina justa. Tenemos que decidir resistir el pecado (119.133).

«*Oh Señor, considera mis intenciones*». El autor de este salmo quería que Dios viera sus intenciones. Sabía que su Dios las aceptaría como si fueran hechos reales y consumados. Dios, en Su gracia, sopesa las intenciones y ambiciones de nuestro corazón. Mediante el perdón, Dios considera el corazón irreprochable como un corazón perfecto (2° Cr 16.9).

Lo que el siervo del Señor anhela sinceramente hacer es de gran importancia; sin embargo, ese hecho no minimiza la importancia de lo que se ha hecho, lo que se está haciendo o lo que se debe hacer. Dios quiere que Su iglesia se esfuerce por informar a toda persona en la tierra que Jesús murió para que cada uno de nosotros pueda ser salvo.

Sin embargo, Dios toma en cuenta de manera fiel la disposición del corazón del cristiano. Pablo dijo: «Haced todo sin murmuraciones ni contiendas, para que seáis irreprochables e inocentes, hijos de Dios sin mancha...» (Fil 2.14, 15). Si hemos intentado hacer la voluntad de Dios con un corazón comprometido, Dios acepta nuestra inocencia —mediante la sangre de Jesús— como irreprochable.

Por esta razón, nos regocijamos de que Dios considere nuestras intenciones. Queremos que sepa que anhelamos hacer Su voluntad siempre y en todo sentido. Si bien sabemos que somos salvos por Su gracia, deseamos hacer toda Su voluntad.

«*Oh Señor, considera mi servicio*». Le pedimos al Señor que considere lo que estamos haciendo, lo que hemos hecho y cómo planeamos hacer Su voluntad en el futuro. Nehemías le recordó a Dios lo que había hecho y cómo había trabajado para Su gloria: «Acuérdate de mí, oh Dios, en orden a esto, y no borres mis misericordias que hice en la casa de mi Dios, y en su servicio» (Neh 13.14). Queremos que nuestro Padre nos mire y vea que estamos dedicados a lo que nos ha pedido que hagamos.

Dios sabe todo sobre nosotros. Jesús nos enseñó que Él sabe lo que necesitamos incluso antes de que le pidamos que supla nuestras necesidades (Mt 6.33). Sin embargo, la oración de nuestro corazón es que Dios nos guarde como a la niña de Sus ojos y nos esconda bajo la sombra de Sus alas (Sal 17.8). En nuestras dificultades, oraremos para que Él vea nuestras aflicciones y perdone todos nuestros pecados (25.18). Le suplicaremos

que guarde nuestras almas, nos libre del mal, nos proteja de las tormentas de la vida (25.20) y nos dé entendimiento y así poder conocer Sus testimonios (119.125).

Gracia sobre gracia (119.153–157)

El angustiado hombre que escribió Salmos 119 oró diciendo: «Defiende mi causa, y redímeme; vivifícame con tu palabra» (119.154). Este versículo incluye una petición en tres partes que abarca la plenitud de la recuperación espiritual. La primera petición clama por ayuda: «Defiende mi causa». La segunda petición implora redención: «redímeme». La tercera petición pide un avivamiento: «vivifícame». Esta última petición podría considerarse una duplicación de las dos primeras; sin embargo, podemos considerarla una petición aparte.

El salmista necesitaba nueva vida y describió su difícil situación con estos tres breves imperativos en su oración. Mediante Su respuesta, vemos que Dios le dio gracia sobre gracia.

Una representación perfecta. Oró diciendo: «Defiende mi causa». Estaba envuelto en una gran prueba o aflicción que rodeaba y limitaba su vida espiritual. Creía que lo que hacía había sido bien pensado y estaba de acuerdo con la voluntad de Dios. Sin embargo, enemigos acérrimos le estaban atacando con la severa crítica que hacían de su caminar espiritual con Dios. Habían degradado y agotado su espíritu hasta el punto de dejarlo en un estado casi sin vida. En el versículo anterior, suplicó: «Mira mi aflicción, y líbrame, porque de tu ley no me he olvidado» (119.153).

Mientras sus problemas se intensificaban, le pidió sabiamente a Dios que lo liberara defendiendo su causa. Dijo: «Muchos son mis perseguidores y mis enemigos» (119.157). Personas influyentes estaban persiguiéndole; por lo que le dijo a Dios: «Príncipes me han perseguido sin causa, pero mi corazón tuvo temor de tus palabras» (119.161).

Veía a Dios como el único capaz de defender su causa. Creía que había seguido el camino correcto, hecho los compromisos correctos y tomado las decisiones correctas. Había entregado su corazón a su vida con Dios. Necesitaba que Dios aclarara su causa a quienes lo estaban calumniando. Esta clase de vindicación lo animaría y le abriría el camino para volver a la concentración que su vida piadosa requería.

Una redención absoluta. Creía que esta dolorosa persecución lo estaba debilitando espiritualmente. Su lucha lo había alejado de sus momentos de me-

ditación y reflexión profunda sobre los preceptos de Dios.

Nada podía rescatarlo de este pantano de deterioro excepto el perdón y la comunión de Dios. Anhelaba volver a ver el rostro misericordioso y aprobador de Dios. Estaba orando: «Haz que tu rostro resplandezca sobre tu siervo, y enséñame tus estatutos» (119.135). Solo Dios podía efectuar el rescate que su espíritu sangrante anhelaba. Oró diciendo: «Mírame, y ten misericordia de mí, como acostumbras con los que aman tu nombre» (119.132). Necesitaba la redención perfecta, pura y duradera de Dios, y estaba pidiéndole a Dios que lo afirmara en la verdad, que estableciera sus pasos en Su Palabra y que asegurara que ninguna iniquidad se enseñoreara de él (119.133).

Un sustento vivificante. Este hombre oró: «Vivifícame con tu palabra» (119.154b). La palabra hebrea que se traduce como «vivifícame» quiere decir «dar vida». No solo necesitaba guía y redención, sino también apoyo continuo, esto es, un sustento diario. Dios era su Salvador y lo mantendría a salvo mientras caminaba por los lugares oscuros donde sus enemigos lo habían puesto.

Pudo hacer esta oración porque sabía lo que Dios haría. Pudo decir con otro salmista: «Sostiene Jehová a todos los que caen, y levanta a todos los oprimidos» (145.14). Ya había orado: «Susténtame conforme a tu palabra, y viviré; y no quede yo avergonzado de mi esperanza» (119.116). Su oración por vida y sustento constituía su principal petición a Dios en ese momento.

Los santos del Antiguo Testamento solían hacer esta oración. Por ejemplo, David confió en que Dios proveería a quienes ayudan a los pobres: «Jehová lo sustentará sobre el lecho del dolor; mullirás toda su cama en su enfermedad» (41.3). También había orado pidiendo reparación para sí mismo cuando necesitaba el perdón y la paz del Señor: «Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente» (51.12).

Cuando estamos enfrentando pruebas difíciles, tenemos que recordar la regla de arrojar o echar: «Echa sobre Jehová tu carga, y él te sustentará; no dejará para siempre caído al justo» (55.22). La palabra hebrea para «echa», *שָׁלַק* (*shalak*), quiere decir «arrojar». Cuando los problemas nos caen como nieve, tenemos que echarlos inmediatamente sobre el Señor. Si se los arrojamos a Dios, Él los recibirá con agrado. Nunca permitirá que nos superen las pruebas ni las cargas. No debemos hundirnos bajo
(Continúa en la página 52)

La Palabra suficiente

Estrofa 21: *Shin/Sin*

¹⁶¹Príncipes me han perseguido sin causa,
Pero mi corazón tuvo temor de tus palabras.

¹⁶²Me regocijo en tu palabra
Como el que halla muchos despojos.

¹⁶³La mentira aborrezco y abomino;
Tu ley amo.

¹⁶⁴Siete veces al día te alabo
A causa de tus justos juicios.

¹⁶⁵Mucha paz tienen los que aman tu ley,
Y no hay para ellos tropiezo.

¹⁶⁶Tu salvación he esperado, oh Jehová,
Y tus mandamientos he puesto por obra.

¹⁶⁷Mi alma ha guardado tus testimonios,
Y los he amado en gran manera.

¹⁶⁸He guardado tus mandamientos y tus tes-
timonios,
Porque todos mis caminos están delante de ti.

En este vigésimo primer párrafo de la presente oración, el salmista vuelve al tema de la opresión. Si bien no especifica los detalles, su conflicto es presentado como su principal preocupación. No le suplica abiertamente a Dios que lo libere de su dificultad, pero sí la presenta delante de Dios en las alabanzas que ofrece. Esta parte de su oración es más una alabanza que una petición.

Todos los versículos de la presente estrofa (versículos 161 al 168) comienzan con la vigésimo primera letra del alfabeto hebreo, que puede aparecer como ש (shin) o ס (sin). Shin toma el sonido «sh», mientras que a sin se le asigna el sonido simple «s». En algunas listas alfabéticas, shin/sin aparece como dos letras separadas, lo que amplía el alfabeto hebreo a veintitrés letras. Sin embargo, algunas listas simplemente incluyen esta letra una vez, con la anotación de que puede pronunciarse de dos maneras, dependiendo de sus marcas vocálicas.

El autor de la presente oración acróstica adopta este último enfoque. Usa la forma sin en los versículos 161, 162 y 166, mientras usa shin en los versículos 163, 164, 165, 167 y 168. En los versículos 167 y 168, usa el mismo verbo. En las demás líneas, usa diferentes palabras que empiezan con esta letra.

De las palabras clave que se refieren a la Palabra, seis se usan nueve veces: «palabras» o «palabra» (vv. 161, 162); «ley» (vv. 163, 165); «juicios» (v. 164); «mandamientos» (v. 166) y «testimonios» (vv. 167, 168).

Versículo 161. (שָׂרִים, sarim, «Príncipes».) El salmista comienza la estrofa lamentándose: **Príncipes me han perseguido sin causa.** Este hombre de Dios continúa su oración con dos pronunciamientos: uno sobre sus persecuciones y otro sobre su inocencia.

Quienes ostentaban autoridad —aparentemente líderes de Israel, como jefes, supervisores, capitanes y jefes de familias— le habían causado problemas. Emplea la palabra hebrea שָׂר (sar), que tiene una amplia gama de significados. Sar no nos ayuda a definir quiénes eran estos «príncipes»; sin embargo, sí sugiere la cualidad del liderazgo. A estos alborotadores se les menciona antes en su oración: «Príncipes también se sentaron y hablaron contra mí; mas tu siervo meditaba en tus estatutos» (119.23).

Cuando estos líderes observan al pueblo a quien sirven, lo ven a él, y critican su trabajo y su vida. De alguna manera, o bien escucha lo que ellos están diciendo o bien otros que escuchan sus comentarios se lo están diciendo. Estas palabras le duelen profundamente. No tienen ninguna razón válida para hablar en su contra. La palabra hebrea que describe la razón de su conducta quiere decir «por nada» o «sin razón» (כִּינָם, chinnam).

Las personas justas a veces son perseguidas por causa de su justicia. Jesús dijo: «Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt 5.10).

Este hombre contrasta lo que dicen sus enemigos con lo que dice Dios. Sus palabras son proyectiles que hieren temporalmente; sin embargo, la Palabra de Dios llena su corazón de asombro. Las palabras de los príncipes rebotan sin hacerle daño, pero la Palabra de Dios penetra su corazón con una reverencia divina. Pedro escribió: «Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros» (1ª P 4.14).

A pesar de sus persecuciones, el salmista le dice a Dios: **Pero mi corazón tuvo temor de tus palabras.** Su corazón está controlado por el temor justo (פֶּחַד, *pachad*) por medio de las palabras de Dios. Quizá Sus advertencias y juicios lo han conmovido y han hecho que su corazón se estremezca con una preocupación santa. Quizá piensa en la mano todopoderosa de Dios, Su poder creador, Su poder para juzgar o Su poder como Rey que gobierna el mundo. A su mente podrían venir cualquier cantidad de Escrituras. Quizá esté pensando en Salmos 99.1, que dice: «Jehová reina; temblarán los pueblos. Él está sentado sobre los querubines, se conmovió la tierra». También podría recordar Salmos 96.9, que dice: «Adorad a Jehová en la hermosura de la santidad; temed delante de él, toda la tierra». Puede que considere cuán apropiado es temblar ante la Palabra del Señor (Is 66.5). Puede que se esté diciendo a sí mismo: «Alaben tu nombre grande y temible; él es santo» (Sal 99.3). Cualesquiera que sean los pensamientos que afloren en su mente, le infunden un sentido de admiración por la Palabra divina.

Tras escuchar las injustas críticas de los príncipes hacia él, vuelve su corazón a lo que realmente merece la pena, a saber: la fiel Palabra de Dios. Sabe que Dios es el Juez supremo de la tierra. Pudo decir:

Los ríos batan las manos,
Los montes todos hagan regocijo
Delante de Jehová, porque vino a juzgar la tierra.
Juzgará al mundo con justicia,
Y a los pueblos con rectitud (98.8, 9).

En el resumen final de su vida, sus enemigos no significan nada para él. Solo permite que la vida y la verdad de Dios sean su principal preocupación.

Versículo 162. (שִׂשׁ, *sas*, «regocijo».) El salmista ora diciendo: **Me regocijo en tu palabra.** Ha halla-

do gran deleite al meditar en esta verdad celestial. Sus momentos más felices llegan cuando llena su mente con la mente de Dios.

La palabra hebrea para «regocijo», שִׂשׁ (*sus*), sugiere un estado de constancia. En el versículo anterior, se maravilla ante la Palabra de Dios; sin embargo, en este versículo, señala el gozo que ha llegado a su corazón al meditar en ella. ¿Pueden el temor y el gozo coexistir en un mismo corazón? Cuando consideramos la dimensión salvadora de esta pregunta, vemos el temor. Deberíamos tener un temor adecuado de estar separados de Dios por la eternidad. Al contemplar la gloria de Dios para el mundo presente y el venidero, así como el agradable caminar con Dios que tiene una persona irreprochable, vemos el gozo. El temor y el gozo tienen que coexistir para ser genuinos. El gozo necesariamente implica algo de temor. La persona que se regocija en Dios experimentará un profundo temor al considerar cómo podría perder ese gozo. Quien teme espiritualmente a Dios también tendrá un gozo supremo en su conocimiento de Dios y en su vida en Dios.

Este hombre ora diciendo: «Mi carne se ha estremecido por temor de ti, y de tus juicios tengo miedo» (119.120). También ora: «¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! más que la miel a mi boca» (119.103).

El salmista admite que se regocija porque es **como el que halla muchos despojos.** La palabra que se traduce como «despojos», שָׁלָל (*shalal*), también puede querer decir «botín» o «saqueo». *Shalal* se relaciona aquí con רַב (*rab*), el adjetivo hebreo para «grande» o «mucho».

El presente versículo usa una ilustración del campo de batalla. Podemos imaginar la euforia de los soldados cansados al recoger el botín de su batalla recién librada y descubrir los tesoros que su victoria les ha puesto a disposición. Para este hombre, tales riquezas son un recordatorio de los exorbitantes tesoros de la Palabra de Dios. Encuentra riquezas prodigiosas en la Palabra.

En el Nuevo Testamento, Pablo citó a Isaías al hablar de las cosas gloriosas de Dios reveladas en la Palabra de Verdad: «Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman» (1ª Co 2.9; vea Is 64.4). Pedro insinuó que nuestra visión de Jesús proviene de la preciosa Palabra del Señor y que, por medio de ella, hemos llegado a amar a Jesús:

A quien amáis sin haberle visto, en quien cre-

yendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso; obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas (1ª P 1.8, 9).

Versículo 163. (שֶׁקֶר, *sheqer*, «mentira».) El salmista exclama: **la mentira aborrezco y abomino**. En su oración, ha pasado del regocijo por la Palabra a repudiar toda conversación y enseñanza falsas. La palabra hebrea para «aborrezco», שֶׁקֶר (*sheqer*), tiene un fuerte significado. La Palabra de Dios es verdad; no obstante, la mentira está llena de pensamientos erróneos y caminos falaces. El salmista busca la pureza de la verdad y está decidido a evitar la maldad y el engaño. Anteriormente en su oración, leemos: «Aparta de mí el camino de la mentira, y en tu misericordia concédeme tu ley» (119.29). La Palabra divina le ha enseñado a repudiar el error y amar la verdad. De esta enseñanza surge una resolución para toda la vida: «Y me regocijaré en tus mandamientos, los cuales he amado. Alzaré asimismo mis manos a tus mandamientos que amé, y meditaré en tus estatutos» (119.47, 48).

Desde que entregó su vida a la obediencia a Dios, el error se ha vuelto aborrecible para él. ¿Por qué no debería ser así? El fraude es perverso por naturaleza. Por lo tanto, es engañoso en su propósito y corruptor en sus resultados. No es digno de ningún tipo de amor y solo sirve para ser objeto de aborrecimiento y rechazo.

La naturaleza y el carácter de la idolatría han sido moldeados a partir del molde de la mentira. Cuando un hombre se inclina ante un ídolo, se humilla ante una prevaricación y una tergiversación: un objeto malvado y perverso. Debería poder ver fácilmente la horrible tragedia de la invención. El ídolo representa un cúmulo de mentiras, cada una llevando a la siguiente. Con el tiempo, se convierte en un sistema de mentiras que conduce a una vida vacía de pretensiones.

Con estas consideraciones en mente, no nos sorprende que el salmista hable tanto sobre la distorsión y la perversión. Ora diciendo: «De tus mandamientos he adquirido inteligencia; por tanto, he aborrecido todo camino de mentira» (119.104). Además, le dice a Dios: «Aborrezco a los hombres hipócritas; mas amo tu ley» (119.113). De lo que conoce del carácter de Dios y Su Palabra, extrae dos conclusiones: «Por eso he amado tus mandamientos más que el oro, y más que oro muy puro. Por eso estimé rectos todos tus mandamientos sobre todas las cosas, y aborrecí todo camino de mentira» (119.127, 128). Amar la verdad de Dios inevitable-

mente da como resultado el aborrecimiento de los malos pensamientos, palabras y caminos.

Contrasta su aborrecimiento de la mentira diciendo: **Tu ley amo**. La ley del Señor se encuentra en una categoría diferente a la de las falsas enseñanzas. Su Palabra está impregnada del rocío del cielo y de la eternidad; procede de Su boca, es verdad y genera el amor supremo. El autor se siente impulsado a decir: «Mi alma ha guardado tus testimonios, y los he amado en gran manera» (119.167).

En su amor por la ley de Dios hay encarnadas grandes verdades: «[...] pero] tu ley amo». ¡Qué afirmación! Primero, el contraste mismo eleva los mandamientos de Dios muy por encima de la mentira. Segundo, este amor es personal. El «yo» implícito lo hace así. Tercero, por este amor, el corazón de este hombre ha sido cautivado y colmado con la profundidad y la supremacía de los mandamientos de Dios. Lo único que puede hacer es expresar su aprecio por ellos diciendo: «Los he amado en gran manera». Cuarto, su amor es relacional. Lo impulsa a una comunión personal con Dios. Se trata de lo que le pertenece a Dios. Con el posesivo «tu», recuerda la propiedad de la «ley». Quinto, este amor se basa en la verdad. Habla de la «ley» genuina. En sexto lugar, por implicación, es eterna. Cualquier palabra o emoción de Dios es eterna.

Versículo 164. (שֶׁבַע, *sheba'*, «Siete».) El salmista afirma: **Siete veces al día te alabo**. Con su especificidad de «siete veces», testifica que tiene una práctica constante de alabar a Dios día y noche, si es que se está refiriendo a la continuidad.

El término «siete» podría no usarse para indicar exactitud. Puede que sea un símbolo vívido de integridad o minuciosidad, como se usa a menudo en el Antiguo Testamento: «Porque siete veces cae el justo y vuelve a levantarse; mas los impíos caerán en el mal» (Pr 24.16). Quizá el salmista está describiendo su alabanza diaria a Dios de la manera como David expresó su oración diaria en Salmos 55.17, diciendo: «Tarde y mañana y a mediodía oraré y clamaré, y él oirá mi voz».

La palabra hebrea para «alabo» es aquella de la que proviene «aleluya» (לְהַלֵּל, *halal*). Al añadir *Jah*, la abreviatura de *Yahvé*, junto con el pronombre que quiere decir «tú», se crea el imperativo, que, al transliterarse, es «aleluya». *Halal* es la gran palabra para «alabanza».

Para el salmista, alabar a Dios es el modelo de su vida, la esencia de su día. Es su vida, su medi-

tación y su canto. Mantiene de manera constante una conversación con Dios en su alma. Sabe que Dios está con él y que vive en Él. Para él, caminar con Dios quiere decir vivir en Él, abrazar Sus caminos y dedicar su corazón a adorarlo.

El salmista alaba a Dios **a causa de [Sus] justos juicios**. Podemos preguntarnos: «¿Por qué alaba a Dios constantemente? ¿Cuál es el motor de este tipo de vida?». La respuesta a estas preguntas ha sido expresada claramente en este punto de su oración: lo hace por los «justos juicios» de Dios. Su vida de devoción ha sido forjada mediante la absorción diaria de las verdades justas de Dios. Él es así porque ha amado y vivido el plan divino que Dios le ha dado.

«Justos juicios» es una frase cargada de verdad celestial. Las dos palabras suponen un origen. Estos «juicios» provienen de Dios. ¿De qué otra manera podrían ser justos? Son perfectos. El carácter justo de Dios es irreprochable y puro. El Dios que nos creó no peca ni produce pecado. Todo lo que proviene de Él es completo, santo y justo. Su Palabra tiene absoluta durabilidad. Dios es eterno y Su justicia perdurará para siempre. Sus palabras son de una calidad superlativa. Nada puede mejorarlas ni degradarlas; son completamente fieles. ¿Cómo podría un mandamiento de Dios fallar en sus propósitos? Las palabras de Dios declaran la verdad que Él ha decidido revelar.

Versículo 165. (שָׁלוֹם, *shalom*, «paz».) El salmista se consuela con el hecho de que **mucha paz tienen los que aman la ley de Dios**. La palabra hebrea para «aman», אָהַב (*ahab*), tiene un significado más amplio que un simple apego emocional a las palabras que Dios ha dado. Se usa para transmitir la relación de amor que se encuentra en el matrimonio. El amor que lo crea y lo sostiene implica compromiso, pureza, integridad, afecto profundo y responsabilidad diaria.

¿Cuáles son los beneficios de amar la ley de Dios? Recibiremos bendiciones cuando atesoremos los mandamientos de Dios como la luz que guía nuestras vidas, y esto nos traerá paz. Nuestros corazones reciben tranquilidad delante de Dios. Lo conocemos, lo amamos y vivimos en Su refugio.

Es como si Dios Padre instruyera a Sus hijos con las palabras de Proverbios 3.1, 2, que dicen: «Hijo mío, no te olvides de mi ley, y tu corazón guarde mis mandamientos; porque largura de días y años de vida y *paz* te aumentarán» (énfasis agregado).

El salmista se regocija sin duda de que **no [haya] para ellos** [los que aman la ley de Dios]

tropiezo. El segundo beneficio que reciben quienes aman Su ley y andan en ella es la perseverancia. Cuando vivimos en la ley de Dios, sabemos quiénes somos y adónde vamos. Si perseveramos en Su verdad, nada nos hará tropezar. El «no [haya]» de esta afirmación apunta a la preservación de la gracia de Dios, quien nos libra de las pruebas, en las pruebas y por medio de ellas.

Esta promesa de alabanza tiene una protección significativa. La protección prometida es expresada en Salmos 37.23, que dice: «Por Jehová son ordenados los pasos del hombre, y él aprueba su camino». Los justos no caerán en pecado y seremos librados de una fuerte tentación. La persona piadosa camina en los preceptos del Señor. Esos preceptos iluminan su camino (119.105).

La mejor protección para no ceder a la tentación consiste en el amor a la ley de Dios. Proverbios responde a la pregunta: «¿Habrà paz para los que obedecen sabiamente?». Este pasaje de Proverbios 3.21b–24 dice «sí»:

Guarda la ley y el consejo,
Y serán vida a tu alma,
Y gracia a tu cuello.
Entonces andarás por tu camino con fiadamente,
Y tu pie no tropezará.
Cuando te acuestes, no tendrás temor,
Sino que te acostarás, y tu sueño será grato.

El resultado natural de una vida justa es paz: «... y el efecto de la justicia será paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre» (Is 32.17).

Versículo 166. (יִבְרַחְתִּי, *sibbarsti*, «esperar».) El salmista ora diciendo: **Tu salvación he esperado, oh Jehová**. Para este hombre ha sido necesario «esperar» la liberación del Señor. Sabe que tiene que buscar una vida equilibrada. El hecho ha dividido su vida en dos partes: ocuparse y esperar. Estas dos partes también pueden verse como esperar mientras se ocupa o se ocupa mientras se espera. Camina con Dios; sin embargo, anhela una relación más profunda con Él. Pide la liberación de Dios; y mientras la espera, se ocupa en todos los deberes y obligaciones de seguir la Palabra. Mantiene una conciencia sensible, un espíritu obediente y un corazón con una profunda gratitud. Además de todo lo anterior, ora para que Dios lo rescate.

Este hombre está exhibiendo una vida justa, fruto de la relación entre Dios y el hombre. No puede hacerlo sin Dios, y Dios no obrará por medio de él sin su cooperación y obediencia. Coincidiría con Santiago: «Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras?»

¿Podrá la fe salvarle? [...] Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma» (Stg 2.14–17).

Ha considerado la espera como parte de su caminar con Dios, y ha sido sincero en esa espera: «Desfallece mi alma por tu salvación, mas espero en tu palabra» (119.81); «Mis ojos desfallecieron por tu salvación, y por la palabra de tu justicia» (119.123).

Mientras el salmista está esperando la salvación, dice: **y tus mandamientos he puesto por obra**. Es evidente que ha estado ocupado siguiendo los mandamientos de Dios. No ha esperado con los brazos cruzados. Ha mirado hacia adelante con fiel anticipación, cumpliendo constantemente la Palabra del Señor. Entiende que, mientras espera, tiene que entregarse a la obediencia de los preceptos de Dios. Sabe que las bendiciones siempre llegan a quienes «guardan sus testimonios» (119.2). Independientemente de su entorno, vive para aprender y seguir la Palabra. Cada prueba le brinda una razón más para obedecer los mandamientos de Dios: «Quebrantada está mi alma de desear tus juicios en todo tiempo»; por lo que dice: «Guardaré tu ley siempre, para siempre y eternamente» (119.20, 44).

Este hombre revela en su oración que una vida piadosa supone tres partes: comprensión, obediencia y esperanza. Tiene cierta comprensión de los caminos de Dios; sin embargo, desea crecer en esa comprensión. Sabe que esperar es necesario para la vida y el crecimiento espiritual en un mundo como este. Esta comprensión es esencial para la forma como aborda la vida piadosa. La procura y pone en práctica cada partícula de comprensión que recibe al respecto. Ningún hombre justo llega ya hecho ni completamente desarrollado. Adán y Eva habían de crecer en un huerto perfecto. Es aún más obvio que tendremos que crecer en obediencia en nuestros huertos individuales.

A medida que crecemos en nuestra comprensión de los caminos de Dios, se nos enseña a tener esperanza y esperar. Este hombre sabe que Dios será fiel; también sabe que la fidelidad no excluye esperar a que Dios actúe en el momento perfecto.

El salmista está comenzando a comprender que la obediencia es necesaria en todas las situaciones: en las agradables, en las normales y en las difíciles. El autor ora diciendo: «Muchos son mis perseguidores y mis enemigos, mas de tus testimonios no me he apartado» (119.157).

La comprensión, la obediencia y la esperanza constituyen una vida piadosa equilibrada. Si falta alguno de estos tres elementos, nos encontramos in-

tentando crecer en la gracia con un plan imposible.

Versículo 167. (שמרה, *sham'rah*, «guardado».) El salmista le afirma al Señor: **Mi alma ha guardado tus testimonios**. Su anuncio no refleja un espíritu arrogante por alcanzar este crecimiento espiritual maduro. Está afirmando tener un espíritu justo como su motor de vida. Busca ser irreprochable en su obediencia a las instrucciones de Dios. En estas pocas palabras, presenta la esencia de la verdadera obediencia: es espiritual, real y emocional.

¿Cómo es espiritual su obediencia? Proviene de su corazón. Ha guardado la verdad de Dios en su alma. Su obediencia no es una acción mecánica y sin sentido; es tan sincera y completa como le es posible. Su compromiso con la voluntad de Dios proviene de todo su ser. La espiritualidad pura no es superficial, hipócrita ni mística. El espíritu de este hombre atesora la verdad, la guarda y la vive.

¿Cómo es real su obediencia? Implica su cuerpo, energía y tiempo. Guardar los testimonios de Dios requiere más que simplemente leerlos. La obediencia se ilustra con la declaración de Samuel sobre Saúl que dice: «Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros» (1° S 15.22b).

¿De qué manera es emotiva su obediencia? Este salmista dice además sobre los testimonios de Dios: **y los he amado en gran manera**. Crece en su obediencia hasta deleitarse en los deberes que Dios le ha encomendado. Su amor no solo es profundo, también es único. El amor verdadero tiene un «por eso»: «Por eso he amado tus mandamientos más que el oro, y más que oro muy puro» (119.127). Utiliza un modificador que quiere decir «en gran manera» o «mucho» (רבה, *m'od*). Su testimonio rebosa espiritualidad y emoción: «Sumamente pura es tu palabra, y la ama tu siervo» (119.140).

Puede pedirle a Dios que examine su amor y observe su autenticidad. Le suplica a Dios que lo considere: «Mira, oh Jehová, que amo tus mandamientos; vivifícame conforme a tu misericordia» (119.159). El amor y el deleite se unen y celebran las palabras de verdad. El autor ora diciendo: «Y me regocijaré en tus mandamientos, los cuales he amado» (119.47). A veces, el amor precede al deleite. Se deleitará en los mandamientos porque los ama. Porque amamos a los miembros de nuestra familia, nos deleitamos en ellos. A veces, el deleite precede al amor. Porque nos deleitamos en algo, aprendemos a amarlo.

Dios no espera impecabilidad, sino que seamos irreprochables o fieles. Nos llama a rendirle

obediencia espiritual, real y emocional.

Versículo 168. (שָׁמַרְתִּי, *shamarsti*, «He guardado»). El salmista le dice al Señor: **He guardado tus mandamientos y tus testimonios.** La palabra hebrea para «guardado», שָׁמַר (*shamar*), es la misma que aparece en el versículo anterior y habla de obediencia genuina. Este hombre ha estado observando los «mandamientos» y «testimonios» de Dios. Es un siervo contrito y fiel.

Shamar se usa 21 veces en Salmos 119 (vv. 4, 5, 8, 9, 17, 34, 44, 55, 57, 60, 63, 67, 88, 101, 106, 134, 136, 146, 158, 167, 168). En cada ocasión, se relaciona con la Palabra de Dios. Tiene diversos usos: guardar, velar, atender, proteger y obedecer.

El autor le presenta a Dios un panorama general de lo que ha estado haciendo con su vida en su búsqueda de la piedad. Ha hecho un compromiso con Dios y quiere confirmar que lo está cumpliendo. Ha dedicado su vida a ser una persona obediente. En su sometimiento a la voluntad de Dios, ha sido fiel a Sus «mandamientos» y «testimonios».

Este siervo no está hablando de perfección. Lo que quiere decir es que su corazón está comprometido con la obediencia a la voluntad de Dios. Ha sido diligente en andar conforme a los mandamientos que Dios le ha dado. En consecuencia, siendo irreprochable en su vida justa, puede, sin avergonzarse, pedirle a Dios que revise su historial.

Ningún hombre justo, excepto Jesús, puede afirmar que ha guardado perfectamente todos los mandamientos de Dios. Sin embargo, a pesar de sus defectos, el salmista puede pedirle a Dios que recuerde su dedicado deseo de cumplir Su voluntad a lo largo de su vida.

El salmista concluye esta estrofa orando: **porque todos mis caminos están delante de ti.** No puede decir que realmente es un hacedor si lo único que hace es hablar. Dios examinará su corazón, así como su vida, y el autor conoce muy bien esta verdad.

Es apropiado que le pidamos a Dios que examine nuestras acciones y considere cómo estamos. Vemos esta práctica entre los primeros cristianos. Pablo instó a los cristianos a examinarse a sí mismos (1ª Ts 5.21, 22).

El salmista podría decir: «Señor, me he puesto a prueba para ver si ando en tus mandamientos y testimonios. He examinado mi corazón y he descubierto que estoy caminando en Tu Palabra y viviendo conforme a Tus preceptos. He examinado todos mis “caminos”: mis hábitos, mi carácter, mi hablar, mis pensamientos más íntimos y mis

ambiciones. Ahora te pido que examines mi vida y determines cómo vivo para Ti. Sé que mis caminos están siempre delante de Ti. Nada escapa a Tu mirada penetrante».

Podría decir: «Señor, delante de ti están todos mis deseos, y mi suspiro no te es oculto» (38.9). Sin duda estaría de acuerdo con el salmista que escribió: «Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti, oh Jehová, roca mía, y redentor mío» (19.14).

LA ESTROFA SHIN/SIN EN HEBREO

- (161) שָׁרִים רָדְפוּנִי חֲנָם וּמִדְּבַרְיָךְ [ו] [מ] [וּדְבַרְיָךְ]
פָּתַר לִבִּי:
(162) לֹשֶׁן אֲנֹכִי עַל-אִמְרֹתֶיךָ כְּמוֹצֵא שְׁלָל רָב:
(163) שִׁבְרֵי שִׁנָּאתִי וְאִתְעֵבָה תּוֹרַתְךָ אֶהְבֵּתִי:
(164) שָׁבַע בַּיּוֹם הַלְלִיתִיךָ עַל מִשְׁפָּטֵי צְדָקָה:
(165) שְׁלֹם רָב לְאֵהָבִי תּוֹרַתְךָ וְאִין-לָמוּ מִכְשׁוֹל:
(166) שִׁבְרֵתִי לִישׁוּעָתְךָ יְהוָה וּמִצֹּתֶיךָ עֲשִׂיתִי:
(167) שְׁמֵרָה גִפְשִׁי עֲדֹתֶיךָ וְאֵהָבֶם מְאֹד:
(168) שְׁמֵרֵתִי בְּקוֹרְיָךְ וְעֲדֹתֶיךָ כִּי כָל-דְּרָכֵי נִגְהֶה:

APLICACIÓN

Aplicación del tema: La obediencia del alma

Este salmista oró diciendo: «Mi alma ha guardado tus testimonios, y los he amado en gran manera» (119.167). De especial interés es su frase «mi alma ha guardado tus testimonios». Estas palabras nos llevan a dos preguntas: «¿Qué clase de obediencia tenía en mente?» y «¿Qué quiere decir la frase?».

No tenemos que pensar mucho para reconocer que la verdadera obediencia tiene que provenir del corazón o no es obediencia en absoluto. La obediencia no puede ser un simple ritualismo.

El corazón de un siervo está dedicado a su Dios. Le sirve por amor y fidelidad. El salmista oró: «Dame entendimiento, y guardaré tu ley, y la cumpliré de todo corazón» (119.34). También dijo: «... yo guardaré de todo corazón tus mandamientos» (119.69b). Pablo les dijo a los cristianos de Roma: «Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados» (Ro 6.17). ¿Cómo se le rinde a Dios una obediencia de corazón y de alma?

Con el entendimiento. La obediencia de corazón surge del entendimiento. El siervo busca la voluntad de Dios para poder obedecerla de manera plena. Sabe que no puede comenzar a obedecerle de manera verdadera sin una comprensión clara de los mandamientos de Dios. Este salmista consideraba

el aprendizaje de la Palabra como el primer paso para obedecer a Dios, y dijo: «Hazme entender, y aprenderé tus mandamientos» (119.73). Además, dijo: «Tu siervo soy yo, dame entendimiento para conocer tus testimonios» (119.125).

Jesús dijo: «Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Así que, todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí» (Jn 6.45). Jesús mencionó el «qué» en relación con la escucha: «Mirad lo que oís» (Mr 4.24a). También mencionó el «cómo» en relación con la escucha. Dijo: «Mirad, pues, cómo oís; porque a todo el que tiene, se le dará» (Lc 8.18a). Las palabras «a él oíd» en Mateo 17.5 son casi sinónimas de «a él obedeced».

Mediante la sumisión a Dios. La obediencia de corazón incluye una sumisión a Dios. Cuando alguien entiende la voluntad de Dios para su vida, busca seguirla. Le entrega todo su ser. Por esta razón, el autor dijo: «Maravillosos son tus testimonios; por tanto, los ha guardado mi alma» (119.129). También oró: «Mi boca abrí y suspiré, porque deseaba tus mandamientos» (119.131).

Esta sumisión es continua: «Sosténme, y seré salvo, y me regocijaré siempre en tus estatutos» (119.117). Se podría usar «de continuo» en su descripción de la obediencia: «Mi corazón inclinó a cumplir tus estatutos de continuo, hasta el fin» (119.112).

Con fe y amor. La obediencia que nace del corazón tiene como centro la fe y el amor. Puede describirse como la vida de un siervo que vive conforme a la voluntad de su Señor. El salmista no tenía una actitud que decía «tengo que hacerlo»; su espíritu era completamente el de «tengo el privilegio de hacerlo». Creía que Dios le había dado los mandamientos más elevados, y los amaba porque venían de su Señor. Lo que pertenecía a su Señor, le pertenecía a él; lo que su Señor amaba, él también amaba; donde estuviera su Señor, allí tenía que estar él. Por eso dijo: «Tuyo soy yo, sálvame, porque he buscado tus mandamientos» (119.94).

Con una fe rigurosa, recordó Sus ordenanzas de antaño y se consoló con ellas (119.52). Con un amor constante, caminó con Dios para su salvación: «Alzaré asimismo mis manos a tus mandamientos que amé, y meditaré en tus estatutos» (119.48).

Jesús dijo: «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Jn 14.15). El apóstol Juan escribió: «Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos» (1ª Jn 5.3).

Con justa intención. La obediencia que nace del corazón tiene una intención justa. El corazón puro busca la justicia de Dios. Tenemos que notar la forma como el autor describió los mandamientos de Dios: «Hablará mi lengua tus dichos, porque todos tus mandamientos son justicia» (119.172). No estaba diciendo que los mandamientos fueran «como» la justicia o como una imagen de la justicia; sino que, según él, «son» justicia.

Cuando se obedece a Dios, se asume la justicia de Dios. Dado que Dios es justo, todo lo que proviene de Él es justo. Un salmista dijo: «Porque Jehová es justo, y ama la justicia; el hombre recto mirará su rostro» (11.7). A la obediencia de una persona se le puede referir como su obra de justicia: «Jehová, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿Quién morará en tu monte santo? El que anda en integridad y hace justicia, y habla verdad en su corazón» (15.1, 2); «El que hace estas cosas, no resbalará jamás» (15.5c). No nos sorprende que un autor dijera: «Dichosos los que guardan juicio, los que hacen justicia en todo tiempo» (106.3). Esperaríamos que la Palabra de la boca del Señor fuera justa y más preciosa que el oro (119.72).

Con detalles. La obediencia de corazón tiene detalles divinos. ¿De qué otra manera se podría ser obediente? ¿De qué otra manera se podría ceder a la voluntad de Dios? Su Palabra no es simplemente un conjunto de generalidades; en la mayoría de los casos, consiste en mandamientos que tienen que seguirse. Este hombre oró diciendo: «Guíame por la senda de tus mandamientos» (119.35a). Quería asimilar cada parte de los mandamientos de Dios. Dijo: «Por el camino de tus mandamientos correré, cuando ensanches mi corazón» (119.32). El siervo del Señor busca ser irreprochable. El autor inició su oración con una bienaventuranza: «Bienaventurados los perfectos [irreprochables] de camino, los que andan en la ley de Jehová» (119.1).

¿Qué es la obediencia «del alma»? Es una obediencia que brota de la comprensión de la Palabra de Dios, una obediencia con espíritu de entrega, una obediencia con fe y amor a Dios, una obediencia con una intención justa y una obediencia que cumple con los detalles ordenados por Dios.

Esta clase de obediencia constituye la respuesta más elevada que el hombre puede darle a Dios. Trae Sus bendiciones espirituales, una puerta abierta para la comunión con Él, el camino de la oración, una vida plena y un puente sin obstáculos hacia la vida eterna.

La Palabra gozosa

Estrofa 22: *Tau*

¹⁶⁹Llegue mi clamor delante de ti, oh Jehová;
Dame entendimiento conforme a tu palabra.

¹⁷⁰Llegue mi oración delante de ti;
Líbrame conforme a tu dicho.

¹⁷¹Mis labios rebosarán alabanza
Cuando me enseñes tus estatutos.

¹⁷²Hablará mi lengua tus dichos,
Porque todos tus mandamientos son justicia.

¹⁷³Esté tu mano pronta para socorrerme,
Porque tus mandamientos he escogido.

¹⁷⁴He deseado tu salvación, oh Jehová,
Y tu ley es mi delicia.

¹⁷⁵Viva mi alma y te alabe,
Y tus juicios me ayuden.

¹⁷⁶Yo anduve errante como oveja extraviada;
busca a tu siervo,
Porque no me he olvidado de tus mandamientos.

Por detrás de la oración del salmista se esconde un ataque siniestro. Su angustia ha sido presentada ante Dios numerosas veces a lo largo de los 176 versículos de Salmos 119. Al concluir su súplica con esta última estrofa, repite varias peticiones, presentándolas como un gran final de peticiones. Al tiempo que está escribiendo, aún no ha recibido las respuestas que desea. Confía en que pronto verá la respuesta de Dios.

Todos los versículos de esta última estrofa comienzan con la última letra del alfabeto hebreo, ט (*tau*). Los versículos 173 y 175 comienzan con el mismo verbo de existencia (הָיָה, *hayah*), que quiere decir «acontecer» o «llegar a suceder». Cada uno de los demás versículos comienza con una palabra distinta que también inicia con *tau*.

En cuanto a los grandes términos para la Palabra de Dios, seis de ellos se usan nueve veces:

«palabra» (vv. 169); «dicho o dichos» (vv. 170, 172); «estatutos» (v. 171); «mandamientos» (vv. 172, 173, 176); «ley» (v. 174) y «juicios» (v. 175).

Versículo 169. (תִּקְרָב, *thiqrab*, «llegue».) El salmista ora diciendo: **Llegue mi clamor delante de ti, oh Jehová.** El verbo «llegue» (קָרַב, *qarab*) es una forma verbal yusiva, es decir, un deseo profundo. Las formas yusivas se entrelazan a lo largo de esta unidad para abarcar seis de las nueve súplicas que hace el autor (vv. 169, 170, 171, 172, 173, 175). Solo los versículos 174 y 176 no contienen verbos yusivos.

El autor le pide a Dios que escuche su súplica o ruego con especial atención. Describe su «clamor» con la palabra hebrea רִנָּה (*rinnah*), que puede entenderse tanto como un clamor penetrante y un grito de alegría. En este contexto, se trata de una petición sincera, tal vez incluso con lágrimas. También usa la palabra «clamé» en el versículo 147 en relación con su madrugada para hacer oraciones similares: «Me anticipé al alba, y clamé; esperé en tu palabra». Usa el tiempo pasado en los versículos 145 y 146 para recordarle a Dios que ya había hecho estas súplicas: «Clamé con todo mi corazón; respóndeme, Jehová, y guardaré tus estatutos. A ti clamé; sálvame, y guardaré tus testimonios».

Esta parte de su oración revela un deseo fuerte y apasionado de que Dios permita que su petición llegue delante de Su rostro o presencia. Le pide a Dios que le preste especial atención. Quiere que Dios le responda con misericordia. Ha hecho esta petición con frecuencia y con gran intensidad, tal vez al comenzar el día. En algún momento en el futuro, podrá decir con el autor de 120.1: «A Jehová clamé estando en angustia, y él me respondió».

El salmista pide: **dame entendimiento conforme a tu palabra.** Quiere que Dios le responda

«conforme a» las promesas y enseñanzas que ha dado. El salmista anhela el entendimiento que solo la Palabra de Dios puede brindarle. No le pide a Dios que cambie Sus reglas de acción. Le pide que le imparta una mejor comprensión de Su voluntad. De esta manera, puede orar más en sintonía con su corazón mientras espera y vela en medio de sus circunstancias debilitantes.

Versículo 170. (תָּבוֹא, *thabo'*, «llegue».) El salmista continúa orando: **Llegue mi oración delante de ti.** La palabra inicial «llegue» se traduce como un verbo yusivo; por consiguiente, este tipo de oración es una forma reverente de desear una bendición especial de parte de Dios.

Los versículos 169 y 170 forman un paralelismo sinónimo de dos versículos. Cada versículo expresa esencialmente la misma idea; sin embargo, con una redacción ligeramente diferente. Los dos versículos se combinan para presentar una sola petición de liberación.

La palabra para «oración» (חִנּוּחַ, *t'chinnah*) es más fuerte que una oración normal. La de este hombre adquiere un tono de súplica o ruego al tiempo que pide la bondad de Dios en su momento de necesidad.

La palabra para «oración» (o el plural «oraciones») aparece trece veces en los salmos (6.9; 28.2, 6; 30.8; 31.22; 55.1; 86.6; 116.1; 119.170; 130.2; 140.6; 142.1; 143.1). En cada aparición, se presenta una súplica intensa. Por ejemplo, forma parte de la oración de David en Salmos 6: «Apartaos de mí, todos los hacedores de iniquidad; porque Jehová ha oído la voz de mi lloro. Jehová ha oído mi ruego; ha recibido Jehová mi oración» (6.8, 9). David le llama a su oración «voz de mis ruegos» en 28.2, 3:

Oye la voz de mis ruegos cuando clamo a ti,
 Cuando alzo mis manos hacia tu santo templo.
 No me arrebatas juntamente con los malos,
 Y con los que hacen iniquidad,
 Los cuales hablan paz con sus prójimos,
 Pero la maldad está en su corazón.

El salmista continúa pidiéndole a Dios: **líbrame conforme a tu dicho.** Ora para que le sea dada la liberación en armonía con la Palabra que Dios ya ha anunciado. Su ferviente oración está acompañada de obediencia a Dios. La oración del siervo puro del Señor siempre será congruente con las instrucciones y promesas de Dios.

Este hombre ha usado las frases «conforme a tu dicho», «según tu palabra», o similares, quince veces (vv. 9, 25, 28, 41, 58, 65, 76, 91, 107, 116, 149a,

154, 156, 169, 170). La frase suele aparecer como una sola palabra con un sufijo pronominal («tu») y un prefijo preposicional («conforme a»), como se ve en la palabra כִּדְבָרְךָ (kidbareka). El carácter de *kidbareka* llena el corazón de este hombre. Aparentemente, no se atreve a orar a Dios sin mantener una mente humilde y obediente.

Cuando Dios responde a las oraciones de Su pueblo, lo hace conforme a Su voluntad. El apóstol Juan también dejó clara esta verdad, diciendo: «Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye» (1ª Jn 5.14).

Versículo 171. (תַּבֵּעַנָּה, *thabb^eanah*, «rebosarán».) El autor dice: **Mis labios rebosarán alabanza cuando me enseñes tus estatutos.** La palabra hebrea para «rebosarán», נָבַע (*naba'*), se refiere a un derramamiento.

La palabra «alabanza» es casi sinónimo de «acción de gracias» y aparece tres veces en esta oración, terminando con una adoración jubilosa. En el versículo 171, «alabanza» se traduce de la palabra hebrea הִלָּלָה (*t'hillah*). En los versículos 164 y 175, «alabanza» se traduce de la palabra hebrea לָלַל (*halal*). Cada una de estas apariciones es una clara expresión de deleite. En el versículo 164, este hombre expresa su agradecimiento: «Siete veces al día te alabo, a causa de tus justos juicios». En el versículo 171b, eleva su corazón en agradecimiento por la enseñanza recibida: «Cuando me enseñes tus estatutos». En el versículo 175, se muestra lleno de un profundo reconocimiento por la vida que recibirá y la ayuda que Dios le dará, pues dice: «Viva mi alma y te alabe, y tus juicios me ayuden».

Está agradecido por la enseñanza recibida. Es específico al respecto, afirmando que Dios, en Su gracia, le ha enseñado Sus «estatutos», leyes y juicios. El salmista usa con intensidad la palabra hebrea para «enseñar», לָמַד (*lamad*). Dios está deseoso y decidido a enseñarle. Además, esta enseñanza es continua; siempre está ocurriendo. Dios nunca se rinde ni deja de trabajar, y usa cada momento como una plataforma de comunicación.

Esta tutela le ha permitido al salmista ser más centrado y fiel en su obediencia a Dios. Desea que un torrente de agradecimiento brote de sus labios por la maravillosa Palabra que ha llegado a su vida.

Desde la perspectiva de este hombre, el don de la Palabra de Dios constituye el don supremo. Es más sagrado y preciado para él que cualquier comunicación secular. Su oración habitual sin duda ha sido: «Haz que tu rostro resplandezca sobre tu

siervo, y enséñame tus estatutos» (119.135).

Versículo 172. (תָּאַן, *ta'an*, «canta».) El salmista ora diciendo: **Hablaré mi lengua tus dichos.** Nuevamente, se usa el verbo yusivo para «hablará». Es una petición tierna, pero específica. La palabra hebrea que se traduce como «hablará», אָנָה (*anah*), no es la palabra que normalmente se traduce como «hablar». La presente transmite la idea de un canto alegre, bañado de un feliz agradecimiento. 'Anah se usa de esta manera solo en este versículo de Salmos 119.

Este hombre desea estar tan lleno de gratitud por la Palabra justa de Dios que siempre estará alabando a Dios por su contenido. Quiere que esta clase de alabanza sea una constante en su vida diaria (119.164).

¿Por qué siente tanto gozo y gratitud? Una razón que puede dar fácilmente es la naturaleza justa de la Palabra, pues dice: **porque todos tus mandamientos son justicia.** Su comprensión lo ha inspirado a gloriarse en la «justicia» de la Palabra que ha llegado a conocer.

¿Qué quiere decir el hecho de que describa la Palabra como «justicia»? Ha afirmado que los mandamientos *son* justicia. Esta afirmación refleja su creencia de que los mandamientos llevan en sí el carácter de Dios. Él es justo, y todo lo que proviene de Él asume Sus atributos. Estos atributos enseñan automáticamente Su naturaleza a quienes los hacen suyos.

La cualidad de la justicia es eterna. El salmista ya oró diciendo: «Tu justicia es justicia eterna, y tu ley la verdad» (119.142). Estas verdades del Dios eterno no tendrán fin. Dado que los mandamientos de Dios otorgan justicia a quienes los obedecen, el salmista considera que estos mandamientos también imparten eternidad a quienes los guardan.

Además, por poseer este carácter de justicia, estos mandamientos dan vida a quienes los reciben con fe y obediencia. También irradian vida, pues dice: «Justicia eterna son tus testimonios; dame entendimiento, y viviré» (119.144). El autor comprende esta vida que la Palabra le otorga. La ve como una vida que nace de la compasión de Dios, por lo que dice: «Vengan a mí tus misericordias, para que viva, porque tu ley es mi delicia» (119.77). Esta vida, también comprende, es resultado de conocer la voluntad de Dios. Mediante la comprensión, la obediencia, el perdón, la comunión y el sustento, se le ha impartido vida.

Ve la vida que se le ha otorgado como una vida habilitante, y ora diciendo: «Haz bien a tu siervo;

que viva, y guarde tu palabra» (119.17). Esta vida lo asistirá y lo sostendrá en su búsqueda de la Palabra de Dios. Lo fortalecerá en su obediencia y lo llenará de las alabanzas que debe ofrecerle a Dios.

Versículo 173. (תְּהִי־יָדְאֵךְ, *tehi-yadak*, «Esté tu mano».) El salmista ora diciendo: **Esté tu mano pronta para socorrerme.** Nuevamente, usa el verbo yusivo.

Con un lenguaje figurado y antropomórfico, el salmista le pide a Dios que responda rápidamente a su oración. Quiere que Dios extienda Su mano para darle la fuerza que necesita. Se refiere al rostro de Dios en 119.135 como señal de Su aprobación. Señala la boca de Dios tres veces como el origen de la Palabra divina que busca (vv. 13, 72, 88). La mano, la boca y el rostro de Dios son metáforas tiernas para él. La «mano» de Dios es sinónimo de Su protección, amparo y guía para Su siervo.

El salmista pide la ayuda de Dios porque Sus **mandamientos [ha] escogido.** Es osado en su oración, porque confía en que está llevando una vida obediente. Elegir la Palabra quiere decir que elige seguir los mandamientos de Dios.

En su lista de deseos y decisiones, su elección de aprender y obedecer los mandamientos de Dios ocupa el primer lugar. Su petición se basa en su obediencia a la voluntad de Dios. Las verdades que anhela le proporcionarán un camino para andar con Dios.

Versículo 174. (יִתְאַבְּעֵךְ, *ta'ab'eti*, «he deseado».) El autor dice: **He deseado tu salvación, oh Jehová.** La petición que expresa no es un capricho pasajero. Proviene de lo más profundo de su ser. Esta «salvación» es primordial para él. No solo la busca; ¡la desea!

El salmista desea los mandamientos de Dios: «He aquí yo he anhelado tus mandamientos; vivifícame en tu justicia» (119.40). Estos dos anhelos —la salvación y la Palabra— están relacionados. La Palabra proporciona la base, y la salvación es el objetivo. El autor tiene un plan sencillo para llevar a cabo su andar con Dios: «Enséñame, oh Jehová, el camino de tus estatutos, y lo guardaré hasta el fin» (119.33). Su curso de acción incluye comprensión, aceptación, fe, obediencia y perseverancia.

El deseo más santo que podemos tener es anhelar la voluntad y los caminos de Dios. La ambición de salvación de este hombre es aparentemente la más fuerte de su vida. Le dice a Dios: «Desfallece mi alma por tu salvación, mas espero en tu palabra» (119.81). También ora diciendo: «Mi boca abrí y suspiré, porque deseaba tus manda-

mientos» (119.131).

El salmista continúa orando: **y tu ley es mi delicia**. Como recordatorio de su devoción a Dios, dice que la ley de Dios es su «delicia»; y constituye uno de sus principales amores, y puede decir: «Pues tus testimonios son mis delicias y mis consejeros» (119.24). Su base para pedirle ayuda a Dios es su abundante gozo en Su Palabra, y es un hecho que lo caracteriza, pues dice: «Vengan a mí tus misericordias, para que viva, porque tu ley es mi delicia» (119.77). Cree que escuchar a Dios influirá en que Dios lo escuche a él. Considera su aprecio por la Palabra como una puerta que le abre las puertas a Dios y le ayuda a asegurar su propia preservación: «Si tu ley no hubiese sido mi delicia, ya en mi aflicción hubiera perecido» (119.92). En medio de las dificultades, dice: «Aflicción y angustia se han apoderado de mí, mas tus mandamientos fueron mi delicia» (119.143).

Este hombre ve la «ley» de Dios como oro puro en su vida. Usa «palabra» veintinueve veces en su oración para referirse a la Palabra de Dios. Varias de sus más hermosas expresiones de afecto están ligadas a la «ley». Dice: «¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación» (119.97). Ora diciendo: «Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley» (119.18). Suplica: «Aparta de mí el camino de la mentira, y en tu misericordia concédeme tu ley» (119.29). Conoce la suprema trascendencia de la ley de Dios, y de ella puede decir: «Tu justicia es justicia eterna, y tu ley la verdad» (119.142). Considera la ley de Dios como su mayor tesoro: «Mejor me es la ley de tu boca que millares de oro y plata» (119.72). Su comprensión del valor de la Palabra proviene de una vida de confianza en ella y de su enseñanza. Vería la Palabra como una señal de caminos agradables y pacíficos (Pr 3.17).

Se da cuenta de cómo lo ha bendecido la Palabra. La ha leído y estudiado a fondo. Para él, las Escrituras no son solo manuscritos, ¡también son la Palabra de vida abundante de la boca de Dios!

Versículo 175. (תְּחִי-נַפְשִׁי, *th^chi-nap^sshi*, «Viva mi alma».) Además, el salmista ora: **Viva mi alma y te alabe**. Esta breve petición también está en forma yusiva, dando la impresión de que expresa un deseo de su alma. Desea que su alma tenga verdadero ser o existencia. La forma causal de «viva» quiere decir «hacer que viva». El versículo 175 proporciona el objetivo de las fervientes peticiones que se han expresado a lo largo de Salmos 119.

El autor tiene la más alta de las aspiraciones. Desea ser energizado espiritualmente para poder

cumplir su propósito de alabar a Dios. Lo impulsa una de las intenciones más santas de la humanidad al expresar su deseo. Es posible ser una persona devota, pero no tener esta hermosa mente propensa a la alabanza. Este hombre de Dios anhela elevarse a lo más sublime de la vida para adorar a Dios.

El salmista se une a otras grandes personas que vivieron con un propósito tan elevado y que se les reconoce en las Escrituras. Abraham eligió andar fielmente delante del Señor. Hebreos 11.9, 10 dice de él:

Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios.

Los viajes de Abraham están salpicados por el humo de sus altares. Dondequiera que se detenía en sus viajes, construía un altar y adoraba a Dios. Abraham fue llamado a seguir a Dios y adorarlo en medio de una idolatría generalizada. Respondió a esa invitación. Dios, de manera similar, nos ha llamado a seguir Su Palabra y adorarlo por medio de Jesús.

Pablo dijo: «... prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús» (Fil 3.14). Para él, Jesús lo era todo; estaba completo en Él. Lo dejó todo —sus orígenes, su vida familiar y su posición entre los educados en el judaísmo— para seguir a Dios. Quería vivir en la fuerza y el conocimiento de la resurrección de Jesús. Expresó el deseo de su vida en una sola cláusula: «... a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte» (Fil 3.10).

El autor de Salmos 119 ve la alabanza como su bien supremo. Aquí vemos su crucial propósito: «Viva mi alma y¹ te alabe» (119.175a, énfasis agregado). Si pudiéramos preguntarle a este hombre qué quiere hacer con su vida, probablemente respondería con las palabras que vemos en esta petición.

Nos recuerda que esta razón fundamental de vivir es el corazón de nuestra existencia en Cristo. Vivimos para alabar a Dios. El principal mandato de Jesús para todas las personas fue (y es) amar a Dios con todo nuestro corazón (Mt 22.37–39). Es

¹ N. del T.: La versión del autor consigna: «Permita que viva mi alma para que te alabe», expresando claramente, con el uso de la preposición «para», ese propósito. La Reina-Valera no capta esa intención con el uso de la conjunción «y».

la ambición más noble de la vida.

El salmista le pide a Dios: **y tus juicios me ayuden**. Busca «ayuda» para alcanzar su meta elegida, y sabe que los «juicios» de Dios se la proporcionarán. Quiere que la mano de Dios esté sobre él, lista para proveer la ayuda que necesita (119.173). Conocer las Escrituras y vivir conforme a ellas le permitirá alabar a Dios a lo largo de su vida.

Versículo 176. (יִתִּיתִי, *ta'iti*, «anduve errante».) El salmista admite: **Yo anduve errante como oveja extraviada**. Este siervo de Dios no puede concluir su extensa oración acróstica sin reconocer su necesidad de la guía y el perdón misericordiosos de Dios. Cree que sus pies se verán envueltos en tropiezos, aunque esté caminando por el camino recto de Dios.

Además, se ha visto confinado por circunstancias difíciles; así que, estas pruebas debilitantes podrían ser el enfoque de su oración. En medio de estos problemas abrumadores, se ve a sí mismo como una oveja que lucha por seguir una vida piadosa. Usa la palabra hebrea *ta'ah* (תִּפְּחֶהָ), que quiere decir «extraviarse».

Puede que esté hablando figurativamente de lo difícil que es enfocarse en su vida espiritual cuando se ve asediado por tal oposición. Habla de esta agitación con los términos más intensos. Por ejemplo, implora a Dios que lo libre: «Llegue mi oración delante de ti; líbrame conforme a tu dicho» (119.170). Ya anteriormente había pedido lo mismo: «Mira mi aflicción, y líbrame, porque de tu ley no me he olvidado» (119.153).

Quizá se refiere a sus debilidades y fracasos humanos que lo han azotado con gran fuerza al contemplar cómo Dios no ha eliminado de inmediato su adversidad. Una respuesta similar aparece en el libro de Job. Abatido, Job expresó su necesidad de recibir una explicación de parte de Dios: «... mas yo hablaría con el Todopoderoso, y querría razonar con Dios» (Job 13.3). Jeremías, cuando la tristeza lo desesperó, quiso retirarse al desierto y olvidarse de su pueblo rebelde: «¡Oh, quién me diese en el desierto un albergue de caminantes, para que dejase a mi pueblo, y de ellos me apartase! Porque todos ellos son adúlteros, congregación de prevaricadores» (Jer 9.2). Pablo, de igual manera, luchó con su pasado incluso cuando entró en la última etapa de su vida con Dios. Le escribió a Timoteo: «Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero» (1ª Ti 1.15). Escribiéndoles a

los cristianos de Roma, se usó a sí mismo como ilustración del poder del pecado, diciendo: «... y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo» (Ro 7.18).

El salmista, describiéndose como «una oveja perdida», pide a Dios que se acuerde de él, que le conceda misericordia y que le dé la guía que su vida necesita. Su clamor se vuelve personal al concluir su oración: **busca a tu siervo**. La palabra hebrea para «busca», *baqash* (בָּקַשׁ), es intensa y se refiere a una búsqueda ardua. Quiere que Dios lo encuentre y lo bendiga con un lugar seguro en el rebaño, y así podrá dedicarse plenamente a seguir Su voluntad. Cuando un cordero se aleja del rebaño, encontrarlo y traerlo de vuelta a la seguridad del redil requiere una guía misericordiosa.

Esta extensa oración concluye con un cierre apropiado: **porque no me he olvidado de tus mandamientos**. El autor atesora los mandamientos de Dios en su corazón y desea mantener intacta su relación con Dios, a quien ha llegado a conocer mediante la Palabra. Se compromete a liderar una vida de obediencia continua.

Su oración no es ofrecida con un ánimo jactancioso. Ha sido una persona humilde, comprometida e irreprochable. Vive con determinación y perseverancia, y ha hecho de la voluntad de Dios su principal búsqueda. Sobre esta base, le pide a Dios que lo encuentre cada vez que se desvíe del camino divino, que lo restaure, que lo libre de sus adversarios que lo frenan con sus caminos perniciosos, y que lo mantenga en un lugar amplio para que pueda entregarse más plenamente a su caminar con Dios.

Termina su oración sin explicar cómo Dios ha respondido a sus peticiones. Por lo tanto, tenemos que asumir que Dios no ha respondido a su oración al concluir su oración escrita. De esta suposición, surgen dos posibilidades.

Una perspectiva práctica es que su oración pretende ser un ejemplo de la oración continua en la que debe participar el hombre piadoso. Siempre busca el entendimiento que Dios da a sus siervos por medio de la Palabra, y suplica persistentemente ser liberado de cualquier cosa o persona que le impida recibir las bendiciones de Dios. En esta oración, reflexiona sobre las dificultades que acosan a los seguidores de Dios. Su oración describe las luchas que probablemente enfrentaremos cuando nos dediquemos intensamente a buscar la verdad de Dios.

Desde otra perspectiva, puede que el salmista nos haya dejado su oración intencionalmente para que la estudiáramos debido a que no recibió respuesta. Si esa es la intención correcta de su oración, podemos aprender cuatro verdades que siempre tenemos que tener presentes al orar.

Primero, Dios nos ha pedido que le oremos por el valor de la comunión que aporta la oración. Cuando nos encontramos en dificultades, como Sus siervos que somos, nos pide que acudamos a Él con nuestras dificultades. Dice: «... e invócame en el día de la angustia; te libraré, y tú me honrarás» (50.15). Ante cualquier encuentro con el mal, la comunión con Dios es de suma importancia.

Segundo, incluso cuando no vemos las respuestas de Dios, Dios nos pide que creamos en Su fidelidad. Él tiene atributos infalibles, y la fidelidad es uno de ellos. Dios siempre cumplirá las promesas que nos ha hecho. Podemos decir de Él: «... de generación en generación es tu fidelidad» (119.90a). Este hombre se esmera en pedirle a Dios que responda a su oración conforme a Su Palabra. Sabe que su oración será respondida conforme a la voluntad de Dios, Su amor y Su tiempo perfecto.

Tercero, Su deseo es que moremos en Su amor. Dios es un Dios de amor. Bajo ninguna circunstancia nos maltratará, abusará ni nos engañará mientras buscamos caminar con Él. Cualquier retraso o ajuste que Dios tenga que hacer para responder nuestras oraciones será para nuestro mayor beneficio y a la luz de nuestras necesidades más importantes.

Cuarto, Dios no nos ha revelado todas las maneras en que responde a nuestras oraciones. Él es omnisciente, todopoderoso y bondadoso. Llenas de amor y gracia asombrosa, las respuestas de Dios tendrán muchos niveles: el nivel de Su propósito eterno, el nivel de preocupación por todo Su pueblo, el nivel de involucrar el tiempo y la eternidad, el nivel de la situación actual y las circunstancias venideras, y el nivel de nuestras capacidades. Él nos dará lo que podamos manejar ahora, en contraposición a lo que podamos manejar más adelante. Dios nos responderá conforme a Su misericordia y Sus propósitos más elevados.

Este maravilloso hombre de Dios podría querer transmitir cómo deberían ser las peticiones continuas del hombre de Dios, asumiendo plenamente que Dios escucha, responde y usa para Su gloria cada petición que se pide en oración.

LA ESTROFA TAU EN HEBREO

- (169) הַקָּרֵב רָנְתִי לְפָנֶיךָ יְהוָה כְּדָבָרְךָ הַבְּיָנִי:
 (170) תָּבוֹא תַחֲנֹתִי לְפָנֶיךָ כְּאִמְרֹתֶיךָ הַצִּילֵנִי:
 (171) תִּבְעֵנָה שְׁפָתַי תְּהַלֵּלָה כִּי תִלְמַדְנִי חֶקֶיךָ:
 (172) תַעֲזֹב לְשׁוֹנֵי אִמְרֹתֶיךָ כִּי כָל־מִצְוֹתֶיךָ צָדִיק:
 (173) תִּהְיֶי-יָדְךָ לְעֵזְרִי כִּי פָקוּדֶיךָ בְּתַרְתִּי:
 (174) תִּאֲבֹתִי לְיִשׁוּעָתֶךָ יְהוָה וְתוֹרֹתֶיךָ שֶׁשְׁשָׁעִי:
 (175) תִּחִי-נַפְשִׁי וְתִהְלֵלְךָ וּמִשְׁפָּטֶיךָ יַעֲזֹרְנִי:
 (176) תִּעֲיִתִי כְשֶׁנָּה אֲבִיר בְּקֶשׁ עֲבָדֶיךָ כִּי מִצְוֹתֶיךָ לֹא שָׁכַחְתִּי:

APLICACIÓN

Un corazón firme (119.171, 172)

Un requisito para caminar con Dios es tener el tipo correcto de corazón. Tan solo en Salmos 119, el autor menciona el corazón en 15 ocasiones (vv. 2, 7, 10, 11, 32, 34, 36, 58, 69, 70, 80, 111, 112, 145, 161). En su forma de pensar, lo más importante para el ser humano en Dios es mantener un corazón piadoso.

Estaba decidido a tener un corazón dedicado. Consideraba que la entrega total a Dios constituía el secreto para ser completamente bendecido delante de Él. No compartiría su corazón con nada más: ni con este mundo, ni con el entretenimiento, ni con los amigos, ni con el trabajo, ni siquiera con su familia. Llenaría su corazón con la Palabra de Dios, atesorándola en lo más profundo de su ser para no pecar contra el Señor (119.11).

El salmista no permitiría que su corazón se distrajera de la tarea de vivir en comunión con Dios (119.2, 10, 58). Sabía que la bienaventuranza no se obtiene de otra manera: «Bienaventurados los que guardan sus testimonios, y con todo el corazón le buscan» (119.2). Con humildad, oró al Señor: «Con todo mi corazón te he buscado» (119.10). Anhelaba la aprobación y el amor de Dios con tanta sinceridad que podía decir: «Tu presencia supliqué de todo corazón» (119.58).

Anhelaba tener un corazón recto, porque sabía que solo un corazón así puede alabarlo debidamente. Oró diciendo: «Te alabaré con rectitud de corazón cuando aprendiere tus justos juicios» (119.7). Cuando vivía en armonía con la voluntad de Dios, sabía que Dios ensancharía su corazón para que pudiera recibir más de Su Palabra y más de Su bondad. Dijo: «Por el camino de tus mandamientos correré, cuando ensanches mi corazón» (119.32).

Este hombre anhelaba un corazón obediente, porque sabía que ningún otro tipo de corazón agrada al Señor. Vivía para mejorar su obediencia. Sin duda, oraba con regularidad pidiendo una mejor comprensión de cómo hacer la voluntad de Dios: «Dame entendimiento, y guardaré tu ley, y la cumpliré de todo corazón» (119.34).

Comprendía que la obediencia requeriría una determinación constante desde lo más profundo de su ser. Esta responsabilidad siempre ocupaba un lugar importante en sus oraciones: «Mi corazón inclinó a cumplir tus estatutos de continuo, hasta el fin» (119.112). No era inconstante en su obediencia. Estaba construyendo una relación profunda y duradera con Dios, una que duraría para siempre.

Cuando la tentación lo asaltaba, oraba a Dios para que mantuviera su corazón enfocado en su vida espiritual: «Inclina mi corazón a tus testimonios, y no a la avaricia», suplicó (119.36). Buscar a Dios con todo el corazón implica intenciones, perseverancia y pureza de enfoque. El autor condensó estas cualidades en una audaz afirmación al decirle a Dios: «Mas yo guardaré de todo corazón tus mandamientos» (119.69b).

Mientras pensaba en las necesidades de su corazón, el salmista no podía dejar de lado un corazón reverente, un corazón que contemplaba con asombro la Palabra de Dios. Oró diciendo: «Príncipes me han perseguido sin causa, pero mi corazón tuvo temor de tus palabras» (119.161). Sabiendo que Dios le había dado esta revelación a él y a Su nación, ¿cómo no iba a sentir asombro ante esa Palabra? La Palabra de Dios lleva todos los atributos del Dios que la pronunció. La actitud de alguien para con la Palabra de Dios revela su actitud para con Dios.

Sin duda alguna, este hombre estaba decidido a tener un corazón sincero y anhelante. Por ejemplo, anhelaba ser irreprochable ante Dios, porque dijo: «Sea mi corazón íntegro en tus estatutos, para que no sea yo avergonzado» (119.80). Cuando este siervo de Dios oraba, oraba de verdad; cuando miraba a Dios, le entregaba todo su corazón. Se imaginaba como clamando delante del Señor. Dijo: «Clamé con todo mi corazón; respóndeme, Jehová, y guardaré tus estatutos» (119.145). El respeto a Dios y la obediencia a Su Palabra eran las actitudes más importantes en las que este autor podía pensar.

Junto con todas estas cualidades, recibió un corazón gozoso delante de Dios. Dijo: «Por heredad he tomado tus testimonios para siempre, porque son el gozo de mi corazón» (119.111). Había elegido amar la Palabra del Señor, y ese amor le infundió

gozo: «Y me regocijaré en tus mandamientos, los cuales he amado» (119.47). Regocijarse en las leyes de Dios lo llevó a convertir los estatutos de Dios en sus cánticos y su vida en Dios en una maravillosa peregrinación hacia Él (119.54).

El autor enfatizó en esta larga y detallada oración que el tipo correcto de corazón es el dedicado, obediente, reverente, sincero, gozoso y perseverante. Estos rasgos del corazón se relacionan con las grandes cosas de la vida, pues un corazón impío y cerrado es perjudicial para quienes lo poseen.

Quienes lo rodeaban con corazones engrosados le hicieron ver la mayor de todas las tragedias. De ellos dijo: «Se engrosó el corazón de ellos como sebo» (119.70a). Estaban encerrados en sí mismos y habían cerrado cualquier apertura a la voluntad de Dios. Lo opuesto a un corazón que se deleita en la Palabra de Dios es un corazón engrosado. Este hombre se apartó de tales personas e inmediatamente encontró su deleite en la ley de Dios. En este versículo, encontramos la única referencia del autor a un corazón enfermo en este gran salmo. El énfasis a lo largo del salmo está en el buen corazón que recibe las bendiciones del Señor. El corazón engrosado no tendría cabida en su vida.

(Viene de la página 8)

ron y hablaron contra mí; mas tu siervo meditaba en tus estatutos» (119.23). Además, dijo: «Bueno me es haber sido humillado, para que aprenda tus estatutos» (119.71). También dijo: «Desfallecieron mis ojos por tu palabra, diciendo: ¿Cuándo me consolarás? Porque estoy como el odre al humo; pero no he olvidado tus estatutos» (119.82, 83).

Los cristianos tenemos que elevarnos sobre nuestras circunstancias. Es más fácil decirlo que hacerlo; sin embargo, recordamos las palabras de Pablo: «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece» (Fil 4.13).

Dios o los amigos. En quinto lugar, Dios está por encima de nuestros amigos. El salmista oró: «Los que te temen me verán, y se alegrarán, porque en tu palabra he esperado» (119.74). También dijo: «Vuélvase a mí los que te temen y conocen tus testimonios» (119.79). Este hombre amaba a los que temían al Señor, pero no los adoraba. Pablo les dijo a los cristianos de Corinto que dejaran de seguir a los hombres. Habían de priorizar a Dios sobre apóstoles específicos a quienes respetaban: «¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?» (1ª Co 1.13).

Dios o la familia. En sexto lugar, Dios está incluso por encima de los miembros de nuestra familia. Jesús nos dio el «no puede» de la pasión: «Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo» (Lc 14.26). En una ocasión, Jesús redefinió la «familia» al hablar a un grupo que se había reunido a Su alrededor:

¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? [...] He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, y hermana, y madre (Mt 12.48b-50).

Nunca encontraremos a Dios en segundo plano. No podemos amar a nuestras familias adecuadamente hasta que amemos a Dios por encima de todo.

La felicidad sigue a la santidad. Fuimos creados para revestirnos de la imagen de Jesús. Solo cuando los apóstoles pusieron a Jesús en primer lugar y lo siguieron bajo un discipulado fiel, se revistieron de Su semejanza. Tenemos que seguir a Jesús viviendo en Sus mandamientos y permaneciendo en Su amor. Él dijo:

Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido (Jn 15.9-11).

(Viene de la página 14)

vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis» (Jn 14.3).

El hombre que escribió Salmos 119 sabía que podía confiar en Dios. Entendía que Dios no lo trataría según su pecaminosidad ni lo recompensaría según sus iniquidades (103.10). Comprendía que Dios es «misericordioso y clemente [...]; lento para la ira, y grande en misericordia» (103.8).

¿No nos acercamos a Dios de la misma manera y con la misma fe en Su gracia? Dios nos salvará según Su gracia y nuestra fe obediente. Él nos recibirá, nos perdonará, nos adoptará, nos acogerá en Su comunión, nos cuidará, nos recibirá nuevamente cuando nos desviemos de Su voluntad y nos preparará para nuestro hogar eterno con Él.

Aplicación temática: Las certezas eternas

Servirle a Dios trae una confianza absoluta.

Este hecho es enormemente reconfortante, edificante y alentador cuando permitimos que se asiente plenamente en nuestra mente. Caminar con Dios por medio de Jesús rodea este hecho con una certeza que ninguna fuerza en la tierra puede vencer ni destruir. Ni siquiera el príncipe de las tinieblas, con todas sus fuerzas de maldad, puede destruirlo. Podemos dividir este carácter eterno en varias declaraciones o afirmaciones inmutables.

El carácter de Dios. El carácter de Dios jamás cambiará. Él es el Dios eterno y justo. Cuando lo alabamos, decimos con verdad: «Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios» (90.2).

Dios mismo dijo: «Porque yo Jehová no cambio» (Mal 3.6a). Lo que Dios era ayer, lo es hoy. Lo que es hoy, lo será mañana y por los siglos. El autor de Hebreos dijo: «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (He 13.8). El carácter eterno de Dios proporciona un refugio de paz y consuelo a Sus siervos.

Las promesas de Dios. Dios nunca dejará de cumplir Sus promesas. Cada palabra que sale de Sus labios es verdad perfecta. Él no comete errores; no dice nada erróneo. Sus declaraciones son perfectas, divinas y perdurables, de tal manera que superan la tierra y los cielos (Mt 24.35). Dios y Su Palabra viven más allá del tiempo.

Las respuestas de Dios. Dios nunca se negará a escuchar y responder (según Su voluntad) las oraciones de cada siervo fiel. Su integridad le impide pasar por alto las promesas que ha hecho con respecto a nuestras oraciones.

Esta verdad es anunciada en Salmos: «Deléitate asimismo en Jehová, y él te concederá las peticiones de tu corazón. Encomienda a Jehová tu camino, y confía en él; y él hará» (37.4, 5). Más adelante, en el Nuevo Testamento, esta verdad es confirmada en los escritos de Pablo: «... no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual» (Col 1.9).

Los propósitos de Dios. El propósito eterno de Dios no será negado ni vencido. Pablo señaló la naturaleza eterna de este propósito y enfatizó su importancia en Efesios 1.4-10. Este gran plan constituye la extensa redención que Dios ha provisto para la raza humana. Nada puede cambiar la naturaleza, el propósito, ni la disponibilidad o accesibilidad de Su plan en el mundo.

La salvación de Dios. La muerte de Cristo nunca perderá su poder. Jesús murió una vez para siem-

pre, por todas las personas, por todos los pecados y por la salvación eterna de cada persona (He 9.26b; 10.12, 14). Su sangre proveerá para nuestra salvación inicial y nuestra purificación diaria para el tiempo presente, y nos llevará a la vida eterna.

El reino de Dios. El reino eterno de Dios nunca será destruido. Daniel profetizó «un reino que no será jamás destruido» (Dn 2.44), y Pablo lo reveló: «el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención...» (Col 1.13, 14a). Ese reino vino al mundo el día de Pentecostés (Hch 2.41) y vivirá en el mundo hasta el final de los tiempos.

Pedro dijo que si afianzamos nuestro llamado y elección, entraremos en la contraparte celestial de la iglesia o reino terrenal: «Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva [...] Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irrepreensibles, en paz» (2ª P 3.13, 14).

La eternidad de Dios. No podemos vivir permanentemente en este mundo. Somos seres eternos, creados a imagen de Dios; y nos dirigimos a la eternidad, nuestro hogar eterno (Ec 12.5). Jesús nos dijo que buscáramos la casa de nuestro Padre: «En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros» (Jn 14.2). Las decisiones en esta vida determinarán nuestro destino en la venidera.

Asegurémonos de no caer en el grupo de los que viven únicamente para este mundo. A estas personas se les describe en Salmos 17. El autor había observado a seres humanos materialistas. Le dijo a Dios que habían llenado sus estómagos con el tesoro del alimento. El salmista dijo que estas personas se conformaban con comer, tener hijos «y aun sobra para sus pequeñuelos» (17.14b). No tenían metas más altas que las ambiciones temporales de este mundo. Si vivimos para este mundo, sufriremos la muerte eterna. Si ganamos nuestras almas, no importa lo que perdamos. Si perdemos nuestras almas, no importa lo que ganemos (Mr 8.36).

Tenemos que recordar el carácter del Dios al que servimos. Quienes viven en Él reciben consuelo y seguridad gracias a Su naturaleza eterna, Sus palabras eternas, Su fidelidad eterna, Su propósito eterno y Su reino eterno. Dios nunca cambiará. Si somos sabios, reconoceremos que nuestro tiempo en este mundo es limitado. Tenemos que elegir vivir para siempre en la eternidad con nuestro Salvador.

(Viene de la página 28)

Y los que nos habían desolado nos pedían alegría, diciendo:
Cantadnos algunos de los cánticos de Sion
(137.1-3).

Dios respondería sus oraciones con un «sí» en el debido tiempo, pero no lo haría hasta el final de esos setenta años. En Su sabiduría, había hecho una promesa que se mantendría. Babilonia cayó en el 539 a.C., cuando el ejército medo persa la destruyó. La oración de los cautivos fue respondida cuando Ciro, el rey persa, les permitió regresar a sus hogares tras la caída de Babilonia (2º Cr 36.23).

Dios respondió sus oraciones con un «sí»; sin embargo, esperó el tiempo señalado para poder cumplir Su promesa. Los judíos en cautiverio podrían haberse dicho unos a otros mientras oraban: «Fiel es el que [vela por nosotros], el cual también lo hará [a su debido tiempo]» (1ª Ts 5.24).

Debido al elemento necesidad. A veces oramos por eventos que Dios sabe que no deberían suceder o por personas que no deberían ser bendecidas como nosotros pedimos. Jesús fue clavado en la cruz, donde sintió el terrible dolor del peso de Su cuerpo sobre los clavos de Sus manos. Cuando colocaron Su cruz, vio debajo de Él a los soldados romanos que lo habían crucificado. Vio a los líderes judíos que habían abogado por Su crucifixión, a otros judíos que lo ridiculizaban y a amigos cariñosos que habían venido a llorarlo en apoyo.

Al parecer, mientras Jesús estaba siendo crucificado, oraba: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23.34). Es la oración de perdón más hermosa de la Biblia. Jesús oró por Sus enemigos y Sus amigos, y luego oró por Sí mismo.

Sin embargo, observamos que Dios no respondió a esta oración de perdonar a los enemigos de Jesús con un «sí» en el momento en que Jesús la expresó. Las circunstancias no eran propicias para la respuesta divina. El plan de Dios aún no había sido puesto en marcha.

En el día de Pentecostés, cincuenta días después de la resurrección de Jesús, Su oración fue respondida. Después de esos cincuenta días, el Espíritu Santo fue derramado sobre los apóstoles; y el evangelio fue anunciado públicamente a los judíos presentes. En el discurso clave de Pedro, se proclamó la evidencia para creer que Jesús era el Mesías. Miles clamaron: «¿Qué haremos?». Pedro les dijo que se arrepintieran y se bautizaran para el perdón de los pecados (Hch 2.38). Tres mil recibieron su palabra y fueron bautizados (Hch 2.41).

Ese día, la oración de nuestro Señor desde la cruz fue respondida, al menos en parte.

La respuesta a la mayor oración jamás hecha por el perdón de los demás tuvo que esperar hasta que el plan de salvación de Dios se hiciera realidad. La «necesidad» nos informa parcialmente cuándo Dios puede y quiere responder a nuestras oraciones.

Debido al elemento crecimiento. Todos hemos visto algún momento en el que Dios retrasó la respuesta a nuestras oraciones.

Cuando nacieron nuestros hijos, mi esposa y yo comenzamos a orar para que con el tiempo se hicieran cristianos, que se convirtieran en siervos de Jesús y que siempre tuvieran hogares cristianos. Oramos por ellos a lo largo de los años, mientras crecían y, ahora que son adultos, oramos por su trabajo, sus hijos y los hijos de sus hijos. A medida que orábamos, sabíamos que algunas de ellas no serían respondidas hasta dentro de varios años. De hecho, sabíamos que puede que ni siquiera vivamos para verlas. Entendemos que Dios las responderá en el momento oportuno. Sin embargo, comprendemos la importancia de orar porque establece las bases y la preparación necesarias para que Dios las responda.

Al orar por otras cosas, sé que Dios probablemente no las responderá hasta dentro de algunos años. He estado haciendo la oración que se asume en Salmos 71.18: «Aun en la vejez y las canas, oh Dios, no me desampares, hasta que anuncie tu poder a la posteridad, y tu potencia a todos los que han de venir». Sé que muchos otros santos también oran así. Dios quiere que estemos en comunión con Él en estas decisiones, eventos y ciclos de crecimiento

importantes en nuestras vidas.

No deberíamos tener que cuestionarnos: «¿Por qué Dios a veces demora Sus respuestas a mis oraciones?». Sabemos que la espera es parte importante de nuestro caminar con Dios. No deberíamos quejarnos de tener que esperar, más bien, deberíamos alabar a Dios. Sin la espera que hemos visto, no podríamos recibir respuesta a nuestras oraciones.

(Viene de la página 35)

su peso. Más bien, tenemos que quitárnoslas de encima y arrojarlas a los pies de Dios.

Salmos 119.154 le pide a Dios defender nuestra causa, a redimirnos y a sustentarnos. Nos lleva a pensar en Juan 1.16, un versículo poderoso sobre Jesús: «Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia». La plenitud de Cristo puede dividirse en tres partes: Él es nuestro Consolador, nuestro Redentor y nuestro Sustentador. Dios nos da cada uno de estos dones de gracia con plenitud, autenticidad y perfección.

Dios nunca hace nada a medias. Quien se entrega a Él recibe estos asombrosos beneficios espirituales: representación perfecta, redención absoluta y sustento completo. Respecto a la defensa de nuestro caso, Juan dijo: «... y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo» (1ª Jn 2.1b). Respecto a la concesión de la redención, Pablo predicó: «... en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia» (Ef 1.7). Respecto al sustento, Pablo dijo: «Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús» (Fil 4.19).

«Os saludan todas las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16).